

LAS PLAYAS DEL ESPACIO

Richard Matheson

EL SER

Se cernía en las tinieblas; la corteza metálica fulguraba tenuemente en silencio, impulsada hacia arriba por fuerzas antigravitatorias. La mortaja de la noche cubría el planeta alejado de la luna. Abajo, en la región cubierta por las sombras, un animal contemplaba con ojos desorbitados la fosforescencia mortecina de la esfera suspendida en lo alto. Contracción de músculos. Sordo tamborilear de garras que huyen sobre la superficie dura de la tierra. Otra vez el silencio solitario, rasgado apenas por el susurro del viento Horas. Horas negras en su lenta metamorfosis, al gris primero y después a un rosado difuso. Moteada por los primeros rayos solares, la esfera metálica resplandecía con un suave fulgor ultraterreno.

Fue como introducir la mano en un horno ardiente.

—¡Oh, Dios mío, cómo quema! —dijo él con una mueca, y volvió a posar la mano sobre el volante húmedo de sudor.

—Es tu imaginación —dijo Marian.

Estaba aplastada contra las fundas de plástico recalentado que cubrían el asiento. Un kilómetro atrás había asomado los pies por la ventanilla, sin quitarse las sandalias. Tenía los ojos cerrados, y el aliento entrecortado se escapaba entre sus labios resecaos. El viento cálido le abanicaba la cara, desordenándole los cortos cabellos rubios.

Se retorció incómoda, mientras tironeaba del angosto cinturón de los *shorts*.

—No hace calor —afirmó—; está tan fresco como un oasis.

—¡Ojalá! —masculló Les.

Se inclinó levemente hacia adelante y la camisa húmeda, pegada a la espalda, le hizo rechinar los dientes.

—El peor mes para conducir —refunfuñó.

Habían partido de Los Angeles, tres días antes, rumbo a Nueva York, para visitar a la familia de Manan. Desde el principio, las temperaturas habían sido verdaderamente tropicales; después de tres días de calor bochornoso, estaban sin energías.

Por otra parte, el ritmo que se habían impuesto no contribuía a mejorar las cosas. Seiscientos kilómetros por día, teóricamente no parecían excesivos; pero en la práctica conducir a esa velocidad era un verdadero martirio. Había que viajar por desvíos polvorientos, levantando nubes de tierra por los tramos de caminos en reparación, cubiertos de baches, y tratando de no sobrepasar los treinta kilómetros por hora para no quebrar un eje ni desnucarse; y cada media hora, más o menos, debían ascender largas cuestas empinadas que ponían el agua del radiador casi en el punto de ebullición. Después se veían forzados a esperar largos minutos —en medio del calor sofocante— para que el

motor se enfriara, ayudándolo, a veces, con un poco del agua que llevaban para ellos. No había más remedio que sentarse a esperar en medio de aquel horno.

—De este lado ya estoy listo, dame vuelta —dijo Les, sin aliento.

—Ja, ja —repuso Marian en voz baja.

—¿Queda un poco de agua?

Marian extendió la mano izquierda para levantar la pesada tapa de la nevera portátil. Tanteó en el fresco interior hasta encontrar el termo y lo sacudió.

—Vacío —anunció, con un gesto de desaliento.

—Como mi cabeza —agregó él, en tono disgustado—. ¿Cómo acepté esto de conducir hasta Nueva York, en pleno mes de agosto?

—Bueno, bueno, basta ya —contestó ella, perdiendo el deseo de bromear—. No te acalores.

—Maldición —replicó Les ásperamente—. ¿Cuándo volverá este infernal desvío al maldito camino?

—Maldito, maldito, maldito —repitió ligeramente el eco femenino.

Él no replicó, pero sus manos se crisparon con fuerza sobre el volante.

Llevaban horas viajando por ese maldito camino, apartados de la ruta, que estaba en reparación, debido a un solo letrero: "Ruta 66 - Desvío". Después de haber cruzado más de cinco intersecciones en menos de dos horas, ya ni siquiera estaban seguros de encontrarse en el camino correcto. Apresurados por dejar atrás el desierto, no habían prestado demasiada atención a las señales de los cruces.

—Querido, allí hay una estación —dijo Marian—; quizá nos den un poco de agua.

—Y nafta, de paso —agregó él, mientras miraba la aguja del indicador—. Y alguna indicación para volver al camino.

—Al *maldito* camino —agregó ella.

El asomo de una sonrisa cambió apenas la expresión de Les, mientras se desviaba del sendero. Detuvo el coche frente a dos bombas de gasolina con la pintura descascarada, plantadas frente a una casucha precaria.

—Este lugar se las trae —dijo él, sin ningún entusiasmo.

—Para gente de categoría —agregó Marian, volviendo a cerrar los ojos y respirando agudamente con la boca abierta.

Nadie salió de la casita.

—Por favor, no me digas que está abandonada —dijo Les, disgustado, después de echar una mirada alrededor.

Marian abrió los ojos y bajó sus largas piernas.

—¿No hay nadie por aquí? —preguntó.

—No parece —dijo Les.

Abrió la portezuela, arriesgándose a salir. Cuando se puso de pie, un gruñido involuntario le sacudió el cuerpo y sintió que se le aflojaban las rodillas. Era como si lo hubieran sumergido en un baño caliente.

—¡Dios mío! —exclamó, apartando la vista de las reverberaciones oscuras que le lamían los tobillos.

—¿Qué sucede?

—¡Este calor! —respondió.

Cruzó el pedazo de tierra caliente y resquebrajada y pasó entre las dos bombas, que lucían sus manijas herrumbradas, para llegar a la puerta de la casita. Y no hemos hecho siquiera un tercio del camino, murmuró tristemente para sí.

A su espalda, Marian cerró la portezuela con un golpe seco; Les oyó el rumor de sus sandalias sobre el suelo.

La sensación de frescura que se desprendía de la oscuridad duró sólo un segundo. En seguida el aire húmedo y viciado envolvió a Les, haciéndole bufar de disgusto.

La casita estaba desierta. El reducido espacio incluía una mesa —cuyas patas desaparejas sostenían una superficie llena de cicatrices—, una silla sin respaldo, y un surtidor de Coca Cola cubierto de telarañas; sobre la pared, almanaques y listas de precios. Un raído visillo cubría la ventana hasta el marco inferior, dejando pasar una luz mortecina a través de sus numerosas rasgaduras.

Retrocedió hacia la puerta, haciendo crujir las maderas del suelo.

—¿No hay nadie? —preguntó Marian.

Él negó con la cabeza. Por un momento se miraron sin expresión. Ella se enjugó la frente con el pañuelo húmedo.

—Bueno, ¡adelante! —dijo, en tono agrio.

En ese momento se escuchó el matraqueo de un coche por el desaparejo sendero que iba desde el camino al desierto. Alejándose unos pasos de la casita, divisaron un viejo camión remolcador de fabricación casera, que se acercaba ruidosamente a la estación, en una línea no muy recta. A lo lejos, más allá del camino, sobresalía la baja silueta de la casa de donde había salido.

—Llegan socorros —dijo Marian—. ¡Ojalá que traigan agua!

Mientras el camión frenaba con un chirrido junto a la casita, pudieron ver la cara quemada por el sol del hombre que conducía. Era un individuo de treinta y tantos años, de aspecto hosco, vestido con una camisa y un mono azul desteñido cubierto de remiendos. Por debajo del sombrero manchado de grasa asomaban unos mechones de cabello largo y lacio.

El gesto que les hizo al salir del camión no fue una sonrisa. Fue algo parecido a una contracción nerviosa de la inexpresiva boca, de labios delgados. Se acercó a ellos en varios trancos espasmódicos, paseando la mirada del uno a la otra.

—¿Quieren gasolina? —preguntó a Les, con voz dura y ronca.

—Sí, por favor.

Por un momento, el hombre miró a Les como si no comprendiera. Luego, se dirigió al Ford con un gruñido, sacando la llave de la bomba del bolsillo posterior del mono. Al llegar frente al guardabarros delantero echó un vistazo a la matrícula.

Trató de desenroscar la tapa del tanque de gasolina con sus dedos callosos, y se quedó mirándola estúpidamente.

—Tiene llave —le explicó Les, apresurándose a alcanzárselas.

El hombre las tomó en silencio y abrió la cerradura. Sacó la tapa y la colocó sobre el cierre del portaequipajes.

—¿Quiere común? —preguntó, levantando la mirada, oculta por las anchas alas del sombrero.

—Sí —contestó Les.

—¿Cuánto?

—Puede llenarlo.

El hombre posó apenas la mano sobre el capot ardiente y la retiró con brusquedad, dejando escapar una exclamación. Sacó un pañuelo y se envolvió la mano para levantar el capot. Al desenroscar la tapa del radiador, el agua hirviendo salió en espumarajos, derramándose sobre el suelo reseco entre nubes de vapor.

—Lo único que faltaba... —murmuró Les para sí.

El agua de la manguera estaba casi a la misma temperatura. Mientras Les la aplicaba al radiador, Marian se acercó y puso el dedo en el líquido que salía en lentos borbotones.

—¡Oh, Dios! —exclamó, desilusionada. Mirando al hombre del mono, preguntó—: ¿No tiene un poco de agua fresca?

El hombre permanecía con la cabeza inclinada, apretada la boca en una línea estrecha y las comisuras hacia abajo. Marian volvió a repetir la pregunta, sin obtener respuesta.

—El clásico arizoniano de sangre de horchata —susurró a Les, y se acercó al hombre para preguntarle—: Disculpe...

Él levantó la cabeza, sobresaltado, revelando de pronto el brillo oscuro de sus ojos.

—¿Sí, señora? —dijo rápidamente.

—¿Nos podría conseguir un poco de agua fresca, para beber?

El grueso pellejo de la garganta se estremeció.

—Aquí no hay, señora —dijo—, pero... —la voz se le quebró, y continuó mirándola sin expresión—. Ustedes son de California, ¿no es cierto? —preguntó.

—Así es.

—Van... ¿muy lejos?

—A Nueva York —contestó ella, con impaciencia—. Pero, ¿no es posible que tenga...?

—Nueva York —repitió el hombre—. Bastante lejos —sus desteñidas cejas se unieron en medio de la frente.

—¿Qué pasa con el agua? —insistió Marian.

—Bueno... —respondió él, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Aquí no hay, pero si quieren ir hasta mi casa, mi mujer les dará agua.

—Ah, menos mal —dijo Marian encogiéndose levemente de hombros.

—Mientras mi mujer les trae el agua, pueden ver el zoológico que tengo —dijo el hombre, agachándose junto al guardabarros para comprobar si el tanque se estaba llenando.

—Tenemos que ir a su casa para conseguir agua —anunció Marian a Les, que revisaba una de las baterías.

—¿Qué? Oh, está bien.

El hombre desconectó la manguera y volvió a tapar el tanque de nafta.

—Así que Nueva York, ¿eh? —repitió, mirándolos.

Marian asintió con una sonrisa amable. Les bajó el capot y la pareja entró en el coche para seguir tras el camión hasta la casa.

—Tiene un zoológico —dijo Marian, inexpresiva.

—Qué bien —repuso Les, poniendo en marcha el coche para bajar la suave pendiente.

—Me enfurecen —dijo Marian.

Habían visto docenas de esos zoológicos desde que salieron de Los Angeles. Por lo general, se encontraban cerca de las estaciones de servicio, para atraer clientes. Casi sin excepción, eran colecciones lastimosas: pequeñas jaulas áridas en las que tiritaba algún zorro enflaquecido, cuyos apagados ojos completaban el aspecto enfermizo. Unas cuantas serpientes se enroscaban aletargadas y, tal vez, algún águila con las plumas apolilladas miraba hacia abajo desde una jaula. Por lo general, en medio de esa exhibición denominada pomposamente *zoológico* había alguno que otro lobo, o un coyote encadenado, lastimosa bestia que recorría constantemente el mismo círculo determinado por la cadena. Nunca miraban a la gente; los ojillos enrojecidos vagaban siempre hacia adelante, indiferentes, mientras el animal caminaba incesante, las patas delgadas como palos.

—Los detesto —dijo Marian, con amargura.

—Ya lo sé, querida —contestó Les.

—Si no fuera porque necesitamos agua, no me acercaría a esa casa vieja.

—Está bien —dijo Les, con una sonrisa.

Mientras trataba de esquivar los baches del callejón, agregó, haciendo castañetear los dedos:

—¡Ah! Olvidé preguntarle cómo debo hacer para volver al camino.

—Podrás preguntarle cuando lleguemos a la casa —dijo ella.

Era una estructura de dos pisos, de un descolorido tono parduzco. Detrás había una hilera de cobertizos bajos, casi cuadrados.

—El zoo —anunció Les—. Tigres, leones, toda clase de animales.

—¡Tonterías! —replicó ella.

Frenó el coche frente a la silenciosa casa. Al mismo tiempo, el hombre del sombrero saltó del polvoriento asiento del camión.

—Ya les traigo el agua —dijo rápidamente, dirigiéndose a la casa. Se detuvo por un momento, echando un vistazo hacia atrás, hizo un gesto con la cabeza y dijo—: El zoológico está atrás.

Le vieron subir los escalones de la vieja casa. Les se desperezó con ganas, parpadeando bajo el fuerte resplandor del sol.

—¿Quieres ir a ver el zoológico? —preguntó, tratando de no sonreír.

—No.

—Oh, vamos...

—No quiero ver eso.

—Yo voy a echar un vistazo.

—Bueno, está bien —dijo ella—. Pero sé que me voy a enojar.

Caminaron en torno a la casa hasta llegar a un costado protegido por las sombras.

—¡Oh, qué bien se está aquí! —exclamó Marian.

—Escucha, se olvidó de cobrarnos...

—Ya lo hará —dijo ella.

Se acercaron a la primera jaula y miraron por la pequeña ventanilla, asegurada con pesados tornillos.

—Vacía —dijo Les.

—¡Qué bien!

—Si así es el resto...

Se acercaron lentamente a la jaula siguiente.

—Mira qué pequeñas son —dijo Marian, con pena—. ¿Acaso a él le gustaría estar encerrado en un lugar reducido? —se detuvo en seco—. No. No quiero ver —dijo—. No quiero ver sufrir a esas pobres bestias.

—Voy a dar un vistazo, nada más —dijo él.

—Eres un malvado.

Se acercó a la segunda jaula. Lo que allí vio le arrancó una exclamación de asombro.

—¡Marian!

El grito le puso la piel de gallina.

—¿Qué pasa? —preguntó, mientras corría, ansiosa, hacia donde estaba él.

—¡Mira!

—¡Oh, Dios mío! —susurró, temblorosa.

Dentro había un hombre.

Ella permaneció mirándolo con una expresión de incredulidad, sin sentir siquiera las gruesas gotas de sudor que le corrían por la frente hacia las sienes.

El hombre, echado en el suelo sobre una mugrienta frazada del ejército, parecía una muñeca con las articulaciones rotas. Sus ojos abiertos nada veían. Las pupilas dilatadas indicaban que estaba drogado. Las manos sucias descansaban exangües sobre el suelo cubierto de paja, como torcidos sarmientos de piel y hueso. Su boca entreabierta y floja era

una herida que dejaba entrever los dientes amarillentos. Los labios resecos estaban partidos.

Les se volvió, y su mirada se cruzó con la de Marian; la vio palidecer sin que el rostro, tenso, modificara su expresión.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, temblándole la voz.

—No lo sé... —volvió los ojos hacia la jaula, como si le costara creer lo que había visto. Miró nuevamente a su mujer y repitió—: No lo sé.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Continuaron mirándose por unos segundos, los ojos muy abiertos llenos de sorpresa e incredulidad.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Marian, en un susurro.

Les tragó saliva, como si algo duro se le hubiera atravesado en la garganta, y volvió la vista hacia la jaula. Casi involuntariamente, dijo:

—¡Hola! Dígame, ¿no puede...?

El hombre estaba en estado comatoso; su garganta se agitó, pero sin ruido alguno.

—Les, ¿y qué pasaría si...?

Los cabellos de Les se erizaron súbitamente: Marian observaba con mudo recelo la tercera jaula.

Echó a correr, y sus pasos repercutieron sobre la tierra reseca, levantando polvo. Al llegar a la jaula siguiente, exclamó:

—¡No!

Dejó que Marian se acercara, sacudido por violentos escalofríos.

—¡Pero por Dios, esto es monstruoso! —gritó ella, mirando horrorizada al segundo hombre enjaulado.

El hombre les dirigió una mirada vidriosa y sin vida. Por un momento, su cuerpo laxo trató de incorporarse un poco, y sus labios se agitaron en un esfuerzo por hablar. Por las comisuras le corría un hilo de saliva que llegaba hasta el mentón, ennegrecido por la barba. Su cara sudorosa, surcada por líneas de mugre, parecía una máscara de súplica impotente. Después, la cabeza le cayó sobre el hombro y los ojos rodaron hacia atrás.

Marian se alejó de la jaula, tomándose la cara entre las manos temblorosas.

—Ese hombre está loco —susurró, dirigiendo una dura mirada hacia la casa silenciosa.

Les se volvió súbitamente: los dos se acordaron del dueño de la casa que los enviara a ver el zoológico.

—Les, ¿qué podemos hacer? —preguntó Marian con un tono de creciente histeria.

Les se hallaba desprovisto de toda sensación, aniquilado por el impacto de lo que acababan de ver. Por largo rato permaneció inmóvil, tembloroso, mirando a su mujer como si todo formara parte de un sueño fantástico.

Al fin logró pronunciar algunas palabras, sintiendo que el calor lo envolvía en una oleada sofocante.

—Huyamos de aquí —dijo de pronto, tomándole la mano.

Sólo se oía el ronco jadeo de los dos y las rápidas pisadas de Marian sobre el suelo endurecido. El intenso calor parecía vibrar, quitándoles el aliento y cubriéndolos de sudor.

—Más rápido —balbuceó Les, tironeándola de la mano.

Pero al llegar a la esquina de la casa, retrocedieron con una violenta contracción de músculos.

—¡No! —gritó Marian.

Simultáneamente, su rostro se transformó en una torcida máscara de terror.

Allí, parado entre ellos y el coche, el hombre les apuntaba con una escopeta de doble caño.

Sin saber porqué, un pensamiento cruzó rápidamente la imaginación de Les: nadie sabía dónde estaban él y Marian; nadie sabría siquiera por dónde empezar a buscarlos. Ya dominado por el pánico, recordó que el otro había mirado la matrícula de California.

Se oyó entonces la voz dura e inexpresiva del hombre ordenándoles:

—Y ahora, vuelvan al zoológico.

Después de encerrarlos en una de las jaulas, Merv Ketter volvió lentamente hacia la casa, con la pesada arma colgando del brazo derecho.

Durante todo el proceso no había experimentado ningún placer en lo que hacía; sólo una sensación temporal de alivio, que alcanzó a distender levemente la tensión de su cuerpo. Pero la tensión volvía gradualmente a apoderarse de él. Sólo desaparecía en los escasos minutos que requería atrapar y enjaular a otra persona. Y en esa ocasión parecía aún más fuerte. Era la primera vez que ponía a una mujer en una de las jaulas. Consciente de esa circunstancia, sintió en el pecho un frío nudo de desesperación. Una mujer..., había enjaulado a una mujer. Con la respiración agitada, ascendió los escalones desvencijados de la galería posterior.

Segundos después, mientras la puerta de tejido se cerraba tras él, apretó los labios en un rictus desafiante. “Y bien, ¿qué pretendían de mí?”, pensó. Arrojó bruscamente la escopeta sobre la mesa de la cocina, cubierta con un hule amarillo. Otro resuello profundo pareció partirle el pecho. “¿Qué otra cosa podía hacer?”, se preguntó, como si entablara una discusión consigo mismo.

Al ir hacia la tranquila sala, salpicada por medallones de sol, el eco de sus botas resonó sobre el gastado linóleo. Desanimado, se dejó caer pesadamente sobre un viejo sillón, levantando un poco de polvo. ¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía alternativa.

Volvió a mirarse por milésima vez, en el brazo izquierdo, el pequeño bulto rojizo inserto bajo la curva del codo. Incrustado en su carne, el pequeño cono metálico continuaba zumbando suavemente. No tenía necesidad de escucharlo, jamás dejaba de zumbear.

Estaba exhausto. Se dejó caer hacia atrás con un gruñido, apoyando la cabeza en el alto respaldo del sillón. Dejó vagar la mirada opaca hasta el otro extremo de la habitación, a través de los rayos temblorosos de luz, llenos de partículas de polvo suspendidas. Allí estaba la repisa de la chimenea; sobre ella, el rifle Mauser, la pistola Luger, el proyectil de

mortero y la granada de mano: todas sus armas bien conservadas. Por su atormentado cerebro pasó la vaga idea de apoyar la pistola contra la sien, acercar el Mauser a su costado y colocar la granada junto al estómago, tirando de la clavija.

Héroe de guerra. La frase le arañaba cruelmente la conciencia. Hacía mucho que había perdido todo significado para él, que había dejado de ser un consuelo. Ser un soldado condecorado con medallas y cintas, objeto de admiración y alabanzas, en un tiempo había tenido algún sentido...

Después, Elsie había muerto. Entonces, las batallas y el orgullo se convirtieron en cosa del pasado. Quedó solo en ese desierto, con sus trofeos, sus medallas y nada más. Hasta que un buen día se internó en el desierto, dispuesto a cazar.

Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados; sólo la agitación de su garganta revelaba una íntima perturbación. ¿De qué valía pensar y lamentarse? Sólo le quedaba el deseo de vivir. Quizá fuese un deseo estúpido e inútil, pero así y todo era muy real, y no podía ignorarlo ni desembarazarse de él. Ni siquiera cuando hubieron desaparecido dos hombres, o cinco; no, ni aún cuando fueron siete.

Sin piedad se clavó las sucias uñas en la palma de la mano, hasta hacer brotar la sangre. Una idea lo rondaba, sin darle tregua: una mujer, una mujer era diferente. Nunca había pensado enjaular a una mujer.

Se descargó con fuerza un puñetazo sobre la pierna, tratando de desahogar su ira. No había podido evitarlo. Por cierto, había visto la patente de California, pero en ese momento no pensó hacerlo. Fue después, cuando la mujer le pidió agua; entonces sintió que no tenía alternativa: debía hacerlo.

Le quedaban dos hombres solamente.

Al enterarse de que la pareja iba a Nueva York, la tensión comenzó a ir y venir, a aflojar y apretar, con un ritmo implacable, revelándole, en su propia carne, lo que sucedería: iba a decirles que fueran a ver el zoológico.

De pronto pensó que habría sido mejor aplicarles una inyección. Podían gritar. No le importaba tanto por el hombre; estaba acostumbrado a oír gritos de hombres. Pero de una mujer...

Merv Ketter abrió los ojos y miró, despojado de toda esperanza, la repisa de la chimenea: el retrato de su mujer muerta, las armas que fueran su gloria... y que ahora carecían de sentido; meros trozos de acero y madera sin valor alguno, sin esencia.

Héroe.

La palabra le dio náuseas.

El viscoso latido comenzó a apagarse y se detuvo por completo por un instante para recomenzar después, llenando el interior de la concha con un siseo espumoso. Una agitación ondulante se propagó a través de varias formaciones musculares. La criatura se agitó. Había llegado la hora.

Una idea. La informe burbuja de aire, transparente como un velo, se aglutinó solidificándose. La criatura comenzó a moverse: primero una ondulación, después un gelatinoso serpentear dentro

de la burbuja resplandeciente. Un golpe seco, un movimiento escurridizo; un cúmulo de tejidos viscosos que emergen con un temblor.

La idea otra vez. Una onda directriz. La entrada en la atmósfera, con un siseo. El sordo balanceo de metales. Se abre. Se cierra con un chasquido.

Es la hora en que la sangre del crepúsculo bordea el horizonte. Hinchida de algo informe y vivo, la esfera descolorida comienza una lenta y silenciosa inmersión en el aire.

La tierra se va enfriando. La criatura se posa, al fin, sobre la superficie. Ha llegado. Todo ser vivo huye espantado ante su avance implacable. Allí por donde pasa, el suelo conserva una estela iridiscente con tonos cambiantes de verde y amarillo.

—Cuidado —susurró Marian.

Sorprendido, Les estuvo a punto de dejar caer la lima de uñas. Escondió la mano con un movimiento brusco, y un tic nervioso comenzó a tironearle la mejilla cubierta de sudor. Retrocedió un poco hacia la sombra.

El sol casi se había puesto.

—¿Viene hacia aquí? —preguntó Marian, afónica por la sed.

—No lo sé.

Aguardó, tenso, mientras el hombre del mono se acercaba, haciendo taconear sus botas en el suelo reseco. Hizo un esfuerzo para tragar, pero el calor de la tarde le había absorbido toda la humedad; su garganta emitió un chasquido inútil. ¿Qué sucedería si el hombre descubría la profunda ranura limada en la barra de la ventana?

Con el rostro impasible, el hombre del sombrero caminaba rápidamente, describiendo con sus brazos pequeños y tensos arcos a los lados del cuerpo.

—¿Qué pensará hacer? —preguntó Marian. El repentino retorno del miedo le había hecho olvidar, por un momento, la incomodidad física.

Les se limitó a mover la cabeza. Toda la tarde se había estado haciendo la misma pregunta. Desde los primeros minutos de horror, cuando el hombre los encerrara para volver después a la casa, hasta el momento en que Marian encontró la lima de uñas en el bolsillo de sus pantalones. Entonces, el pánico que los dominara había cedido un tanto ante la esperanza de evadirse. Pero la misma pregunta lo había estado torturando sin cesar: ¿qué iría a hacer aquel hombre con ellos?

Pero esa vez el hombre no se dirigía a la jaula donde estaban. Un alivio momentáneo hizo aflojar la tensión que los atenaceaba. El hombre ni siquiera miró en esa dirección. Hasta parecía que sus ojos evitaban dirigirse hacia ellos.

Después lo perdieron de vista. Oyeron, en cambio, que abría una de las jaulas. El chirrido de las bisagras enmohecidas ató un nudo en el estómago de Les.

El hombre volvió a aparecer en el campo visual de los dos. Marian contuvo el aliento. Le vieron arrastrar por el suelo al hombre inconsciente, cuyos tacones iban dejando estrechos surcos en el polvo.

Después de recorrer unos pocos metros, el hombre del mono soltó los brazos flaccidos, y el cuerpo cayó con un golpe seco. Sólo entonces miró hacia atrás, dando un

respingo con la cabeza. Notaron que se le estremecía la garganta; tragó con dificultad y movió los ojos rápidamente, mirando en todas direcciones.

—¿Qué estará buscando? —preguntó Marian con un susurro tembloroso.

—No lo sé, querida.

—Lo va a dejar allí —gimoteó ella.

Ante sus ojos, empañados por el miedo, el hombre del mono volvió a la casa con paso rápido y decidido, moviendo la cabeza convulsivamente al mirar a uno y otro lado.

¿Qué mirará, Dios mío?, se preguntó Les, cada vez más temeroso.

De pronto, el hombre se detuvo en mitad de un paso; con una contracción nerviosa, se apretó con fuerza el brazo izquierdo. Después se lanzó en una carrera precipitada, subiendo de dos en dos los escalones de la galería. Entró con un portazo, cuyo eco se prolongó por varios segundos. Después volvió a reinar un silencio absoluto.

—Tengo miedo —dijo Marian, con un hilo inseguro de voz, dominando apenas el sollozo que le apretaba la garganta.

Él también tenía miedo. No sabía exactamente de qué, pero estaba aterrorizado. Lo dominaba un horror paralizante, endureciéndole los músculos de la espalda y del cuello. No podía apartar la vista del hombre tirado en el suelo, boca arriba, mirando sin ver un cielo que se iba inundando de sombras.

Tuvo un nuevo sobresalto al oír que la puerta posterior de la casa se cerraba de un golpe; después giró una llave.

El silencio. Como triste mortaja, parecía envolverlos con su peso fatal. El hombre continuaba inmóvil sobre el suelo. Ellos, jadeantes, no podían apartar los ojos del hombre caído.

Marian apretó el puño y se clavó los dientes en los nudillos blanquecinos. Ya los rayos solares bordeaban el horizonte con una cinta escarlata.

Ningún ruido. Nada.

Silencio total.

Un sonido.

Contuvieron la respiración. Paralizados en la misma posición, los dos, con la boca entreabierta, se esforzaron por identificar aquel sonido nunca oído. Una rigidez letal les dominaba el cuerpo. Escucharon...

Una sacudida, un deslizamiento, el oscilante fluir de...

—¡Oh, Dios!

La voz de la mujer se perdió en un jadeo entrecortado; volvió el cuerpo hacia otro lado y se protegió los ojos con las manos temblorosas.

La oscuridad creciente hacía más indefinido lo que Les trataba de ver. Envuelto en la fetidez de la jaula, continuaba paralizado e insensible, con el rostro pálido como un cadáver.

Algo se estaba acercando al hombre, arrastrándose por el suelo. Una cosa informe que, no obstante, tenía cierta forma; algo semejante a un enorme reptil: una masa viscosa, una gelatina brillante.

Un estertor quebrado le inmovilizó las cuerdas vocales. Quiso retroceder y no pudo. Se negó a mirar. No quería oír aquel espantoso regurgitar, semejante al agua absorbida por una gran alcantarilla, al sordo borbotear del sebo hirviente.

¡No! ¡No!, repetía su cerebro entumecido, negándose a aceptar la realidad. ¡No, no, no!

El grito los hizo saltar y Marian cayó, temblorosa, contra una de las paredes de la jaula, estremecida por el nauseabundo choque.

El hombre ya no estaba en el suelo. Les se quedó contemplando el lugar donde había estado y vio, en su lugar, la masa gelatinosa que palpitaba como un gran bulto de plancton ondulante en su medio fluído.

Siguió mirando hasta que el hombre fue devorado por completo.

Luego se volvió, sostenido apenas por sus piernas insensibles, y avanzó trastrabillando hasta Marian. Las manos convulsivas de ella se clavaron como garras en su espalda, y la cara surcada de lágrimas buscó el apoyo de su hombro. La rodeó automáticamente con sus brazos; su rostro helado no revelaba emoción alguna. Ese abrazo instintivo fue sólo un reflejo de su necesidad de consolarla, y de aplacar su terror.

Pero no pudo hacerlo. Era como si una bestia invisible le hubiera desgarrado el pecho, arrancándole las entrañas. Nada quedaba de él; sólo un hueco enorme, un vacío helado. En ese hueco sentía una puñalada cada vez que recordaba el porqué de su cautiverio.

Cuando estalló el grito, Merv se tapó los oídos entre ambas manos, con tanta fuerza que comenzó a dolerle la cabeza.

No podía escapar. No había puerta ni ventana lo bastante hermética, ni pared tan sólida como para impedir que los gritos se filtraran hasta allí.

Tal vez estaban realmente en su conciencia, donde no había puertas ni ventanas para impedir el paso del horror convertido en grito. Sí, tal vez estuvieran en su mente. Eso explicaría por qué continuaba oyéndolos en sueños.

Una vez que todo hubo pasado, cuando Merv tuvo la seguridad de que aquella cosa se había ido, fue lentamente a la cocina y abrió la puerta. Entonces, como un robot accionado por mecanismos implacables, buscó el almanaque, para dibujar un círculo alrededor de la fecha: 22 de Agosto.

Era la víctima número ocho.

Su mano laxa dejó caer el lápiz, que rodó por el linóleo del suelo. Dieciséis días...; un hombre, día por medio, durante dieciséis jornadas. Era un cálculo aritmético simple. La verdad, en cambio, era mucho más complicada.

Comenzó a recorrer la sala a grandes trancos. Al pasar por la zona de luz de la lámpara, un resplandor lechoso ponía de relieve sus facciones, marcadas por la fatiga, que

se esfumaban cuando volvía a la penumbra. Dieciséis días. Parecía mentira que sólo dieciséis días atrás hubiera salido al desierto a cazar conejos. Parecían dieciséis largos años.

Una vez más recordó aquella escena, repetida hasta el cansancio por su mente. Se vio a la hora del crepúsculo, arrastrando los pies por las arenas del desierto, el rifle apoyado en la cadera; volvía la cabeza en todas direcciones, los ojos vigilantes protegidos por el sombrero.

De pronto, al pasar la cresta de un médano cubierto de matorrales, se había detenido, con el aliento entrecortado y los ojos fijos en la esfera, que resplandecía como una luz sumergida en el agua. Al verla, su corazón dio un vuelco y todos los músculos del cuerpo se pusieron en tensión.

Se acercó poco a poco, hasta quedar casi debajo del globo luminoso que reflejaba los rayos rojizos del sol decadente.

Soltó una exclamación al ver la cavidad circular que aparecía en la superficie de la esfera. En esa cavidad, flotando, aparecía...

Giró bruscamente y comenzó a subir la pendiente, jadeando por el esfuerzo y la desesperación, dejando en la arena la huella impresa de sus botas. Al llegar a la cima, el pánico lo hizo correr a grandes zancadas, mientras el arma que sujetaba con la mano derecha le golpeaba la pierna.

En ese momento había escuchado un sonido por sobre su cabeza; era como un escape de gas. Trataba de mirar por sobre el hombro, los ojos desorbitados. Después, un grito helado le transformó la cara en una máscara de horror.

Diez metros hacia arriba apareció un bulto luminoso.

Merv se inclinó hacia adelante, tratando de seguir en su desesperada carrera. Sentía, desde atrás, un vaho fétido. Se volvió a mirar y vio, horrorizado, que aquella cosa descendía sobre él. Ya estaba a tres metros de distancia, a dos, a uno...

Merv Ketter se echó de rodillas al suelo, se volvió de un brinco y apuntó con el rifle. El estampido quebró el silencio del desierto.

Un grito ahogado murió en su garganta, al ver que el proyectil rebotaba contra la reluciente esfera como una piedra contra una pelota de goma. Se arrojó al suelo, sobre un costado; algo le penetró en el brazo, haciéndole caer el rifle de la mano exangüe. Un metro... noventa centímetros... El calor hacía reverberar el aire ante sus ojos; aquel olor nauseabundo lo iba envolviendo.

Levantó los brazos.

—¡No! —exclamó.

Una vez había saltado a un pozo de agua, sin mirar, y se había quedado empantanado allí, en el fango no muy profundo. Ahora tuvo la misma sensación..., sólo que el limo venía hacia él.

La envoltura de gases ahogó sus gritos; sus miembros debilitados quedaron prisioneros de un tejido gelatinoso. En torno a sus ojos, inmovilizados por el miedo, pudo

ver una albúmina palpitante en la que flotaban corpúsculos brillantes en continuo movimiento. El horror le oprimía el cerebro; fue como si la muerte le sorbiera la vida.

Pero no estaba muerto.

Respiró profundamente, inhalando un aire granuloso y maloliente. Sus pulmones trabajaban con esfuerzo, y al respirar lo sacudieron fuertes arcadas.

Después sintió que algo se movía en su cerebro.

Trató de gritar, retorciéndose como un poseído para liberarse de aquella extraña sensación, pero no lo consiguió. Era como si pequeñas serpientes se deslizaran entre los tejidos de su cerebro; sintió sus mordeduras en la fuente misma de sus pensamientos.

Las serpientes se enroscaban, apretándose más y más contra las paredes del cráneo. “Podríamos matarte en este mismo momento” parecían decirle, por medio de palabras impresas en ácido hirviente. Todos los músculos de su cara estaban en tensión, imposibilitados de efectuar movimiento alguno en ese engrudo putrefacto.

Continuaron formándose palabras que le quemaban el cerebro, estampándose en forma indeleble en su conciencia. “Debes conseguirme alimento”.

Aun en ese momento, de pie ante el calendario, seguía tiritando.

¿Podía, acaso, haber actuado de otra manera? La pregunta era semejante al ruego de un envilecido suplicante. El ser le había sorbido los sesos. Sabía todo lo referente a su pasado, a su casa, a su mujer, a la estación de servicio.

Le ordenaba lo que debía hacer, sin dejarle ninguna elección. *Tenía* que hacerlo. ¿Habría alguien capaz de resistir? ¿Alguien, en su lugar, no habría prometido lo que fuera para librarse de ese horror?

Con una expresión de derrota, sin dejar de temblar, comenzó a subir las escaleras, inseguro, sabiendo que el sueño no vendría, pero sin dejar de cumplir con la rutina.

Se dejó caer sobre la cama, un pie asomado por el borde. Sus ojos sin vida contemplaban la alfombra que Elsie tejiera tanto tiempo atrás.

Sí, era cierto: había prometido obedecer las órdenes del extraño ser. Como medida de seguridad, llevaba inserto en el brazo el pequeño cono zumbante que él le inyectara. Para escapar tendría que desgarrar su propia carne, a costa de su vida.

Una vez logrado su objetivo, lo había vomitado sobre las arenas del desierto; allí permaneció, inmóvil y mudo, mientras el ser se alejaba lentamente de la tierra.

En su cerebro vibraba aún el eco de las últimas palabras de amenaza: “Dentro de dos días”.

Aquél fue el comienzo de la ronda interminable y fatigosa: atrapar gente inocente para proteger su vida del fin que la amenazaba.

Lo más terrible, lo que verdaderamente lo horrorizaba, era saber que volvería a hacerlo. Sabía que era capaz de cualquier cosa con tal de mantener alejada a la criatura. Aunque eso significara que la mujer debiera...

Apretó los labios, cerró los ojos con fuerza y se sentó en la cama, sin poder controlar el temblor que lo sacudía.

¿Qué haría después que la pareja se fuera? ¿Y si nadie más pasaba por la estación de servicio? ¿Qué podía hacer si la policía venía a averiguar la desaparición de once personas?

Agobiado por tantos interrogantes, los hombros inclinados hacia adelante, dejó escapar un sollozo de angustia.

Antes de recostarse, sorbió un buen trago de whisky de una botella casi vacía. Permaneció tendido en la oscuridad, convertido en un resorte de nervios, esperando... El pequeño foco de calor que irradiaba del estómago no lograba combatir el helado vacío que se había apoderado de todo su ser.

El cono continuaba zumbándole en el brazo.

Después de quitar la última barra de la jaula, Les permaneció quieto unos instantes, inclinada la cabeza sobre el pecho; un jadeo irregular le brotaba entre los dientes apretados. Estaba exhausto: punzantes dolores le agujoneaban cada músculo de la espalda, hombros y brazos.

Al fin dejó escapar un sonido sibilante.

—Vamos —barbotó.

Hizo un enorme esfuerzo para ayudar a Marian a salir por la ventana, a pesar del temblor de sus brazos.

—No hagas ruido —le previno.

La tremenda fatiga y la penuria combinada de la sed, el hambre y el calor lo abrumaban de manera tal que apenas podía hablar. Además, los calambres musculares no cesaban.

No pudo levantar la pierna. Tuvo que salir de cabeza por la abertura de bordes dentados, retorciéndose para darse impulso mientras las astillas se le clavaban en la piel resbaladiza de sudor. Cayó con un golpe seco, sintiendo los pinchazos del dolor en los brazos extendidos. Durante un segundo la oscuridad se pobló de puntos luminosos.

Marian lo ayudó a ponerse de pie.

—Vamos —repitió, casi sin aliento.

Salieron a la carrera hacia el frente de la casa. Súbitamente él la tomó de la muñeca, haciéndola detenerse en seco.

—Quítate esas sandalias —le ordenó con voz ronca.

Ella se inclinó prestamente y soltó las hebillas.

La casa estaba a oscuras. Corrieron en torno a la esquina posterior y pasaron rápidamente por el costado, cuyas ventanas reflejaban la luz lunar. Marian dio un respingo de dolor al apoyar el pie desnudo sobre una piedra filosa.

Llegaron, por fin, al frente de la casa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Les.

El coche estaba allí todavía. Mientras se acercaban corriendo, él sacó la billetera del bolsillo posterior. Con los dedos temblorosos tentó el interior del pequeño monedero y

encontró el frío metal de la llave de repuesto. Tenía la certeza de que la otra llave ya no estaría en el coche.

Llegaron.

—Rápido —susurró Les, abriendo la puerta del coche.

Se sentó con precaución. El aire fresco de la noche lo hizo tiritar. Con la llave buscó a tientas la ranura del contacto. Habían dejado las puertas abiertas, pensando cerrarlas cuando el motor arrancara.

Encontró al fin la ranura e introdujo la llave; hizo una pausa, conteniendo el aliento. Si el hombre le había hecho daño al motor, estaban perdidos.

—¡Listos! —murmuró, dando arranque.

El motor tosió y volvió a apagarse con un gruñido. Les tragó saliva varias veces, mientras dirigía hacia la casa una mirada cargada de temor.

—¡Dios mío!, ¿no arranca? —susurró Marian.

Les sintió que se le erizaba la piel de los brazos y de las piernas.

—No sé —contestó con rapidez—. Tal vez esté frío solamente. Eso espero.

Contuvo el aliento una vez más, y volvió a dar arranque, tratando de apresurarse.

Sólo se produjo un ronquido aletargado. *¡Oh, Dios mío! Le ha hecho algo al motor*, pensó Les, desanimado y completamente tenso de terror. Una idea repentina le trazó profundas arrugas en la frente: *¿Y si lo empujáramos hasta el camino?*

—¡Les!

Su esposa le apretaba el brazo; instintivamente, dirigió la mirada hacia la casa.

En una ventana del segundo piso había aparecido una luz.

—¡Oh, Jesús!, arranca de una vez —gritó ella, con voz entrecortada.

Apretó el botón con tanta fuerza que el dedo le quedó entumecido.

El motor comenzó a sacudirse; una ola de alivio lo invadió como una bendición. Ambos cerraron las puertas al mismo tiempo y en seguida trató de calentar el motor. Apenas había logrado ponerlo en primera cuando el hombre asomó el torso y la cabeza por la ventana. Pareció gritarles algo, pero el rugido del motor les impidió oírlo.

El coche dio un salto hacia adelante y se detuvo. Les volvió a insistir con el botón, dejando escapar un bufido de impotencia. El motor volvió a arrancar y él soltó el embrague. Las ruedas subían y bajaban por el terreno irregular.

Mientras tanto, el hombre había desaparecido de la ventana; Marian, que no perdía de vista la casa, vio encenderse una luz en la planta baja.

—Date prisa —rogó.

Lentamente, el coche empezó a tomar velocidad; Les lo puso en segunda, tratando de maniobrar en un cerrado semicírculo. Las ruedas patinaron sobre la tierra apelmazada, y lo puso en tercera para salir al callejón. Los faros delanteros proyectaron en la oscuridad un brillante cono de luz.

La repentina explosión que se produjo a sus espaldas les hizo saltar hacia adelante convulsivamente. En seguida un objeto extraño perforó el techo del coche, con un chirrido

desagradable. Les hundió el acelerador hasta el suelo y el coche avanzó de un salto, balanceándose sobre el terreno.

Otro disparo rasgó la noche, haciendo saltar la mitad de la ventanilla posterior en una lluvia de fragmentos. Volvieron a encogerse bruscamente; Les dejó escapar un gruñido al sentir en el costado del cuello el borde filoso de una astilla.

Las manos le saltaron sobre el volante; el vehículo se hundió en un pozo pequeño, virando casi hasta la cuneta de la izquierda. Les se aferró con fuerza al volante y, empleando toda la energía que le quedaba en los brazos, volvió el coche hacia el centro del camino mientras gritaba a su mujer:

—¿Dónde está?

Ella se volvió con rapidez.

—No alcanzo a verlo...

El tragó saliva varias veces, mientras todo su cuerpo registraba los barquinazos del coche sobre los baches y las luces delanteras brincaban sin descanso, marcando el mismo ritmo enloquecedor.

Pensamientos angustiantes le agujoneaban la imaginación: ir hasta el próximo pueblo, buscar al comisario, tratar de salvar al otro pobre diablo...

Llegó finalmente a un trecho liso del camino y volvió a pisar el acelerador. Ir hasta el próximo pueblo y...

Fue ella quien gritó:

—¡Cuidadooooo!

No tuvo tiempo de frenar. La parte delantera del Ford embistió el pesado portón que cruzaba el callejón, y el coche se detuvo con un golpe seco que les sacudió el cuello. Marian fue lanzada hacia adelante, y se golpeó el costado de la cabeza contra el parabrisas. El motor se apagó, al tiempo que los faros se hacían añicos.

El impacto dejó a Les sin respiración, haciéndolo rebotar contra el volante.

—¡Pronto, querida! —susurró.

—Mi cabeza, mi cabeza —musitó Marian, con un sollozo.

Por unos segundos Les, mudo e inmóvil, se limitó a mirarla, mientras ella sacudía la cabeza hacia ambos lados y se cogía la frente con la mano, en una expresión de fuerte dolor. Reaccionó al fin: abriendo la puerta, tomó la mano libre de su esposa.

—Marian, tenemos que irnos...

Bruscamente la sacó del coche, y la rodeó con su brazo para prestarle apoyo: ella continuaba llorando incontrolablemente.

Escuchó los pasos de las botas que se acercaban por detrás y pudo distinguir sobre el hombro el ojo de una linterna que los enfocaba.

Al llegar al portón, Marian se desplomó Les permaneció junto a ella, sosteniéndola, trémulo de impotencia, mientras el hombre se acercaba con la linterna en una mano y una pistola del cuarenta y cinco en la otra.

El hombre sólo dijo una palabra:

—¡Regresen! —ordenó, con la respiración entrecortada, agitando el caño de la pistola en dirección a la casa.

—Mi mujer está herida —dijo Les—. Se golpeó la cabeza contra el parabrisas... ¡No puede ponerla otra vez en esa jaula!

—¡Regresen, he dicho!

La determinación y el tono del hombre impresionaron a Les.

—Por favor, no puede caminar. Está inconsciente.

El cuerpo del hombre, desnudo hasta la cintura, se sacudía en temblores espasmódicos.

—Llévela alzada, entonces —le dijo.

—Pero...

—¿Quiere que lo acribille ahora mismo? —gritó el hombre, frenético.

—No, no —balbuceó Les, sin dejar de temblar, mientras levantaba el lánguido cuerpo de Marian.

El hombre se hizo a un lado, y Les emprendió el regreso tratando de vigilar al mismo tiempo sus pasos y la cara de Marian.

—Querida —susurró—. ¿Marian?

La cabeza de ella colgaba flácida sobre el brazo que la sostenía; con el vaivén de cada paso, el pelo rubio le rozaba las sienes y la frente.

Él había llegado al colmo de la tensión. Se sintió a punto de gritar, pero optó por formular una súbita pregunta por sobre el hombro:

—¿Por qué hace esto?

No hubo respuesta. Sólo se oía el rítmico taconear de las botas sobre los cráteres del suelo.

—¿Cómo es capaz de hacer esto? —insistió Les, con la voz quebrada—. Atrapar a un semejante y entregárselo a ese... ¡Dios sabe qué cosa es!

—¡Cállese!

Pero el tono del hombre empezaba a revelar más abatimiento que enojo.

—Mire, deje que se vaya mi mujer —repuso Les, impulsivamente—. Yo me quedo, si quiere, pero... ¡Por favor! Deje que ella se vaya.

El otro no respondió. Les volvió hacia Marian una mirada cargada de temores, mordiéndose los labios para no traicionar su frustración.

—Marian —dijo, temblando incontinentemente en el frío nocturno—. Marian...

La casa solitaria se proyectaba sombría contra la lisa superficie del desierto.

—¡Por amor de Dios, no vuelva a ponerla en esa jaula! —gritó Les, en el límite de la desesperación.

—Regrese —repitió el hombre. Su tono inexpresivo, desprovisto de toda emoción, no dejaba entrever ninguna promesa.

Les estaba rígido. De haber estado solo, con toda seguridad hubiese girado sobre sus talones para saltar sobre el hombre. Nada habría logrado hacerlo trasponer nuevamente el cerco de la casa, ni acercarse a esas jaulas y al ser aquél.

Pero estaba Marian.

Pasó por sobre el rifle tirado en el suelo y oyó detrás de sí el gruñido del hombre al agacharse para levantarlo.

En ese momento lo dominaba una idea fija: cómo salir de ese lugar.

De pronto ocurrió algo inesperado. El hombre se le acercó apresuradamente por detrás; un pinchazo le hirió el hombro izquierdo. El súbito alfilerazo le quitó el aliento. Trató de reaccionar lo más rápidamente posible, volviéndose hacia el otro, pero tenía en los brazos el peso muerto de Marian.

—¿Qué pretende?

Pero ya era tarde. Antes de terminar la frase sintió que un líquido ardiente y aletargante le corría por las venas. Una pesada lasitud se apoderó de todos sus miembros; ni siquiera pudo oponer resistencia cuando el hombre le quitó a Marian de los brazos.

Dio un paso inseguro hacia adelante; la noche se pobló de incandescentes puntos luminosos. Sus piernas parecían de goma; debajo de él, el suelo era algo fluído como el agua.

—No —murmuró, entredormido.

Luego se desplomó, sin sentir siquiera el impacto de su cuerpo contra el suelo.

Tibio era el vientre de la esfera. Un vapor espeso y ondulante poblaba sus entrañas. El ser descansaba en la húmeda penumbra; su cuerpo informe se sacudía en latidos regulares y monótonos. Estaba satisfecho y cómodo, grotescamente enroscado, como un gato cósmico ante un enorme hogar.

Por dos días.

Una serie de gritos penetrantes despertaron a Les. Aunque lentamente, comenzó a reanimarse e hizo un esfuerzo por hablar, pero sus labios parecían hechos de cemento. Le colgaban insensibles, perdida por el momento la capacidad de pronunciar palabras. Haciendo un gran esfuerzo logró abrir los párpados, pesados como el plomo.

El aire de la jaula, poblado de extraños reflejos, parecía hervir. Los ojos vidriosos parpadeaban sin llegar a comprender. A sus costados, las manos inermes semejaban las inmóviles aletas de un pez moribundo.

El grito provenía de la jaula vecina. Terminado el efecto de la droga, aquel pobre diablo no podía reprimir la histeria. Él sabía los motivos.

La frente sudorosa de Les se plegó en arrugas paralelas. Por lo menos podía pensar. Su cuerpo insensible semejaba una piedra enorme e inútil, pero dentro de ese bulto paralizado, el cerebro continuaba trabajando.

Cerró los ojos. Lo más horrible de la situación era conocer el final. Permanecer tirado en aquel lugar, completamente indefenso, sabiendo de antemano lo que le estaba reservado.

Un temblor pareció sacudirle el cuerpo, pero no estaba seguro. ¿Qué sería aquella cosa? No tenía ningún punto de referencia para clasificarla, ninguna base racional de donde partir. Lo que había visto aquella noche estaba más allá de toda...

¿Qué día era? ¿Dónde estaba?

¡Marian!

Trató de volver la cabeza. Hizo un esfuerzo enorme, como si quisiera hacer rodar una enorme roca. La saliva le corría por las comisuras de los labios. Tras unos segundos de intensa concentración, logró abrir los ojos. El terror clavaba puñales en su cerebro, si bien su rostro no revelaba cambio alguno de expresión.

Marian no estaba junto a él.

Tendida blandamente sobre la cama, continuaba todavía bajo el efecto de la droga. El hombre había renovado la compresa fría que le cubría la frente hasta el cardenal de la sien derecha.

El hombre permanecía en silencio, mirándola. Acababa de regresar de las jaulas. Había ido a aplicarte una inyección al hombre que gritara. Se preguntó de qué estaría compuesta la droga que el ser le había proporcionado, y qué efecto tendría sobre las personas. Deseó, por alguna razón, que las dejara completamente insensibles.

Era el último día de vida que le quedaba a aquel sujeto.

No, se dijo a sí mismo. Era sólo imaginación de su parte; la mujer no se parecía en nada a Elsie. Era producto de su imaginación. Simplemente, *deseaba* que se pareciera. Ahí estaba la cosa. Tragó con dificultad. ¡Estúpido! Mentalmente se abofeteó con la palabra. No era parecida a Elsie.

Por un momento, recorrió con la mirada el cuerpo de la mujer: la suave elevación del busto, las caderas delicadas, las piernas bien formadas. Marian. Así la había llamado el marido. Era un lindo nombre.

Se alejó de la cama con un movimiento brusco y salió de la habitación.

¿Qué le estaba sucediendo? ¿Qué creía que iba a hacer? ¿Acaso dejarla escapar? Había sido una locura llevarla a la casa dos noches atrás y ponerla en el otro dormitorio. No tenía sentido. ¿Podía, acaso, permitirse algún sentimiento de conmiseración hacia ella o hacia nadie? Si cedía a ese tipo de impulso, estaba perdido. Eso era cosa segura.

Mientras descendía los escalones, trató de recordarse a sí mismo el horror de ser absorbido dentro de esa masa gelatinosa. Trató de revivir aquella pesadilla, que superaba toda imaginación. Pero, por alguna razón, su mente no se concentraba en esa idea: el recuerdo desaparecía como una nube llevada por el viento, y quedaba vacante para pensar en esa mujer, Marian. Sí, se parecía un poco a Elsie; el mismo color de cabello, la misma boca... ¡No!

La dejaría en el dormitorio sólo mientras durase el efecto de la droga. Después volvería a ponerla en la jaula. Son ellos o yo, pensó. Trató de convencerse a sí mismo, repitiéndose la misma idea: *Por nadie en el mundo voy a morir de esa manera.*

Continuó discutiendo consigo mismo durante todo el camino hasta la estación de servicio.

Debo estar loco. He llegado al extremo de llevarla a mi casa y sentir compasión por ella, se dijo. No me lo puedo permitir; de ninguna manera. Todo lo que ella significa para mí son dos días. Eso es todo, dos días de tregua y nada más.

La estación estaba abandonada y silenciosa. Merv detuvo el camión y descendió.

Comenzó a pasearse nerviosamente entre las bombas, sintiendo el crujir de las botas sobre la tierra caliente. Su rostro estaba tenso de furia. *No puedo permitir que se vaya.* Las palabras eran como un látigo con el que se castigaba a sí mismo. Un súbito temblor le recorrió el cuerpo al darse cuenta que había estado en lucha contra sí mismo durante dos días enteros.

Apretó lo puños hasta la lividez. Si al menos se tratase de un hombre... Levantó el brazo izquierdo y se miró el bulto rojizo. ¿Por qué no podía arrancárselo de la carne? Por qué?

Entonces se acercó un coche. Era el coche polvoriento y recalentado de un viajante. Merv comenzó a llenar el tanque de nafta y a controlar el agua. Al mismo tiempo, protegido por el ala del sombrero, no cesaba de mirar al pequeño hombre de cara rojiza vestido con traje de lino y sombrero panamá. Podría cambiar a la mujer por él. Antes de formularse el pensamiento, ya había tomado cuerpo en su mente. Echó un vistazo a la matrícula: Arizona.

Contrajo los músculos de la cara. No. Siempre lo había hecho con coches de otros estados. Resultaba más seguro. Tendré que dejarlo ir, pensó con pena. No hay más remedio. No me puedo permitir el lujo.

Pero cuando el hombre comenzó a buscar en su billetera, Merv sintió que la mano se le iba a la tibia culata del cuarenta y cinco.

El hombrecito miró boquiabierto el arma.

— ¿Qué es esto? —preguntó, débilmente.

Pero Merv no le contestó.

La negra mano de la noche rozó la burbuja palpitante. La Tierra emergía ante su líquida existencia. ¿Por qué el aire no le prestaba alimento suficiente? ¿Por qué era tan débil el empuje de la atmósfera? En esa tierra desgastada y agonizante se habían agotado los gases vivificantes.

En medio de su lento deslizar, durante su penoso avance, el ser pensó en escapar.

¿Cuánto hacia que se encontraba en tan desolado lugar? Imposible decirlo. En ese planeta el Sol salía y se escondía con una rapidez apabullante; la luz y la oscuridad se sucedían con la misma velocidad del relámpago.

En la nave, los instrumentos cronométricos estaban destrozados. Era imposible repararlos. Ya no había ningún patrón, ninguna guía métrica que sirviera de norma. Perdido en ese tenebroso desierto rocoso, el ser sólo podía deambular en busca de alimento.

En la tenebrosa distancia aparecía la morada del habitante de ese planeta: ángulos absurdos e insensatas alturas. Eran bestias estúpidas, incapaces de razonar, capaces sólo de emitir agudos chillidos y agitar los tentáculos como las plantas nocturnas de su propio planeta. Sus cuerpos, endurecidos por el calcio, deparaban escaso alimento, obligando al ser a comer con mucha más frecuencia.

Ya estaba cerca. El zumbido era más audible.

Como de costumbre, el animal estaba allí, tirado sobre el suelo con los tentáculos flojos y encogidos. Surgieron del ser oleadas de pensamiento, que absorbieron los jugos lánquidos de la mente del animal.

Si ésa era toda la inteligencia de que disponían, se hallaba en un territorio dominado por la barbarie. El ser continuó acercándose, sorbiendo e hinchándose sobre la tierra barrida por el viento.

El animal se agitó, provocando en el ser un sentimiento de repulsión. De no encontrarse hambriento y sin ayuda, jamás se forzaría a absorber esa bestia huesuda y temblorosa.

La burbuja rozó un tentáculo. El ser se derramó sobre la forma animal y se detuvo temblando. Sus células visuales le revelaron el ojo distendido del animal, que miraba hacia arriba. Sus células auditivas recogieron los ruidos salvajes y estrangulados que emitía el animal al morir. Las células táctiles distinguieron la débil agitación del cuerpo.

Y en lo más profundo de sí, el ser percibía el zumbido incesante que salía de la cueva oscura donde estaba el primer animal, agazapado y tembloroso, el que llevaba en el tentáculo el cono de localización.

El ser continuaba comiendo. Se preguntó si habría alimento suficiente para prolongar su vida... por mil años de tiempo terrestre.

Seguía tendido en el suelo de la jaula. De pronto, sintió la mirada del hombre clavada en él; el corazón comenzó a latirle con más fuerza. Pocos minutos antes había estado probando las paredes de la jaula; oyó entonces que la puerta de la cocina se cerraba de un golpe y los pasos de unas botas descendían la escalera. Reaccionó de inmediato, poniéndose de espaldas, mientras trataba, desesperadamente, de recordar la posición exacta en que había estado mientras durara el efecto de la droga; dejó caer las manos flojas a los costados, levantó levemente la pierna izquierda y cerró los ojos. El otro no debía darse cuenta de que había recuperado la conciencia. Tenía que abrir la puerta completamente desprevenido.

Hizo un esfuerzo para controlar su respiración, dándole un ritmo plácido y parejo, aunque le provocaba dolores de estómago. El hombre continuaba mirándolo en silencio. En cuanto abra la puerta saltaré sobre él, pensó Les.

Un escalofrío nervioso le hizo mover la garganta. ¿Se daría cuenta el hombre de que estaba fingiendo? Con todos los músculos en tensión, aguardaba el chirrido de la puerta al abrirse. Era su oportunidad para escapar.

No tendría ninguna otra ocasión para salvarse. *Eso* vendría esa noche.

De pronto, sintió que los pasos del hombre comenzaban a alejarse. Les abrió los ojos repentinamente, desfigurado su rostro por una expresión de horror e incredulidad. ¡El hombre no tenía intención de abrir su jaula!

Continuó tirado en la misma posición por un largo rato, tembloroso, mirando en silencio la ventana enrejada donde había estado el hombre unos minutos antes. Sentía deseos de llorar, de golpear los puños contra la puerta hasta hacerlos sangrar.

—¡No! ¡No! —murmuró, desfallecido.

Por fin hizo un esfuerzo y se puso de rodillas para mirar, con cautela, por sobre el borde de la ventana. El hombre no estaba a la vista.

Volvió a agacharse y comenzó a revisar sus bolsillos.

La billetera... no había nada que pudiera servirle: un pañuelo, un trozo de lápiz, algunas monedas, un peine.

Nada más.

Colocó todos esos adminículos en la palma de la mano y se quedó contemplándolos largo rato como si, de alguna manera, encerraran la respuesta a su desesperada situación. Tenía que haber una salida; no podía soportar la idea de acabar como el otro hombre, que el maldito lo dejara allí para que esa cosa lo...

—¡No!

Con un movimiento espasmódico, arrojó todas las cosas al suelo de la jaula, mientras los labios hacían un gran esfuerzo por contener un grito de indignación. No podía ser verdad; debía tratarse de un sueño espantoso.

Volvió a arrodillarse con desesperación y, una vez más, comenzó a palpar con sus dedos temblorosos las paredes de la jaula en busca de una hendidia, un madero suelto, cualquier cosa.

Mientras continuaba su inútil búsqueda, hacía esfuerzos desesperados para no pensar en lo que la noche le depararía. Pero eso era lo único en lo que no podía dejar de pensar.

Ella se enderezó, jadeante; las manos callosas del hombre le acariciaban el pelo. Lo miró con los ojos desorbitados por el horror, y en ese momento él retiró la mano.

—Elsie —susurró.

El aliento cargado de whisky le daba en la cara; ella trató de echarse hacia atrás con un gesto de asco.

—Elsie —repitió él con voz espesa, mirándola con ojos vidriosos de borracho.

Ella se hizo atrás cuanto pudo, hasta apoyar la espalda contra el respaldo de la cama. El hombre aspiraba bocanadas de caliente aliento por la boca abierta; los mechones de pelo oscuro se le pegaban, húmedos, a las sienes.

—Elsie, fue sin querer —dijo—. Elsie..., por favor, no tengas miedo.

— ¿Don...dónde está mi marido?

La tomó con fuerza de una mano, atrayéndola hacia sí como si fuera una muñeca de trapo. Lo tenía tan cerca que se sentía envuelta en su aliento.

—No —jadeó apenas, tratando de empujarlo hacia atrás por los hombros.

—Te quiero, Elsie. Te quiero.

—¡Les!

El grito estalló en la pequeña habitación. El hombre le tomó la mejilla en la mano, y ella apartó bruscamente la cabeza.

—¡Está muerto! —le gritó con voz ronca—. Lo devoró. Lo devoró, ¿me escucha?

Ella cayó contra el respaldo, enmudecida de horror.

—No —dijo, sin darse cuenta siquiera que había hablado.

—¿Cree que lo hice por mi voluntad? —preguntó él, con tono entrecortado, mientras una lágrima le surcaba la mejilla ennegrecida por la barba—. ¿Cree que sentí placer al hacerlo? —un sollozo le sacudió el pecho—. No quise hacerlo, pero usted no sabe..., no tiene siquiera una idea. Estuve dentro de *eso*. Sí, ¡oh Dios mío! No se imagina lo que es eso. No, no se lo imagina...

Se dejó caer pesadamente en la cama, sacudido por fuertes sollozos.

—No quería hacerlo. Por Dios, le digo que yo no quería...

Ella se apretó la boca con el puño cerrado. Le faltaba la respiración. Su mente hacía un enorme esfuerzo para no creer. No, no era verdad. No podía ser.

Bajó de la cama de un salto y en un segundo estuvo de pie. Fuera se estaba poniendo el sol. Trató de tranquilizarse a sí misma pensando que hasta la noche no vendría el monstruo; se decía que aún no estaba oscuro. Pero en realidad no sabía por cuánto tiempo había estado inconsciente.

El hombre la miró, con los ojos ribeteados de rojo.

—¿Qué hace?

Pero ella trató de correr hacia la puerta.

Cuando ya iba a abrirla, el hombre chocó contra ella y los dos dieron contra la pared. Sintió que se quedaba sin aliento; al mismo tiempo, la herida de la cabeza comenzó a palparle nuevamente. El hombre la sujetó, y sus manos comenzaron a recorrerle desesperadas los hombros y el pecho.

—Elsie, Elsie —murmuraba, mientras trataba de besarla.

En ese momento, la chica vio la pesada jarra sobre la mesa cercana. Sintió los dedos del hombre apretándola más y sus labios presionados contra los de ella. Asió entonces la jarra, la levantó y...

Grandes trozos de cerámica blanca se esparcieron sobre el suelo; el grito del hombre resonó en la habitación.

Marian se apoyó en la pared, tratando de recuperar el aliento; volvió la mirada hacia el cuerpo del hombre crispado en el suelo, y hacia los gruesos dedos que trataban de asir la alfombra.

Volvió la vista rápidamente a la ventana. Ya era casi de noche.

Con un movimiento rápido se inclinó sobre el cuerpo del hombre y revolvió los bolsillos del mono hasta encontrar el llavero. Salió corriendo de la habitación y pudo ver, por sobre el hombro, que el hombre se volvía para quedar de espaldas en el suelo mientras gemía.

Corrió por el pasillo y abrió de un tirón la puerta de entrada. Ya la sangre del crepúsculo teñía el contorno del cielo.

Saltó los peldaños de la galería y corrió en zigzag en torno a la casa, sin sentir siquiera las piedras que iba pisando. No apartaba la vista de la hilera de jaulas. No es cierto, no es cierto, se repetía mentalmente. Me mintió. A pesar de esos pensamientos que trataban de tranquilizarla no pudo contener un profundo sollozo.

Me mintió, se dijo.

La cortina de la noche descendía abruptamente mientras ella se acercaba a la primera jaula, sostenida apenas por sus temblorosas piernas.

Vacía.

Otro sollozo se ahogó en su garganta. Corrió hasta la otra jaula. ¡Le había mentido!

Vacía. ¡No!

—¡Les!

—¡Marian!

Con un impulso, él se enderezó en la jaula, con el rostro iluminado por una súbita esperanza.

—¡Oh, querido! —su voz se había convertido en un murmullo débil y vacilante—. Me dijo que...

—Marian, apresúrate, abre la puerta. Ya viene.

Un frío terror se apoderó nuevamente de ella. Instintivamente volvió la cabeza a un costado, y su mirada asombrada trató de penetrar el oscuro desierto.

—¡Marian!

Mientras probaba una de las llaves, las manos le temblaban incontrolablemente. Se mordió el labio hasta sentir dolor. Probó otra llave. Tampoco abría.

—¡Date prisa!

—¡Oh, Dios mío! —gimoteó ella, mientras sus manos inseguras probaban otra llave.

Tampoco correspondía.

—No puedo encontrarla...

—Está bien, tesoro —dijo él de pronto, como si otro hablara en su lugar... Está bien, no desesperes, hay tiempo de sobra —respiró profundamente—. Prueba la otra llave. Está bien. Así. ¡Ah! No, esa no es. Prueba la otra...

Aunque trataba de darle ánimo, el estómago se le retorcía en un nudo cada vez más apretado.

Los dientes de Marian perforaban la piel del labio inferior. Dio un respingo y dejó caer el llavero. Exhaló un quejido ahogado, en tanto se agachaba para levantarlo. Podía escuchar, a través del desierto, el resuello sibilante, cada vez más poderoso.

—¡Oh, Les, no puedo, no puedo!

—Está bien, querida —dijo él, súbitamente resignado—. No importa, corre hacia el camino.

Ella lo miró, vació el rostro de toda expresión.

—¿Qué?

—Querida, ¡por amor de Dios! No te quedes allí parada... ¡Corre!

Ella trató de juntar el resto de aliento que aún le quedaba, controló el temblor de sus manos y volviendo a clavarse los dientes en el labio lastimado, probó otra llave, después otra y la siguiente, mientras Les la miraba horrorizado, tratando de vigilar el desierto oscuro por sobre su hombro.

—Oh, querida, no...

La cerradura quedó abierta de golpe. Con un gruñido irreprimible, Les empujó la puerta y tomó la mano de Marian; el chasquido sibilante temblaba en el aire nocturno.

—¡Corre! —jadeó Les—. No mires hacia atrás.

Corrieron a toda velocidad, alejándose desesperadamente de las jaulas, y de la masa gelatinosa de dos metros de altura que temblaba como un gran borbotón de vida arrojado por una escudilla pantagruélica. Trataron de no oír, de no ver, con los ojos siempre hacia adelante; corriendo sin interrupción a grandes trancos, impulsados por el miedo.

El coche estaba otra vez frente a la casa; tenía hundida la parte delantera. Abrieron las puertas de un golpe y subieron rápidamente. La temblorosa mano de Les encontró la llave de contacto. La hizo girar y dio arranque.

—¡Les, viene hacia aquí!

Los engranajes chirriaron y el coche dio un brinco hacia adelante. Él no miró hacia atrás; cambió la marcha, pisando el acelerador para salir al callejón.

Giró a la derecha, dirigiéndose al pueblo que recordaba haber pasado, hacía tanto tiempo que parecían años. Hundió hasta el piso el pedal del acelerador y el coche empezó a tomar velocidad. Sin faros delanteros no podía ver el camino, pero tampoco podía levantar el pie; parecía pegado al pedal.

El coche rugía por el camino oscuro; Les respiró normalmente por primera vez.

El ser se balanceaba sobre el suelo, soltando espumarajos por la furia contenida en sus tejidos; el animal no había cumplido con lo pactado, no veía alimento para él. El ser continuó arrastrándose, formando círculos de furia, siempre en busca de algo; las células visuales registrando el suelo. Su infirmitad acorazada y luminosa recorría la tierra resquebrajada. Se dirigió a la casa como una ola viscosa, acercándose al zumbido que emitía el cono.

El brazo de Merv hizo un movimiento espasmódico; se irguió de un brinco, con los ojos muy abiertos, tratando de ver. Los alfilerazos de dolor que sentía en la cabeza y en el brazo le revelaron que volvía en sí. El cono parecía una araña que hurgaba, que le hincaba las patas filosas como navajas, tratando de penetrar más profundamente en su carne. Se puso de rodillas haciendo un gran esfuerzo; el dolor le nublaba la mirada.

Apenas se había puesto de pie cuando un ruido estrepitoso conmovió toda la casa. Tuvo una violenta convulsión, y la mandíbula se le aflojó de dolor. La punzada en el brazo era cada vez más intensa; de pronto, supo la verdad. Jadeante, dio un salto hasta el vestíbulo para mirar hacia el oscuro pozo de la escalera.

El ser ascendía la escalera ondulando espasmódicamente; sus setenta ojos brillantes y deformes se adelantaban hacia el animal. Su amorfo bulto se sacudía con gruñidos y siseos furiosos; se levantaba y dejaba caer por los escalones.

Los escalones de atrás eran su única salvación. Ya no podía respirar, siquiera; el aire parecía licuado en sus pulmones. Los tacos de sus botas repiquetearon por el vestíbulo y a través del dormitorio oscuro. Detrás se oía el ruido de la barandilla que cedía y estallaba en pedazos al llegar el ser al segundo piso, doblado como una vejiga bifurcada, para desplegarse nuevamente y seguir avanzando.

Merv se lanzó por la empinada escalera, agarrándose con manos temblorosas de la barandilla; el corazón le martillaba en el pecho sin control. El dolor que le atenaceaba el brazo le arrancó un grito ronco.

Estuvo a punto de perder el sentido.

Al llegar al último escalón, oyó destrozarse la puerta de su dormitorio y la furia incontrolada del ser mientras...

Se hundía y levantaba nuevamente para pasar la puerta de la escalera posterior, haciéndola astillas para acomodar su volumen. Podía escuchar abajo los latidos del animal en fuga. Perdió de pronto su adhesividad, y salió rodando por las escaleras, mientras sus setecientos tentáculos se aferraban a las astillas de madera.

Cayó sobre el ultimo peldaño, su bulto informe chocó contra la puerta y se esparció en el suelo de la cocina.

Merv se acercó a la repisa de la sala. Levantó el brazo, apuntando hacia abajo con el máuser, al tiempo que giraba sobre sus talones; en ese momento, el ser desbordado cayó como una cascada luminosa a través de la puerta.

En la habitación resonaron vanas explosiones: Merv descargaba el arma sobre el bulto que se aproximaba. Las balas saltaron impotentes de sus cápsulas. El hombre dio un salto hacia atrás, con un grito de horror, dejando caer el arma. Un movimiento del brazo descolgó el retrato de su esposa, que se destrozó contra el suelo. Su mente enferma alcanzó a ver la cara sonriente de Elsie, detrás del vidrio destrozado.

Luego apretó algo duro con la mano, y supo de inmediato, lo que debía hacer.

Dio un salto hacia el costado; al mismo tiempo, la masa brillante retrocedió para arrojarle sobre él. La repisa se hizo astillas, la puerta explotó hacia fuera.

Entonces, mientras el ser volvía a levantarse para arrojarse sobre él, Merv quitó el resorte de la granada y la apretó contra su pecho.

—Bestia estúpida... Te mataré por...

¿DOLOR?

Los tejidos explotaron desgarrando la cobertura, y el ser corrió por el suelo como un torrente de lava disuelta.

El silencio invadió la habitación. Una a una se iban apagando las fuentes de pensamiento del ser, a medida que la atmósfera ahogaba la vida en cada uno de sus tejidos. Sus restos se estremecieron débilmente, las células del ser y sus gelatinosas membranas fueron traspasadas por la agonía. Los pensamientos se desvanecían.

Quedaban sólo gotas de los flúidos vitales, de los rayos de lámpara que daban calor y vida a la materia palpitante. Las células se dividían, los distintos organismos perdían su independencia, el ondulante contenido de la vejiga de comida se distendía, se hinchaba. ¿Dónde están los amos, que me dieron vida para que pudiera alimentarlos sin perder jamás mis fuerzas y mi forma?

Entonces el ser, originado en tumores hidropónicos, murió, habiendo olvidado que había devorado al amo dormido, ingiriendo, junto con su cuerpo, todo el conocimiento que encerraba su cerebro.

Ese año, la mañana del sábado 22 de agosto se produjo una violenta explosión en el desierto; quienes estaban a treinta kilómetros de distancia recogieron en sus patios extraños trozos de metal.

Debió de ser un meteoro, dijeron. Pero era sólo por decir algo.

ACERO

Los dos hombres salieron de la estación empujando un objeto cubierto, montado sobre ruedas. Lo llevaron a lo largo de la plataforma hasta alcanzar uno de los vagones centrales, y allí lo subieron, gruñendo, con los cuerpos empapados de sudor. Una de las ruedas cayó, rebotando sobre los escalones metálicos. La recogió un hombre que venía detrás, para entregársela al que llevaba un traje pardo arrugado.

—Gracias —dijo el hombre del traje pardo, guardando la rueda en el bolsillo lateral de la chaqueta.

Ya en el coche, ambos empujaron el objeto cubierto por el pasillo. La falta de una rueda lo hacía inclinarse hacia un lado; el hombre del traje pardo, cuyo nombre era Kelly, se veía forzado a sostenerlo con el hombro para evitar que se tumbara. Respiraba jadeando, y de vez en cuando sacaba la lengua para lamer las pequeñas gotitas de sudor que se le formaban sobre el labio superior.

Al llegar al centro, el que llevaba un traje azul arrugado volteó hacia atrás uno de los respaldos dobles, de modo que quedaran cuatro asientos enfrentados. Después empujaron el objeto hasta colocarlo entre los asientos; Kelly metió la mano por una abertura de la funda y tanteó hasta encontrar cierto botón. El objeto se sentó pesadamente junto a la ventana.

—¡Oh, Dios! Oye cómo chirría —dijo Kelly.

Pole, el otro hombre, se encogió de hombros y se sentó.

—¿Qué esperabas? —preguntó, suspirando.

Kelly se estaba quitando la chaqueta. La dejó caer en el asiento de enfrente y se sentó junto al objeto cubierto.

—Bueno, le vamos a comprar algunas cosas en cuanto cobremos —dijo, preocupado.

—Si las conseguimos —dijo Pole.

Éste era muy delgado. Se recostó contra el asiento caliente, mientras Kelly se enjugaba las sudorosas mejillas.

—¿Por qué? —preguntó, pasándose el pañuelo húmedo bajo el cuello de la camisa.

—Porque no se fabrican más —respondió Pole, con la falsa paciencia de quien ha repetido lo mismo demasiadas veces.

—Es una locura —protestó Kelly. Se quitó el sombrero para secarse la pequeña calva, circundada por pelo de color herrumbre, agregando—: Todavía hay muchos B-2 en funcionamiento.

—No tantos... —observó Pole, apoyando un pie sobre el objeto cubierto.

—¡No! —exclamó Kelly.

Pole dejó caer el pie, con una suave maldición. Kelly pasó el pañuelo por el forro de su sombrero. Iba a ponérselo otra vez, pero cambió de idea y lo dejó caer encima de su chaqueta.

—¡Diablos, qué calor! —exclamó.

—Y se pondrá peor —observó Pole.

Del otro lado del pasillo, un hombre colocó su maleta en el estante y se sentó, bufando. Kelly le echó un vistazo antes de volverse.

—Así que hará más calor en Maynard, ¿eh? —preguntó.

Pole asintió. Kelly tragó saliva, diciendo:

—Me gustaría tomarme otra de esas cervezas.

Su compañero perdió la mirada más allá de la ventanilla, entre las ondas cálidas que se levantaban de la plataforma de cemento.

—Me tomé tres cervezas —continuó Kelly— ¡y tengo tanta sed como antes!

—Ajá —dijo Pole.

—Como si no hubiese tomado nada desde que salimos de Fila.

—¡Ajá!

Por un momento, Kelly fijó la vista en el otro. Pole era de cabellos oscuros y piel blanca; sus manos eran desproporcionadamente grandes en relación con el cuerpo, pero eran tan hábiles como grandes. Pole es de los mejores, pensó Kelly. De los mejores.

—¿Te parece que le irá bien? —preguntó.

—Siempre que no le peguen —gruñó Pole, sonriendo sin la menor alegría.

—No, no... hablo en serio —protestó Kelly.

Los ojos oscuros e inexpresivos de Pole se apartaron de la plataforma para mirar a Kelly:

—Yo también —dijo.

—Oh, vamos...

—Steel, lo sabes tan bien como yo. Lo mandarán al diablo.

—No es cierto —afirmó Kelly, agitándose en el asiento, incómodo—. No necesita más que algunos arreglos. Un pequeño ajuste y quedará como nuevo.

—Sí, un ajuste de trescientos o cuatrocientos dólares —repuso Pole— ¡y con repuestos que ya no se fabrican... —y volvió a mirar por la ventanilla.

—Vamos..., no está tan mal —protestó Kelly—. Dios mío, el que te oiga pensará que sólo sirve para chatarra.

—¿Y no es cierto?

—No —retrucó Kelly, enojado— ¡no es cierto.

El moreno se encogió de hombros; sus largos dedos blancos tamborilearon sobre las rodillas.

—Todo porque está un poco viejo...

—¿Viejo? —gruñó Pole—. Caduco, eso es lo que está.

—¡Oh!

Kelly aspiró una gran bocanada de aire caliente y exhaló por la ancha nariz. Posó los ojos sobre el objeto cubierto, con la expresión de un padre enojado por las faltas de su hijo, pero más enojado aún con quienes las mencionan.

—Todavía le queda para rato —dijo.

Su compañero contempló a la gente que caminaba por la plataforma. Un maletero empujaba un carro repleto de maletas apiladas.

—Bueno, ¿está bien o no? —preguntó Kelly finalmente, como si la pregunta le resultara desagradable.

—No sé, Steel —respondió Pole, volviendo los ojos hacia él—. Necesita reparaciones, y tú lo sabes. El resorte impulsor del brazo izquierdo tiene ya tantas composturas que está casi arruinado. De ese lado no tiene protección. El lado izquierdo de la cara está todo golpeado; la lente del ojo se ha quebrado. Los cables de las piernas están gastados y flojos, y la tensión se ha ido al demonio. ¡Cielos, si hasta el giróscopo anda mal!

Y agregó, apartando otra vez la mirada:

—Y para qué hablar de la pasta lubricante, que no tiene.

—Se la pondremos —dijo Kelly.

—¡Sí, *después* de la pelea, *después* de la pelea! —estalló Pole—. Y antes, ¿qué? Andará a los chirridos por todo el ring, como una... maldita pala mecánica. Por milagro puede ser que aguante dos *rounds*. Nos van a emplumar.

Kelly tragó saliva y encontró confianza para afirmar:

—No creo que esté tan mal.

—¡Que me lleve el diablo si no! Está peor que mal. ¡Ya verás cuando la gente se dé cuenta de lo que es este "Maxo el Luchador", de Filadelfia. ¡Oh, Dios, nos van a matar! Tendremos que darnos por muy conformes si logramos cobrar los quinientos dólares.

—El contrato está firmado —observó Kelly, en tono seguro—. Ahora no pueden echarse atrás. Aquí mismo tengo una copia, en el bolsillo.

Se inclinó para palmear su chaqueta.

—El contrato habla de "Maxo el Luchador" —indicó Pole—. No de esta... pala mecánica que tenemos aquí.

—"Maxo" se portará bien —dijo Kelly, como si tratara de convencerse a sí mismo—. No es tan malo como tú crees.

—¿Contra un B-7?

—Es un B-7 principiante. Todavía no tiene mañas.

—"Maxo el Luchador" —dijo Pole, volviéndose hacia otra parte—. "Maxo", el de un solo *round*. La pala mecánica luchadora.

—¡Ah, cállate, diablitos! —estalló Kelly, súbitamente enrojecido—. Siempre quieres echarlo abajo. Pero lleva doce años portándose bien, y seguirá portándose bien. Necesita un poco de pasta lubricante. Necesita una reparación. ¿Y qué? Con los quinientos dólares

podremos conseguirle toda la pasta que quiera. Y un resorte impulsor nuevo para el brazo y... ¡y cables nuevos para las piernas! Y todo lo que haga falta.

Se dejó caer contra el respaldo, con el pecho agitado por la respiración, y se frotó las mejillas con el pañuelo húmedo. Echó sobre "Maxo" una mirada de soslayo. De pronto extendió una mano para palmea la rodilla cubierta de "Maxo"; el acero resonó a hueco bajo su palma.

—Vas muy bien —dijo a su luchador.

El tren avanzaba por una pradera recocida por el sol, con todas las ventanas abiertas; sin embargo, el viento que entraba parecía salido de un horno.

Kelly leía el diario, con la camisa mojada adherida al amplio pecho. Pole también se había quitado la chaqueta; hosco y taciturno, contemplaba la pradera empenachada de pastos, que se prolongaba hasta el horizonte. "Maxo" seguía inmóvil bajo su funda; su pesada estructura metálica se mecía levemente al compás del tren.

—No dicen ni palabra —comentó Kelly, bajando el periódico.

—¿Y qué querías? No cubren la zona de Maynard.

—"Maxo" no es cualquier desconocido en Maynard. En sus tiempos fue de los grandes... —y se encogió de hombros, agregando—: Tendrían que acordarse de él.

—¿Por qué? ¿Por un par de preliminares en el Garden, hace tres años?

—Todavía no hace tres años, compinche —afirmó Kelly.

—Fue en 1977, y ahora estamos en el ochenta.

—Fue a *fines* del setenta y siete. Antes de Navidad, ¿no recuerdas? Antes de que Marge y yo...

Kelly no terminó la frase. Sus ojos quedaron perdidos en el diario, como si allí vieran la fotografía de Marge, tal como era el día en que lo abandonó.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó Pole—. Nunca se acuerdan. ¿Cómo van a acordarse, si hay como dos mil de éstos por ahí? No mencionan más que a los campeones y a los modelos nuevos... —y agregó, mirando a "Maxo"—: Me han dicho que este año Mawling saca un B-9.

Kelly levantó la vista.

—¿Ah, sí? —comentó, sin interés.

—Hiperimpulsores en los dos brazos... y en las piernas. Todo de aluminio acerado. Triple giro. Instalación eléctrica de triple solenoide. Por Dios, deben ser lindísimos.

—Tendrían que acordarse de él —murmuró Kelly, dejando el diario—. No hace tanto tiempo.

Su rostro se aflojó en una sonrisa llena de recuerdos.

—Jamás me voy a olvidar de esa noche —dijo—. Nadie nos pudo tumbar. No se hablaba más que de Dimsy el Duro; cuarto en el *ranking* de los medio pesados, estaba en pleno ascenso.

Y rió entre dientes, con un gusto que le venía desde lo hondo del pecho.

—Y con todo eso, nosotros lo desbancamos. ¡Ohhhh! —dijo, con un gruñido de placer salvaje—. Todavía puedo ver ese *cross* de izquierda. ¡Bang! Bien en la trompa. Y el viejo Dimsy el Duro allí en la lona... duro, ¡claro que sí! ¡Duro! —y rió, feliz—. ¡Qué noche, compañero, qué noche! ¡Cómo podría olvidarme de esa noche!

Pole lo miró con expresión sombría. Después se volvió nuevamente hacia la pradera reseca por el sol.

—Eso es lo que yo quisiera saber —murmuró.

Kelly vio que el hombre al otro lado del pasillo observaba otra vez el cubierto bulto de "Maxo". Captó su mirada y sonrió, señalando a "Maxo" con la cabeza.

—Ese es mi luchador —dijo en voz alta.

El hombre sonrió cortésmente, poniendo una mano tras la oreja, a modo de pantalla.

—Mi luchador —repitió Kelly—. "Maxo el Luchador". ¿Lo oyó nombrar?

El hombre lo miró fijamente un momento. Después meneó la cabeza. Kelly explicó, sonriente:

—Sí, una vez estuvo a punto de salir campeón de los mediopesados.

El hombre asintió con amabilidad. Kelly, siguiendo un impulso, se levantó y fue a voltear el respaldo que estaba frente al hombre, para sentarse allí.

—Calor, ¿eh? —dijo.

—Sí —respondió el hombre, sonriendo—. Así es.

—Aquí todavía no hay trenes nuevos, ¿no?

—No —dijo el otro—. Todavía no.

—Todos los nuevos están allá en Fila. De allá venimos, mi amigo y yo. Y "Maxo".

Al decir eso los señaló con la cabeza. En seguida tendió la mano hacia el desconocido.

—Yo soy Kelly —se presentó—. Tim Kelly.

El hombre pareció sorprendido; el apretón con que respondió a su gesto fue poco firme.

—Maxwell —dijo a su vez.

Al retirar la mano, se la limpió disimuladamente en el pantalón.

—A mí me llaman Steel¹ Kelly. Yo también estuve en este deporte. Antes de la guerra, claro. Era mediopesado.

—¿Sí?

—Sí. Así es. Me llamaban Steel porque nunca lograron voltearme. Ni una sola vez. Llegué a estar en el noveno puesto del *ranking*. Sí.

—¡Ajá! —musitó el hombre, paciente.

—Mi... mi luchador —continuó Kelly, señalando a "Maxo" con la cabeza— ¡él también es mediopesado. Esta noche peharemos en Maynard. ¿Va hasta allí?

—Ejem..., no. No, me bajo en... Hayes.

¹ *Steel*: acero. (*N. de las T.*)

—Lástima. Va a ser un buen combate. —Dejó escapar un fuerte suspiro y continuó—: Sí, "Maxo" estuvo... cuarto en el ranking, una vez. Y lo hará de nuevo. A fines del 77... eh... noqueó a Dimsy el Duro. A lo mejor usted lo leyó en los diarios.

—Me parece que no.

—¡Oh!, hum... Bueno, salió en todos los diarios de la costa atlántica. Ya sabe: Nueva York, Boston, Fila... Sí, tuvo... tuvo bastante fama. La revelación del año.

Se rascó la coronilla calva.

—Es un B-2, ¿sabe?, pero...

Ante la expresión del otro, explicó:

—Eso quiere decir que es el segundo modelo de Mawling. Salió en... a ver..., en el sesenta y siete, creo que fue. Sí, en el sesenta y siete.

Hizo chasquear los labios.

—Un modelo buenísimo. El mejor que hay. "Maxo" es fuerte todavía. —Y se encogió de hombros, agregando—: No me interesan los nuevos modelos, ¿sabe? Esos de aluminio acerado con todos los chirimbolos.

El hombre seguía mirando a Kelly, inexpresivo.

—Demasiado ostentosos, pero débiles. Nada... —agitó el puño cerrado contra el pecho, para dar énfasis a sus palabras—. Nada sólido, ¿me entiende? No, Mawling ya no fabrica más modelos como "Maxo".

—Comprendo —dijo el hombre.

—Sí —prosiguió Kelly, sonriendo—. Yo también estaba en este deporte. Cuando sobraban hombres, claro está. Antes de las prohibiciones.

Meneo la cabeza y esbozó una sonrisa fugaz.

—Bueno, ya nos haremos cargo de ese B-7. Ni siquiera sé cómo se llama...

Rió con ganas, pero en seguida se puso serio y tragó saliva.

—Nos haremos cargo de él —repitió.

Más tarde, cuando el hombre se hubo bajado, Kelly volvió a su asiento. Apoyó los pies en el asiento opuesto y reclinó la cabeza hacia atrás, cubriéndose la cara con el periódico.

—Voy a dormir un rato —dijo.

Pole gruñó.

Kelly permaneció inmóvil, con la vista fija en el diario que tenía ante los ojos. "Maxo" le golpeaba levemente el costado; se podía oír el chirrido de sus articulaciones.

—Se portará bien —murmuro para sí.

—¿Qué? —preguntó Pole.

—No dije nada —respondió Kelly, tragando saliva.

Esa tarde, a las seis y media, bajaron del tren y llevaron a "Maxo" por la estación, hasta la acera. Desde el otro lado de la calle, un hombre sentado al volante de un taxi les ofreció sus servicios.

—No tenemos plata para taxis —dijo Pole.

—Pero no podemos llevarlo por la calle 3 —afirmó Kelly—. Además ni siquiera sabemos dónde está el Estadio Kruger.

—¿Y con qué vamos a comer?

—Después de la pelea estaremos bien provistos —prometió Kelly—. Te pagaré un bistec bien grande.

Pole, con un suspiro, ayudó a Kelly, y ambos cruzaron la calle empujando la pesada mole de "Maxo". El pavimento estaba aún tan caliente que se lo podía sentir a través de las suelas. Kelly volvió a sudar y a lamerse el labio superior.

—Dios, ¿cómo hacen para vivir aquí? —preguntó.

Cuando sentaban a "Maxo" en el coche, la rueda de la base volvió a desprenderse. Pole, con una exclamación de cólera, la apartó de un puntapié.

—¿Qué haces? —exclamó Kelly.

—¡Oh, mierda!

Pole subió al taxi y se dejó caer contra el cuero caliente del tapizado, mientras Kelly corría por el alquitrán blando del pavimento para recoger la rueda.

—Por el amor de Dios —murmuró al subir— ¡¿qué te pasa?

—¿Adonde, jefe? —preguntó el conductor.

—Al Estadio Kruger —respondió Kelly.

—En seguida.

El taxista oprimió el botón del rotor, y el coche se deslizó suavemente, alejándose de la acera.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó Kelly a su compañero, en voz baja—. Hace más de seis meses que tratamos de conseguir una pelea, y ahora que la tenemos te pones más fastidioso que un dolor de barriga.

—Vaya pelea —respondió Pole—. En Maynard, Kansas: el centro nacional de lucha.

—Buen comienzo, ¿no? Nos mantendrá la panza llena por un tiempo, ¿eh? Y servirá para que "Maxo" recupere la forma. Y si ganamos, podría llevarnos a...

Pole levantó la vista, disgustado. No habló.

—No te entiendo —dijo Kelly, sin levantar la voz—. "Maxo" es nuestro luchador. ¿Por qué lo desprecias así? ¿No quieres que gane?

—Soy un mecánico de clase A, Steel —dijo Pole, con un falso tono de paciencia—. No soy un muchachito soñador. Esto es un pedazo de hierro viejo, no un B-7. Mecánica elemental, Steel, nada más: sería bastante suerte que "Maxo" volviera del ring con la cabeza puesta.

Kelly miró hacia otro lado, furioso.

—Ese B-7 es un principiante —murmuró—. Lleno de defectos. Lleno.

—Claro, claro.

Por un rato guardaron silencio, y se limitaron a mirar por la ventanilla. Entre ambos, "Maxo" se balanceaba ligeramente, golpeándolos con sus anchos hombros de acero. Kelly contemplaba los edificios, cerrando y abriendo las manos en el regazo, como si se preparara para boxear quince *rounds*.

—¿Eso que llevan ahí es un luchador B? —preguntó el conductor, por sobre el hombro.

Kelly, sorprendido, miró hacia adelante y se las compuso para sonreír.

—Así es —respondió.

—¿Va a pelear esta noche?

—¡Aja! "Maxo el Luchador". A lo mejor usted lo oyó nombrar.

—No.

—Llegó a ser casi campeón de los mediopesados.

—¿De veras?

—Sí, señor. Sabe quién era Dimsy el Duro, ¿no?

—Creo que no.

—Bueno, Dimsy el Duro... —Kelly se interrumpió para echar una mirada a Pole, quien se agitaba en el asiento, irritado—. Dimsy el Duro tenía el tercer puesto en el *ranking* de los mediopesados. Todos decían que se iba para arriba. Y mi muchacho lo volteó en el cuarto *round*. Un cross de izquierda, ¡bang!, y Dimsy casi va a parar a las sogas. Fue magnífico.

—¿De veras? —preguntó el conductor.

—Sí señor. Si tiene oportunidad, pase esta noche por el estadio. Verá una buena pelea.

De pronto, Pole intervino para preguntar:

—¿Ha visto a ese Rayo de Maynard?

—¿Al Rayo? ¡Por supuesto! Ese sí que es un luchador. Ha ganado siete como si nada y pronto estará primero, apostaría cualquier cosa. A propósito, pelea esta noche. Con un montón de hierro viejo que mandan del este, un modelo B-2, según me han dicho... —el conductor soltó una risita burlona—. El Rayo lo hará pedazos —dijo.

Kelly clavó la vista en la nuca del conductor; la piel de sus pómulos se había puesto muy tensa.

—¿Sí? —dijo inexpresivamente.

—Por supuesto, hombre, sí.

De pronto, el taxista se interrumpió para mirar hacia atrás.

—Oiga, ¿usted no será...? —volvió a mirar hacia adelante, agregando—: Disculpe, yo no sabía. Hablaba en broma.

—Está bien —dijo Pole—. De cualquier modo, tiene razón.

Kelly dirigió una mirada fulminante al sombrío rostro de Pole.

—Cállate —dijo, en voz baja.

Se recostó contra el asiento para contemplar la ciudad a través de la ventanilla.

—Le voy a comprar un poco de pasta lubricante —dijo, una manzana más allá.

—Muy bien —exclamó Pole—. Nos comeremos las herramientas.

—¡Vete al diablo! —respondió Kelly.

El coche se detuvo frente a la fachada de ladrillos del estadio, y ambos pusieron a "Maxo" en la acera. Mientras Pole lo sostenía inclinado, Kelly se agachó para colocar la rueda en su sitio. Por último, Kelly pagó lo que marcaba el taxímetro, ni un centavo más, y avanzaron hacia el callejón, empujando a "Maxo".

—Mira —dijo Kelly, señalando con la cabeza la cartelera del frente.

La tercera pelea de la noche era:

EL RAYO DE MAYNARD

(B-7, M.P.)

vs.

MAXO EL LUCHADOR

(B-2, M.P.)

—Qué negocio —dijo Pole.

La sonrisa de Kelly desapareció. Iba a decir algo, pero apretó los labios, sacudiendo la cabeza. En su irritación, grandes gotas de sudor cayeron sobre la acera.

"Maxo" chirriaba; lo llevaron por el callejón, lo subieron por los escalones de la puerta. La rueda de la base volvió a salirse y cayó rebotando por los peldaños de cemento. Ninguno de ellos dijo una palabra.

Adentro hacía más calor aún. No soplaba una brisa.

—Esto es fresco como una alacena —comentó Pole.

—Busca la rueda —dijo Kelly.

Se alejó por el angosto vestíbulo, dejando a su compañero a cargo de "Maxo". Pole apoyó al robot contra la pared y se volvió hacia la puerta.

Kelly llegó a una oficina y llamó con los nudillos en el vidrio de la puerta.

—Sí —dijo una voz desde adentro.

Kelly entró, quitándose el sombrero. Un hombre gordo y calvo, sentado ante un escritorio, levantó los ojos. El cráneo le brillaba de sudor.

—Soy el dueño de "Maxo el Luchador" —dijo Kelly, sonriente.

Alargó su enorme mano, pero el otro la ignoró.

—Me preguntaba si llegaría a tiempo —dijo el hombre, que se llamaba Waddow—. ¿Su luchador está en buenas condiciones?

—Óptimas —respondió Kelly, alegremente—. Óptimas. Mi mecánico, que es de primera clase, lo desarmó y volvió a armarlo en Fila, antes de venir aquí.

El hombre no parecía muy convencido, por lo que Kelly agregó:

— Está en buen estado.

— Ha tenido suerte al conseguir una pelea para un B-2 — observó el señor Waddow — . Aquí, hace dos años que no aceptamos ningún modelo anterior al B-4. Pero el luchador que teníamos en vista se arruinó en un accidente automovilístico.

— Bueno, no se preocupe — dijo Kelly — . Mi luchador está en condiciones óptimas. Es el que noqueó a Dimisy el Duro en Madison Square, hace cosa de un año.

— Quiero una buena pelea — dijo el gordo.

— La tendrá — respondió Kelly, sintiendo una dolorosa contracción en los músculos del estómago — . "Maxo" está en buena forma. Ya verá. Óptimo.

— Quiero una buena pelea, eso es todo.

Kelly lo miró fijamente por un instante, antes de preguntar:

— ¿Tiene algún vestuario que podamos usar? El mecánico y yo quisiéramos comer algo.

— La tercera puerta del vestíbulo, a la derecha — dijo el señor Waddow — . Su pelea va a las ocho y media.

— *Okey* — asintió Kelly.

— No se retrase — recomendó Waddow, volviendo a su trabajo.

— Este... ¿y qué pasa con...?

— Se cobra después de la pelea — le interrumpió el hombre.

La sonrisa de Kelly se hizo vacilante.

— *Okey* — dijo — . Hasta luego.

Y como Waddow no respondiera, se dirigió hacia la puerta.

— Nada de portazos — indicó Waddow.

Kelly salió sin golpear la puerta.

Ya en el vestíbulo, indicó a Pole:

— Vamos.

Ambos empujaron a "Maxo" hacia el vestuario.

— ¿Y si lo revisáramos? — propuso Kelly.

— ¿Y si comemos? — saltó Pole — . Llevo seis horas sin probar bocado.

Kelly suspiró ruidosamente.

— Está bien — aceptó — . Vamos.

Mientras situaba a "Maxo" en un rincón del cuarto, Kelly dijo:

— Preferiría dejar el cuarto cerrado.

— ¿Para qué? ¿Crees que te lo van a robar?

— Es valioso.

— Sí — replicó Pole — . Todas las antigüedades son valiosas.

Kelly cerró la puerta tres veces antes de que el pestillo funcionara, y se marchó meneando la cabeza con aire de preocupación. Mientras cruzaban el vestíbulo echó una mirada a su muñeca y se encontró, por centésima vez, con la banda blanca dejada por el reloj empeñado.

— ¿Qué hora es? — preguntó.

— Las seis y veinticinco.

— Tendremos que volver pronto — dijo Kelly—. Quiero que lo revisemos bien antes de la pelea.

— ¿Para qué?

— ¿No me oíste? — preguntó Kelly, furioso.

— Claro, claro.

— Ya verá ese B-7 hijo de perra — dijo Kelly, entre dientes.

— Por supuesto. Lo derribará de un soplido.

— Apresúrate — indicó Kelly, ignorando la indirecta—. No podemos perder toda la tarde. ¿Tienes la rueda?

Pole se la alcanzó.

Cuando volvían al estadio por la puerta lateral, Kelly comentó, disgustado:

— ¡Qué ciudad!

— Te dije que no encontraríamos pasta lubricante — observo su compañero—. No hay por ninguna parte, porque los B-2 han desaparecido. "Maxo" debe ser el único en mil kilómetros a la redonda.

Kelly cruzó rápidamente el vestíbulo, abrió la puerta del vestuario y entró. Una vez junto a "Maxo", le quitó la funda.

— Manos a la obra — dijo—. No tenemos mucho tiempo.

Con un suspiro lento y fatigado, Pole se quitó la arrugada chaqueta y la arrojó sobre el banco que estaba contra la pared. Acercó una pequeña mesa y se arremangó. Kelly también se quitó la chaqueta y el sombrero, y se dedicó a contemplar el trabajo de Pole, con las grandes manos apoyadas en las caderas. El mecánico abrió el compartimento de las herramientas y las sacó una a una, colocándolas sobre la mesa.

— Herrumbre — murmuró.

Pasó su dedo por el interior del compartimento y mostró el resultado: una mancha de color cobrizo destacada sobre la punta del índice.

— Anda — urgió Kelly, irritable.

Se sentó en el banco, mientras Pole retiraba las chapas pectorales de "Maxo", y contempló la cabellera leonada del robot. Una vez más, se dijo: *Si yo no supiera que es sintética, juraría que es real*. Sólo los mecánicos podían distinguir a un luchador modelo B de un verdadero ser humano. A veces los espectadores se engañaban, y enviaban cartas de protesta afirmando que en esas luchas se estaban utilizando a hombres de carne y hueso.

Aun desde el *ringside*, la superficie tenía tonos de piel humana. Los modelos de Mawling se destacaban precisamente por eso.

Kelly sonrió a su luchador con cariño, aflojando los músculos del rostro.

—Buen muchacho —murmuró.

Pole no escuchaba. Kelly contempló aquella mano firme, que investigaba cada conexión, cada centro de energía.

—¿Está bien? —preguntó el irlandés, sin pensar.

—Por supuesto, está magnífico —respondió Pole, retirando un diminuto tubo acerado—. Espero que no estalle —dijo, mostrando el tubo.

—¿Y por qué va a estallar?

—Está bajo presión —respondió Pole, con tono de cansancio—. Te lo dije después de la última pelea, hace ocho meses.

—Después de este encuentro le compraremos otro —prometió Kelly, tragando saliva.

—Setenta y cinco dólares —murmuró Pole, como si el dinero volara ante sus ojos al impulso de alas verdes.

—Aguantará —aseguró Kelly, más para sí que para su amigo.

Pole se encogió de hombros y volvió a colocar el tubo en su lugar. En seguida oprimió la hilera de botones del tablero automático principal. "Maxo" se estremeció.

—No abuses del brazo izquierdo —advirtió Kelly—. Resérvalo para la pelea.

—Si no funciona aquí, tampoco funcionará en el ring —observó Pole.

Operó un botón, y el brazo izquierdo de "Maxo" comenzó a describir lentos movimientos circulares. Pole conectó el seguro que anulaba el contraataque y dio un paso atrás. Lanzó un derechazo a la mandíbula de "Maxo", y el brazo del robot saltó hacia arriba, con un movimiento brusco, para protegerse el rostro. El ojo izquierdo centelleaba como un rubí bajo el sol.

—Si llega a fallar el acumulador del ojo... —observó Pole.

—No fallará —aseguró Kelly, con voz tensa.

El mecánico lanzó otro golpe hacia la cabeza del robot, por el lado izquierdo: el acolchado flexible de la mejilla se arrugó levemente antes de que el brazo se levantara, chirriante.

—Ya basta —dijo Kelly—. Funciona. Prueba el resto.

—Mira que le pegarán más de una vez en la cabeza —dijo Pole.

—El brazo funciona bien. Prueba otra cosa.

Pole metió la mano dentro del robot y activó los centros de las piernas. "Maxo" comenzó a girar sobre sí mismo. Levantó la pierna izquierda, y en un movimiento automático, echó a un lado las ruedas. Quedó de pie, tanteando el suelo con el calzado negro, como un lisiado que, recuperado el uso de sus piernas, buscara la postura adecuada.

Pole alargó la mano y oprimió el botón de funcionamiento completo y saltó hacia atrás. Los rayos visuales de "Maxo" se centraron en él; el robot avanzó, meciendo lentamente los anchos hombros, con los brazos levantados en un gesto defensivo.

—Por Dios —murmuró Pole— ¡esos chirridos se van a oír hasta en la última fila.

Kelly apretó los dientes e hizo una mueca. Su compañero lanzó otro rechazazo y el brazo de "Maxo" se alzó torpemente. El ex boxeador tragó saliva convulsivamente; era como si no pudiera respirar el aire viciado del cuartucho.

Pole saltó rápidamente a un lado y a otro. "Maxo" lo siguió con pesadez; al cambiar de dirección, sus movimientos eran casi espasmódicos.

—¡Oh, qué bien está! —exclamó Pole, deteniéndose—. Magnífico.

Al acercarse "Maxo", con los brazos aún levantados, lanzó un golpe rápido al pecho, contra el botón de encendido, y el robot se detuvo.

—Mira, Steel —dijo— ¡tendremos que ponerlo a la defensiva. No hay otro remedio. Si lo hacemos avanzar, lo harán pedazos.

Kelly se aclaró la garganta.

—No —dijo.

—¡Oh, por qué no piensas un poco! ¡Es un B-2, diablos! De cualquier modo, lo van a destrozár. Por lo menos salvemos las piezas.

—Quieren que ataque —dijo Kelly—. Está en el contrato.

Pole se volvió con un bufido, murmurando:

—Mejor me callo la boca.

—Pruébalo otro poco.

—¿Para qué? Con eso no va a mejorar.

—¡Haz lo que te digo! —gritó Kelly, dejando al fin aflorar toda su tensión.

Pole oprimió entonces un botón. El brazo izquierdo del robot saltó hacia adelante, pero hubo en su interior el ruido de una rueda que se quiebra, y el brazo cayó a lo largo del cuerpo con un tañido fúnebre.

Kelly se levantó de un salto, presa de pánico.

—¡Mi Dios, qué hiciste! —gritó, corriendo hacia ellos. Pole volvió a operar el botón, pero el brazo no se movió—. ¡Te dije que no jugaras con ese brazo! —chilló Kelly—. ¿Qué diablos te pasa?

Pero la voz se le quebró en medio de la frase.

Pole no respondió. Tomó una palanquita y comenzó a retirar la chapa del hombro izquierdo.

—Si has roto ese brazo, que Dios te ayude —le previno Kelly, en voz baja y amenazadora.

—¿Que yo lo rompí? —estalló Pole—. Oye, pedazo de imbécil, hace tres años que esta ruina está funcionando por milagro. ¡Y ahora vienes a decirme que yo lo he roto! ¿Te parece bonito?

Kelly apretó los dientes. En sus ojos entornados había un brillo fulminante.

—Ábrelo —dijo.

—Hijo de... —murmuró Pole, mientras retiraba la chapa—. A ver si encuentras otro que sea capaz de mantenerte esta pala mecánica como yo lo he hecho. A ver si lo encuentras.

Kelly no respondió. Rígidamente erguido sobre los pies, observaba a su compañero; éste quitó la chapa curvada y miró en el interior.

El resorte impulsor se quebró por la mitad al primer toque; una parte saltó hasta la otra punta de la habitación. Kelly clavó en el hueco sus ojos horrorizados.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, con voz temblorosa—. ¡Oh, Dios mío!

Pole iba a decir algo, pero se interrumpió. Mudo, inmóvil, contempló el rostro ceniciento de su amigo.

—Arréglalo —dijo Kelly en tono áspero.

—Steel, no...

—¡Arréglalo!

—¡No puedo! Ese resorte estaba a punto de romperse desde...

—¡Tú lo rompiste! ¡Ahora arréglalo!

Kelly aferró el brazo de Pole con dedos rígidos. El mecánico saltó hacia atrás, exclamando:

—¡Suéltame!

—¿Qué pasa? ¿Estás loco? Hay que arreglarlo. ¡Hay que arreglarlo!

—Haría falta otro resorte, Steel.

—Bueno, ¡consíguelo!

—Aquí no hay, Steel, ya te lo he dicho. Y aunque hubiera, no tenemos dinero para pagarlo; cuesta dieciséis dólares con cincuenta.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó Kelly.

Dejó caer la mano y cruzó el cuarto, tambaleándose, hasta el banco; allí se dejó caer, con los ojos fijos en la mole inmóvil de "Maxo". Y así permaneció largo rato, mientras Pole, con la palanca aún en la mano, observaba su rostro demudado y los espasmódicos movimientos de su pecho al respirar.

—Si él no sale a ver... —murmuró Kelly, finalmente.

—¿Qué?

Kelly levantó la vista. Sus labios formaban una línea recta y rígida.

—Si él no sale a mirar, todo saldrá bien —dijo.

—¿De qué hablas?

Kelly se levantó y comenzó a desabrocharse la camisa.

—¿Qué estás...? —Pole se interrumpió, boquiabierto—. ¿Estás loco? —preguntó.

Kelly, sin responder, arrojó la camisa sobre el banco.

—¡Steel, has perdido la chaveta! —exclamó Pole—. ¡No puedes hacer una cosa así!

Kelly siguió sin responder.

—Pero... ¡Estás loco, Steel!

—Si no peleamos, no nos pagarán —dijo Kelly.

—¡Pero por Dios, te va a matar!

Kelly se quitó la camisa. El carnoso pecho estaba cubierto de vello rojizo y enrulado.

—Tendré que afeitarme esto... —dijo.

—¡Vamos, Steel! Tienes que...

Con ojos dilatados, vio que su amigo se sentaba en el banco y empezaba a quitarse los zapatos.

—No te dejarán —insistió—. No puedes hacerte pasar por...

Se interrumpió y avanzó un paso.

—¡Steel, por el amor de Dios!

Kelly levantó hacia él sus ojos inexpresivos.

—¡Tú me ayudarás! —dijo.

—Pero...

—Nadie sabe cómo es "Maxo" —explicó Kelly—; en cuanto a mí, Waddow es el único que me ha visto. Si él no presencia los encuentros, todo saldrá bien.

—Pero...

—Nadie se dará cuenta. Los B sangran y se amoratan como los hombres.

—Vamos, Steel... —insistió Pole, estremecido.

Tomó aliento, tratando de calmarse, y se dejó caer en el banco, junto al fornido irlandés.

—Oye —dijo—. Allá en el este tengo una hermana, en Maryland. Le despacharé un telegrama, y ella nos enviará dinero para que podamos volver.

Kelly se levantó, desprendiéndose el cinturón.

—Steel, en Fila conozco un tipo que quiere vender un B-5 barato —insistió Pole, desesperado—. Podríamos conseguir un poco de efectivo y... ¡Steel!, por el amor de Dios, vas a hacer que te mate! ¡Es un B-7! ¿No comprendes? ¡Un B-7! ¡Te hará picadillo!

Kelly estaba quitando ya los pantaloncitos oscuros a "Maxo".

—No te lo permitiré, Steel. Iré a...

Pero Kelly giró sobre sus talones y lo levantó en vilo, haciéndole ahogar un grito. Sus manos eran como las fauces de una trampa, y en sus ojos se reflejaba una expresión distinta.

—Me vas a ayudar —dijo, en voz baja y estremecida—. Me vas a ayudar; si no, te haré saltar los sesos contra la pared.

—Te va a matar —murmuró Pole.

—Que me mate.

Cuando Pole llevaba a Kelly hacia el ring, cubierto por una funda, el señor Waddow salió de su oficina.

—Vamos, vamos —urgió Waddow—. Ya lo están esperando.

Pole asintió con ademán nervioso, y condujo a Kelly por el vestíbulo.

—¿Y el propietario? —preguntó Waddow a sus espaldas.

Pole tragó saliva.

—Está en la platea —explicó.

El gordo gruñó. Pole oyó, al alejarse, el ruido de la puerta de su oficina al cerrarse, y dejó escapar el aliento contenido.

—Tendría que haberle contado todo —murmuró.

—Ya estarías muerto —repuso la voz de Kelly, ahogada por la funda.

Al tomar un recodo del vestíbulo les llegaron los ruidos de la multitud. Kelly, bajo la lona, sintió que una gota de sudor le corría por la sien.

—Oye, tendrás que secarme con la toalla entre un round y otro.

—¿Qué otro? —preguntó Pole, nervioso—. No durarás ni uno, siquiera.

—Cállate.

—¿Crees que vas a pelear contra un boxeador común? ¡No! ¡Es una máquina! ¿No ves que...?

—Te dije que te callaras.

—¡Oh, grandísimo idiota! Si acaso te seco, se darán cuenta...

—Hace años que nadie ve un B-2 —le interrumpió Kelly—. Si alguien pregunta, di que es una pérdida de aceite.

—Oh, claro —respondió Pole, con disgusto, mordiéndose los labios—. No puede salirte bien, Steel.

La última parte de la frase no se escuchó: se encontraron súbitamente en medio de la multitud, en el empinado pasillo que conducía hacia el ring. Kelly caminaba con cierta rigidez, manteniendo las rodillas tías; aspiró una bocanada larga y profunda, y la dejó escapar lentamente. Una vez en el ring, se vería forzado a respirar por la nariz y en pequeñas cantidades, para que la gente no viera los movimientos de su pecho.

El calor, en torno a él, era como una pesa colgada de sus hombros. Tenía la sensación de estar caminando por el suelo empinado de un océano caliente y ruidoso. Al pasar, oyó las voces de la muchedumbre:

—¡Tendrán que levantarlo a pedacitos!

—¡Hasta aquí llegó "Maxo"!

Y lo inevitable:

—¡Chatarra!

Kelly tragó saliva; algo le tironeaba en la espalda. Tengo sed, pensó. Recordó por un instante el bar cercano a la estación de Kansas: el local a media luz, la fresca brisa del ventilador contra la nuca, la botella helada, perlada de gotas frías, refrescándole la mano. Volvió a tragar saliva. No se había permitido un solo trago durante la última hora. Sabía que, cuanto menos bebiera, menos sudaría.

—Cuidado.

Sintió que la mano de Pole se deslizaba por la abertura trasera de la funda para tomarlo por el brazo.

—Los escalones del ring —farfulló el mecánico, hablando entre dientes.

Kelly avanzó el pie derecho hasta que la punta del zapato tocó el último escalón. Luego alzó el pie y empezó a subir.

Una vez arriba, los dedos de Pole volvieron a oprimir su brazo.

—Las sogas —indicó éste, cauteloso.

Fue difícil franquear las sogas con la funda puesta. Kelly estuvo a punto de caer. Sobre él llovieron como flechas las burlas y los abucheos de la multitud. Sintió que la lona cedía ligeramente bajo sus pies. Pole le arrimó el banquito contra las piernas, y él tomó asiento, con un movimiento demasiado tieso.

—¡Eh, saquen de aquí esa grúa! —gritó un hombre en la segunda fila.

Risas y más abucheos.

—¡Chatarra! —chillaban algunos.

Entonces Pole retiró la funda y la dejó a un lado, mientras Kelly miraba fijamente al Rayo de Maynard.

El B-7 estaba inmóvil, con las manos enguantadas colgándole sobre las piernas. El cabello artificial era rubio y corto, y la curvatura del cuerpo y de las piernas imitaba la de los músculos con exactitud casi perfecta. Por un momento, Kelly sintió que el tiempo retrocedía, que era otra vez un boxeador frente a un joven contrincante. Tragó saliva con mucho disimulo. Pole, agachado a sus espaldas, fingía trabajar con una de las chapas del brazo.

—Steel, no lo hagas —volvió a murmurar.

Kelly no respondió. Sentía la desesperada necesidad de hinchar el pecho en una respiración profunda, pero siguió respirando imperceptiblemente por la nariz. Mientras tanto, no dejaba de contemplar al Rayo de Maynard, pensando en los dispositivos de reacción instantánea que albergaba la suave curva de aquel pecho. La tensión le llegó al estómago. Era como si una mano muy helada tironeara de sus músculos y tendones.

Un hombre de cara rojiza, vestido de blanco, trepó al ring y tomó el micrófono que colgaba sobre él.

—Señoras y señores —anunció—, la primera pelea de la noche. Un encuentro a diez rounds de la categoría mediopesado. Por Filadelfia, el B-2 "Maxo el Luchador".

La multitud silbó, entre exclamaciones de repudio. Muchos lanzaban avioncitos de papel; otros gritaban: "¡Chatarra!".

—En este rincón, su adversario, nuestro B-7, el Rayo de Maynard.

Hubo un aplauso ensordecedor, acompañado por gritos de aliento. El mecánico a cargo del B-7 tocó algún botón situado bajo el sobaco izquierdo, y el robot se levantó de un salto, alzando los brazos por sobre la cabeza en el gesto de la victoria. La multitud rió, feliz.

—¡Dios mío! —murmuró Pole—. Nunca vi nada como eso. Debe ser una novedad.

Kelly parpadeó para aliviar la irritación de sus ojos.

—Habrá otras cuatro peleas —anunció el hombre de la cara rojiza, antes de dejar el micrófono para retirarse.

No había arbitro alguno: los luchadores B nunca atacaban contra los reglamentos, pues la maquinaria estaba preparada para impedirlo, y tampoco hacía falta contar cuando uno de ellos caía. Una vez que un robot caía a la lona, allí quedaba. Según decía la propaganda de Mawling, el nuevo B-9 sería capaz de levantarse, ofreciendo de ese modo peleas más prolongadas e interesantes.

Pole fingía verificar los circuitos de Kelly.

—Steel —suplicó —, es tu última oportunidad...

—Vete —dijo Kelly, sin mover los labios.

El mecánico contempló por un momento los ojos inmóviles de Kelly; después dejó escapar un suspiro largo y entrecortado, y se enderezó.

—Mantente lejos de él —aconsejó, mientras pasaba entre las sogas.

El Rayo, de pie en la esquina opuesta del ring, golpeaba un puño contra el otro, como si fuera un verdadero boxeador joven, ansioso por comenzar. Kelly se levantó y Pole retiró el banquito. El irlandés observó al B-7, que centraba los ojos en él, y sintió un súbito vacío en el estómago.

Sonó la campana.

El B-7 avanzó sin esfuerzo desde su rincón, no carente de cierta gracia mecánica; llevaba los brazos levantados en la postura tradicional, y las manos enguantadas se movían frente a él en pequeños círculos. Se dirigió hacia Kelly sin pérdida de tiempo, y éste avanzó a su vez desde su rincón, con un ademán automático; era como si la mente se le hubiera petrificado súbitamente. Sintió que las manos se le alzaban como si alguien se las moviera sin intervención suya; sus piernas eran como postes de madera. Mantuvo la mirada fija en los ojos brillantes e inmóviles del Rayo de Maynard.

Se aproximaron el uno al otro. El B-7 lanzó un golpe rápido con la izquierda. Al pararlo, Kelly sintió aquella dureza de hierro a pesar del guante. El robot volvió a avanzar. Kelly echó la cabeza atrás, y una brisa cálida le rozó la boca. Lanzó un golpe de izquierda contra la nariz del Rayo. Fue como golpear el pomo de una puerta. El dolor le perforó el brazo; apretó los dientes con toda su fuerza, luchando por mantener la cara inmóvil e inexpresiva.

El B-7 atacó con la izquierda y Kelly desvió el golpe..., pero no pudo detener la derecha que llegó detrás, como un borrón lanzado contra su sien izquierda. Torció la cabeza hacia un lado, y el B-7 lanzó un nuevo golpe de izquierda, alcanzándolo en la oreja. Kelly dio un salto hacia atrás y adelantó una izquierda, que el B-7 hizo a un lado. En cuanto recuperó el equilibrio, golpeó violentamente la mandíbula del Rayo con un *uppercut* de derecha. Una punzada de dolor le recorrió el brazo. En cambio, la cabeza del Rayo ni siquiera vaciló. La izquierda del adversario alcanzó a Kelly en el hombro derecho.

Kelly retrocedió por instinto. Al hacerlo oyó que alguien gritaba:

—¡Que le den una bicicleta!

Recordó entonces lo que el señor Waddow había dicho, y avanzó otra vez, con los labios tan apretados que le dolió.

Una izquierda lo golpeó bajo el corazón, y el impacto le sacudió las costillas; el dolor fue como una estocada en el alma. Adelantó espasmódicamente la derecha, que fue a dar otra vez contra la nariz del B-7. Dolor, sólo dolor. Otro golpe fuerte del B-7 en el tórax le hizo perder el equilibrio. Dio varios pasos hacia atrás, rápidamente, para no caer. La multitud lo abucheó, mientras el B-7 avanzaba sin el menor ruido de metal.

Kelly recobró el equilibrio y se detuvo. Su derecha, lanzada con toda la fuerza de que disponía, no dio en el blanco, y el envión lo descentró. La izquierda del Rayo se estrelló contra su brazo derecho, dejándolo entumecido. En el preciso momento en que el irlandés ahogaba un grito entre los dientes apretados, El B-7 lanzó una derecha bajo su guardia, alcanzando de lleno el blando estómago. Kelly sintió que perdía el aliento. Su derecha golpeó sin fuerza contra la mejilla del Rayo, haciéndolo parpadear.

El robot volvió a avanzar; Kelly se hizo a un lado, y por un momento los rayos visuales se descentraron, perdiéndolo. El ex boxeador se alejó, mareado, tratando de aspirar por la nariz.

—¡Saquen de aquí a esa basura! —gritó un hombre.

—¡Chatarra, chatarra!

El aire le entró hasta la garganta. Tragó saliva y avanzó, precisamente cuando el Rayo volvía a situarlo. Decidió correr el riesgo de respirar por la boca, confiando en que los movimientos distraerían al público lo bastante como para que nadie reparara en ello. Inmediatamente se vio frente al B-7. Dio un paso hacia adelante, con la esperanza de restar tiempo al impulso eléctrico, y lanzó un fuerte rechazazo hacia el cuerpo del Rayo.

La izquierda del B-7 saltó hacia arriba, y el golpe de Kelly fue detenido por la muñeca de hierro. El robot desvió también el impulso de su izquierda, y contraatacó a su vez, volviendo a cortar la respiración. La izquierda del irlandés tocó apenas el pético pecho del Rayo. Retrocedió, tambaleándose, con el B-7 pegado a él. El robot detuvo todos sus golpes, contraatacando con un movimiento de pistón. La cabeza de Kelly rebotaba hacia atrás, sin cesar. Se inclinó aún más. Vio la derecha que venía en línea recta, pero no pudo detenerla.

El golpe fue como el ataque de un carnero enardecido. Agudos alfileres de dolor se clavaron tras los ojos de Kelly, a través de su cabeza, y una nube negra pareció caer sobre el ring. Su grito ahogado se perdió entre el aullar de la muchedumbre al verlo caer hacia atrás, con la nariz y la boca cubiertas de sangre brillante, de aspecto tan impresionante como la tintura que soltaban los luchadores B.

La soga se apretó, áspera y fuerte, contra su espalda, deteniendo su caída. Quedó colgado allí, con el brazo derecho inerte y el izquierdo levantado en gesto defensivo. Parpadeó por instinto, tratando de enfocar los ojos. “Soy un robot”, pensó, “soy un robot”.

El Rayo avanzó, lanzando una violenta derecha contra el pecho de Kelly y una izquierda contra su estómago. El irlandés se dobló en dos. Una derecha se estrelló contra su cráneo como un martillo, arrojándolo otra vez contra las sogas. La multitud rugió.

Kelly vio el borroso perfil del Rayo de Maynard, y sintió que otro golpe se le hundía en el pecho como una cachiporra. Con un sollozo, soltó una furibunda trompada de izquierda; el robot la apartó. Otro agudo golpe cayó contra su hombro. Levantó la derecha y logró amortiguar lo peor de una izquierda lanzada contra su mandíbula. Otra derecha le ahuecó el estómago, volvió a doblarse en dos. Una especie de maza lo lanzó contra las cuerdas. La sangre cálida y salobre le llenó la boca, y el rugido de la multitud pareció tragarlo entero. “Levántate”, se gritó. “¡Levántate, maldito!”. El ring ondulaba ante él como un lago oscuro.

Con un desesperado renacer de energías, lanzó el puño derecho, con toda su fuerza, a la hermosa silueta que se erguía ante él. La mano, la muñeca, crujieron; una oleada de dolor punzante castigó su brazo. Un grito estalló, inaudible, en su garganta sellada. El brazo cayó y la izquierda bajó la guardia... mientras el público chillaba, azuzando al Rayo para que acabara con él.

Los separaba una distancia de pocos centímetros. El B-7 lanzó una lluvia de golpes que no fallaron. Kelly se tambaleó, vacilante, bajo tales impactos. La cabeza le rodaba de un lado a otro, la sangre corría por su rostro en cintas de color escarlata. El brazo era como una rama seca a su costado. Una y otra vez cayó contra las cuerdas, rebotando, para volver a caer. Ya no podía ver nada; sólo oía el grito de la multitud y el interminable silbido de los guantes enemigos, seguidos por los secos golpes. “Mantente en pie”, pensaba. “Tienes que mantenerte en pie”. Agachó la cabeza y alzó los hombros para protegerse.

Siete segundos antes de que la campana sonara, un violento golpe de derecha en el costado de la cabeza lo envió a la lona.

Allí quedó, luchando por recobrar el aliento. Súbitamente inició un movimiento para levantarse, pero con la misma prontitud recordó que no debía hacerlo. Volvió a caer sobre el estómago contra la lona caliente, con la cabeza comprimida por dolorosas palpitaciones. Hasta él llegaron los silbidos y los abucheos de la insatisfecha muchedumbre.

Cuando Pole logró finalmente levantarlo y deslizarle la funda por la cabeza, su voz se perdió entre las fuertes mofas del público. Kelly sintió que su manaza lo guiaba, pero cayó al pasar las cuerdas, y estuvo a punto de volver a rodar por los escalones. Sus piernas eran meros caños de goma. “Mantente en pie”. La mente aún seguía enviando la orden.

Al llegar al pequeño vestuario cayó desmayado. Pole intentó subirlo al banco, pero no pudo. Finalmente le puso la chaqueta azul como almohada en el suelo, y se arrodilló junto a él para limpiarle con el pañuelo los surcos de sangre.

—Grandísimo imbécil —murmuraba sin cesar, con un hilo de voz estremecida—. Grandísimo imbécil.

Kelly levantó la mano izquierda para apartar la de Pole.

—Ve... a buscar... el dinero —jadeó con voz áspera.

—¿Qué?

—¡El dinero! —jadeó Kelly, entre dientes.

—Pero...

—¡Ahora mismo!

Su voz era apenas audible. Pole se irguió. Tras mirar por un momento a su compañero, se volvió para salir del cuarto.

Kelly permaneció allí echado, respirando con un sonido sibilante. No podía mover la mano derecha, y comprendió que estaba quebrada. La sangre le chorreaba por la nariz y la boca. El cuerpo entero le palpitaba de dolor.

Unos segundos después logró erguirse sobre el codo izquierdo y volver la cabeza, aunque el dolor le desgarraba los músculos del cuello. Cuando hubo comprobado que "Maxo" estaba bien, volvió a acostarse; una semisonrisa le torció una comisura de la boca.

En cuanto Pole abrió la puerta, Kelly levantó penosamente la cabeza. El mecánico se arrodilló a su lado y volvió a limpiarle la sangre.

—¿Cobraste? —preguntó Kelly, en un susurro malhumorado.

Pole dejó escapar un lento suspiro.

—¿Y?

—La mitad —respondió el mecánico, tragando saliva.

Kelly le clavó una mirada opaca, con la boca abierta, como si no le creyera.

—Dijo que no pagaría quinientos por una pelea de un solo round.

—¿De qué me estás hablando? —estalló Kelly.

Trató de levantarse, e inadvertidamente se apoyó sobre la mano derecha. Soltó un grito ahogado y volvió a caer, con el rostro totalmente blanco.

—No —gimió—. No. No. No. No.

Pole, con los ojos fijos en su mano quebrada, susurró:

—¡Santo cielo!

—No puede... no puede hacer eso —exclamó Kelly, tratando de centrar en el mecánico su mirada vacilante.

Pole se humedeció los labios con la lengua.

—Mira, Steel, no... no se puede hacer nada. Tiene un batallón de forzudos en la oficina. No puedo... —y agregó, bajando la cabeza—: Si... si tú fueras, se daría cuenta de lo que has hecho. Y... tal vez nos quitaría los doscientos cincuenta.

Kelly permaneció de espaldas, mirando sin parpadear la bombilla desnuda del cielorraso. Su pecho trabajaba penosamente, estremecido.

—No —murmuró—. No.

Se detuvo largo rato, sin hablar. Pole trajo un poco de agua para limpiarle la cara y le dio un trago. Buscó en su pequeña maleta con qué cubrirle las heridas y armar un cabestrillo para el brazo.

Quince minutos después, Kelly volvió a hablar.

—Volveremos en ómnibus —dijo.

—¿Qué?

—Volveremos en ómnibus —repitió Kelly, lentamente—. Eso costará... cincuenta y seis dólares.

Tragó saliva y cambió de posición.

—Así nos quedarán casi doscientos. Podremos comprarle un... un nuevo resorte impulsor y... y un lente para el ojo y...

Parpadeó; por un instante mantuvo los ojos cerrados, pues el cuarto volvía a emborronarse ante ellos.

—Y pasta lubricante —dijo después—. En grandes cantidades. Quedará... como nuevo.

Levantó la vista hacia Pole, y agregó:

—Así tendremos todo solucionado. "Maxo" estará otra vez bien preparado, y conseguiremos algunas peleas decentes.

Volvió a tragar saliva, mientras respiraba con esfuerzo.

—No necesita más que un pequeño ajuste. Un resorte nuevo, un lente nuevo para el ojo, y estará listo. Ya les mostraremos a esos cretinos lo que es un B-2. El viejo "Maxo" les enseñará, ¿verdad?

Pole contempló al corpulento irlandés, y dejó escapar un suspiro:

—Claro, Steel, claro.

UNA MANERA DE SOBREVIVIR

...y allí permanecieron, bajo las torres de cristal, bajo aquellas lustrosas alturas que, como espejos centelleantes, reflejaban los rosados del crepúsculo, hasta que toda la ciudad se convirtió en un fulgurante rubor.

Ras deslizo un brazo en torno a la cintura de su bienamada.

—¿Feliz? —inquirió, con voz tierna.

—¡Oh, sí! —respondió ella, en un suspiro—. ¿Como podría no estarlo, aquí en nuestra hermosa ciudad, donde hay paz y dicha para todos?

El crepúsculo dejó caer su rosada bendición sobre aquel suave abrazo.

FIN

Cesó el tableteo. Ahuecó las manos, como si fueran dos capullos, y cerró los ojos. Aquella prosa era puro vino. Goteaba sobre las papilas gustativas de su mente como una porción embriagadora. Lo he logrado nuevamente, reconoció. Por San Jorge, he vuelto a hacerlo...

La satisfacción lo remolcó mar afuera. Por tercera vez se sometió a ese impulso dichoso. Por último, salió a la superficie, renacido, calculó el número de palabras, escribió la dirección en el sobre, puso dentro el original, pesó el envío, pegó las estampillas necesarias y estampó el sello. Tras una nueva inmersión en las aguas del deleite, se encaminó hacia el buzón.

Eran casi las doce. Richard Allen Shaggley, cojeando, bajó por la tranquila calle enfundado en su raído abrigo. Si no se daba prisa, no llegaría a tiempo para la recogida de correspondencia, y *Ras y la ciudad de cristal* era demasiado bueno para esperar un día más. Tenía que llegar inmediatamente a manos del editor. Era una venta segura.

Bordeó el gigantesco agujero y los caños esparcidos alrededor —en el nombre de Dios, ¿cuándo terminarían de reparar esa maldita alcantarilla?—, y siguió adelante, con el sobre aferrado por los dedos rígidos, su corazón un torbellino vibrante.

Era mediodía. Llegó al buzón, y echó una mirada ansiosa en torno, para ver si el cartero estaba cerca. No había señales de él. Un suspiro de placer escapó de entre sus labios agrietados. Con el rostro radiante, Richard Allen Shaggley escuchó el ruido seco del sobre al caer en el fondo del buzón.

Y el feliz escritor se marchó, arrastrando los pies y tosiendo.

Al avanzaba pesadamente por la calle tranquila, con los dientes algo rechinantes y la cartera de cuero colgándole del hombro cansado. Las piernas le estaban molestando otra

vez. Me estoy haciendo viejo, pensó. Ya no tengo el impulso de antes. Reumatismo en las piernas. Malo, malo..., así es difícil cumplir con el recorrido.

A las doce y cuarto llegó al buzón verde oscuro y sacó las llaves del bolsillo. Gruñendo, se agachó para abrir la puerta y retirar el contenido.

Una sonrisa distendió su cara contraída: otro cuento de Shaggley. Se lo quitarían de las manos, seguramente. El hombre escribía muy bien.

Se levantó con un quejido y deslizó el sobre en su bolsa. Volvió a cerrar el buzón y se alejó, arrastrando los pies, sin dejar de sonreír para sí. Pensaba: "Cualquiera se siente orgulloso de llevar sus cuentos, aunque me duelan las piernas".

Porque Al era un gran admirador de Shaggley.

Aquella tarde, pasadas las tres, Rick volvió a la oficina, después de comer. Sobre el escritorio había una nota de su secretaria:

Nuevo orig. de Shaggley, decía. Recién llegado. Magnifico. No olvide que R. A. quiere leerlo cuando usted lo termine.

La cara angulosa del editor se iluminó de placer. Por San Jorge, eso era maná del cielo para aquella tarde, que pintaba infructuosa. Recogió los labios en una mueca, que en su rostro era una sonrisa, y se dejó caer sobre la silla de cuero. Sus dedos buscaron automáticamente el lápiz azul, pero los retiró con un gesto enfático. ¡No haría falta, tratándose de un cuento escrito por Shaggley! Tomó el sobre, que aguardaba sobre el vidrio quebrado de su escritorio. Por San Jorge, un cuento de Shaggley... ¡Qué suerte! R. A. no cabría en sí.

Hundido en el almohadón, quedó absorto de inmediato por las frases introductorias del relato. Se sintió transportado, fuera de la realidad. La narración, en su avance, lo dejó sin aliento. ¡Qué equilibrio, qué perfiles! Cómo escribía ese hombre... Un poco de polvo de argamasa le blanqueaba la manga; lo sacudió con ademán distraído.

Mientras leía volvió a levantarse viento; las ráfagas sacudieron su cabello pajizo, castigándole la frente con alas tibias. Sin prestar atención a lo que hacía, levantó la mano y deslizó uno de sus delicados dedos a lo largo de la herida que surcaba, como una hebra lívida, la mejilla y la parte inferior de la sien.

El viento aumentó, gimiendo entre las vigas torcidas; la alfombra raída se cubrió de papeles amarillentos. Rick se agitó, incómodo, y echó una mirada a la grieta de la pared, cada vez más grande... —en el nombre de Dios, ¿cuándo terminarían con esos arreglos?—; luego, con alegría renovada, volvió al original de Shaggley.

Cuando al fin concluyó, enjugó con los dedos una lágrima agridulce y oprimió el botón del intercomunicador.

—Otro cheque para Shaggley —indicó.

En seguida arrojó el botón suelto por sobre el hombro.

A las tres y media llevó el manuscrito a la oficina de R. A. y lo dejó allí. A las cuatro, el editor en jefe reía y lloraba sobre las páginas, frotando con dedos torcidos su escabrosa calva.

Esa misma tarde, el viejo y encorvado Dick Allen preparó la composición tipográfica del cuento de Shaggley, con la vista empañada por las lágrimas de felicidad que brotaban bajo su visera; el tableteo incansable de su máquina acallaba su líquida tos.

El cuento salió a la venta algo después de las seis. El vendedor de la herida en la mejilla lo leyó seis veces, balanceándose sobre las piernas cansadas, antes de ofrecerlo desganadamente al público.

A las seis y media, el hombrecito calvo bajó renqueando por la calle. El día había sido agotador y merecía un buen descanso; se detuvo junto al puesto de diarios de la esquina para comprar algún material de lectura.

Al revisar los estantes, soltó una exclamación ahogada. ¡Por San Jorge, un nuevo cuento de Shaggley! ¡Qué suerte! Además, había un solo ejemplar. Dejó veinticinco centavos para el vendedor, que no estaba allí en ese momento, y se llevó el cuento a casa. Iba leyendo ya mientras caminaba pesadamente entre aquellas ruinas esqueléticas... Qué cosa extraña, aún no habían reconstruido esos edificios incendiados...

Cuando llegó a la casa, ya había terminado el cuento. Después de la cena lo volvió a leer, meneando la cabeza abultada ante su maravillosa fuerza, ante la inquebrantable magia de su artesanía. Inspira nuevas ideas, pensó.

Pero esa noche no. Era hora de acomodar las cosas: la funda sobre la máquina de escribir, el sobretodo raído, el traje a rayas, la visera, la gorra y la bolsa de cartero, todo en su correspondiente sitio.

A las diez estaba dormido, y soñaba con hongos. Y por la mañana se preguntaba una vez más por qué los primeros observadores no habían descrito la nube comparándola con un hongo venenoso.

Hacia las seis, ya desayunado, Shaggley estaba ante su máquina de escribir.

He aquí la historia, tecleaba, de cómo Ras conoció a la bella sacerdotisa de Shahglee, y de cómo ésta se enamoró de él.

EL EXAMEN

La noche anterior al examen, Les se sentó con su padre en el comedor para ayudarlo a estudiar. Jim y Tommy dormían en el piso alto; en el living, Terry cosía con el rostro inexpresivo, clavando y tirando de la aguja con un movimiento veloz y rítmico.

Tom Parker, muy erguido, entrelazó sus manos venosas y secas y las apoyó sobre la mesa; sus pálidos ojos azules seguían atentamente el movimiento de los labios de su hijo, como si eso pudiera ayudarlo a comprender mejor. Tenía ochenta años, y aquél sería su cuarto examen.

—Bien —dijo Les, leyendo el modelo de cuestionario que el doctor Trask les había facilitado—. “Repita las siguientes secuencias de números”.

—Secuencia de números —murmuró Tom, tratando de asimilar las palabras en tanto las oía.

Pero ya no podía asimilar velozmente las palabras; éstas parecían acumularse sobre los tejidos de su cerebro como insectos sobre un carnívoro soñoliento. Repitió mentalmente las palabras: *secuencia de... secuencia de números*. Eso era. Y aguardó, mirando a su hijo.

—¿Y? —preguntó impaciente, tras un momento de silencio.

—Ya te leí la primera, papá —le dijo Les.

—Bueno... —balbuceó el anciano, tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresarse—. Haz el favor de..., ¿quieres leerme las...?

Les dejó escapar un suspiro fatigado, y repitió:

—Ocho cinco once seis.

Los labios arrugados se estremecieron, mientras la vieja maquinaria cerebral de Tom iniciaba lentamente su marcha.

—Ocho..., ci...inco...

Los ojos parpadearon. Por último, soltó de una sola vez:

—Once seis.

Y se irguió con orgullo. Sí, bien, muy bien. No podrían atraparlo en el examen del día siguiente; él burlaría a esa ley asesina. Apretó fuertemente los labios y asentó las manos sobre el mantel.

—¿Qué? —dijo, tratando de centrar la mirada en Les, que acababa de decir algo—. Habla.

—Te he leído otra secuencia —explicó Les, sin alterarse—. Vamos, te la volveré a leer.

Tom se inclinó un poco hacia adelante, afinando el oído.

—Nueve dos dieciséis siete tres —dijo Les.

Tom se aclaró la garganta con cierto esfuerzo.

—Habla más claro —indicó a su hijo.

No había comprendido bien esa parte. ¿Quién podía retener semejante ristra de números?

—¿Qué, qué? —preguntó, irritado, mientras Les repetía la secuencia.

—Oye, papá, el examinador te leerá las preguntas más de prisa que yo. Tienes que...

—Ya lo sé —interrumpió Tom, con rigidez—. Lo sé perfectamente. Sin embargo, permite que te recuerde algo: esto... esto no es un examen. Es para estudiar, para estudiar. No tiene sentido pasar las cosas a la carrera. No tiene sentido. Tengo que aprender este... este... examen... —se sentía enojado. Enojado con su hijo, y enojado por la forma en que las palabras se le escapaban de la mente.

Les se encogió de hombros y volvió a mirar la página.

—Nueve dos dieciséis siete tres —leyó, más lentamente.

—Nueve dos seis siete...

—*Dieciseis*, papá.

—Eso es lo que dije.

—Dijiste seis, papá.

—¡Me parece que yo sé lo que dije!

Les cerró los ojos por un momento. Luego dijo:

—Está bien, papá.

—¿Y? ¿Vas a leerla de nuevo o no? —preguntó el anciano, en tono cortante.

Les volvió a leer los números. Mientras escuchaba los tartamudeos de su padre, que intentaba repetir la secuencia, echó una mirada hacia el living. Terry estaba allí, cosiendo, con el rostro impávido. Había apagado la radio, y el marido comprendió que escuchaba los tartamudeos de Tom.

Tienes razón, pensó Les, como si hablara con ella. Tienes razón, ya sé que es un viejo inútil. ¿Y qué quieres, que se lo diga en la cara? Sería como clavarle un cuchillo en la espalda. Los dos sabemos que no aprobará el examen. Por lo menos, permíteme está pequeña hipocresía. Mañana pasarán la sentencia. No me pidas que yo mismo la pase esta noche y le quiebre el corazón.

—Creo que era así, ¿no? —dijo la voz de su padre, dignamente.

Les volvió la mirada hacia aquella cara marchita y enflaquecida.

—Sí —asintió, apresuradamente—. Es así.

Una sonrisa tembló en las comisuras de la boca de su padre, haciéndolo sentirse como un traidor. Lo estoy engañando, pensó. Oyó que él decía:

—Pasemos a otra cosa.

Bajó la vista a la hoja, buscando algo que pudiera resultarle fácil, al tiempo que se despreciaba por hacerlo.

—Vamos, Les —dijo el padre, tratando de controlar la voz—. No tenemos tiempo que perder.

Cerró los puños en un gesto de impaciencia. Al día siguiente pondrían su vida en la balanza, y ese muchacho no hacía más que hojear el examen como si no hubiera nada de importancia por delante.

—Vamos, vamos —urgió, malhumorado.

Les tomó un lápiz que tenía un trozo de cordel atado en un extremo, y dibujó un círculo de dos centímetros sobre una hoja en blanco. Después entregó ambas cosas a su padre.

—Debes mantener la punta del lápiz por sobre el círculo durante tres minutos —indicó.

De pronto, le atacó el temor de haber escogido una prueba muy difícil. Había observado que las manos del anciano temblaban durante las comidas, y vacilaban sobre los botones y los ojales de la ropa. Con la garganta agitada, Les tomó el cronómetro, lo puso en funcionamiento e hizo un gesto a su padre.

Éste tomó aliento y se inclinó sobre el papel, tratando de sostener el lápiz; que se balanceaba ligeramente, por sobre el círculo dibujado. Les notó que se apoyaba sobre el codo —cosa que no se le permitiría hacer durante el examen—, pero no dijo nada.

La poca sangre que restaba en la cara del anciano se estaba retirando rápidamente; Les podía ver con toda claridad las diminutas líneas rojas de los vasos abiertos bajo la piel de las mejillas. Contempló aquel cutis reseco, arrugado y parduzco, salpicado de manchas causadas por las afecciones hepáticas. Ochenta años. ¿Cómo se sentía uno a los ochenta años?

Volvió a mirar a Terry. Por un momento los ojos de ella se alzaron, encontrándose con los de Les. Se miraron sin sonreír, sin gesto alguno. Después Terry volvió a su costura.

—Creo que ya van tres minutos —dijo Tom, con voz tensa.

Les echó una mirada al cronómetro y se preguntó si debía mentir otra vez.

—Un minuto y medio, papá —dijo.

—Bueno, no dejes de mirar el reloj —ordenó el anciano, perturbado, mientras el lápiz se balanceaba en una zona mucho más amplia que la del círculo—. Estamos de examen, no de... de... fiesta.

Les contempló la punta ondulante del lápiz. Aquello era completamente inútil, mera ficción: nada de lo que hicieran podría salvar la vida de su padre.

Pero al menos, los exámenes no corrían por cuenta de los hijos que votaran la ley. Al menos no sería él quien estamparía el negro sello, "INSUFICIENTE", sobre las hojas de su padre, pronunciando así la sentencia definitiva.

El lápiz volvió a balancearse por sobre el círculo y volvió a su sitio: Tom había movido ligeramente el brazo sobre la mesa, cosa que habría invalidado esa parte del examen.

—¡Ese reloj atrasa! —protestó Tom, súbitamente furioso.

Les contuvo el aliento y miró el cronómetro. Dos minutos y medio.

—Tres minutos —dijo, apretando el émbolo.

El padre arrojó el lápiz con gesto irritado, diciendo:

—Vaya, qué prueba tan tonta... —y su voz se hizo más lenta—. Eso no prueba nada. Absolutamente nada.

—¿Quieres que probemos con otras preguntas, papá? Sobre dinero.

—¿Esas son las que siguen? —preguntó Tom, desconfiado, mientras miraba la página para comprobarlo por sí mismo.

—Sí —mintió Les, sabiendo que su vista era demasiado débil para leer las preguntas, aunque se negara a usar anteojos—. Espera, hay otra antes.

Acababa de descubrir algo más fácil, o al menos así le pareció.

—Tienes que decir la hora —completó.

—Qué pregunta tonta —murmuró Tom —¿Pensarán que...?

Con una expresión enfurruñada, alargó la mano por sobre la mesa para tomar el reloj y le echó una mirada desdeñosa.

—Diez y cuarto —dijo.

—Pero son las *once* y cuarto, papá —observó Les.

En seguida se arrepintió de haberlo corregido. Por un momento, el anciano lo miró como si hubiese recibido una bofetada. Volvió a tomar el reloj, y Les tuvo el horrible presentimiento de que insistiría en decir diez y cuarto.

—Eso es lo que quise decir —barbotó el anciano—. Me salió mal. Claro que son las once y cuarto: no hace falta ser muy inteligente para darse cuenta. Once y cuarto. Ese reloj es malo. Los números están muy apretados. Tendrías que tirarlo. En cambio...

Sacó su propio reloj de oro del bolsillo del chaleco.

—Este sí que es un reloj —exclamó, orgulloso—. Marcha perfectamente desde hace... ¡sesenta años! Esto es un reloj, y no el tuyo.

Arrojó con disgusto el cronómetro de Les sobre la mesa; el aparato cayó con la cara hacia abajo y el vidrio se rompió.

—Fíjate —protestó Tom apresuradamente, para disimular su confusión—. No tiene resistencia.

Para esquivar los ojos de Les, volvió a mirar su propio reloj y contempló la fotografía de Mary. Mary a los treinta años, adorable, con el pelo dorado...

Gracias a Dios, a ella no le tocaba pasar por esos exámenes; al menos ella estaba libre de todo eso. Cuando murió por accidente, a los cincuenta y siete años, Tom no había imaginado siquiera que algún día su muerte le parecería afortunada. Pero eso fue antes de que se implantaran los exámenes.

Cerró el reloj y lo hizo a un lado.

—Esta noche me dejarás ese reloj —dijo, gruñón—, y mañana me encargaré de que le pongan un cristal decente.

—No importa, papá, es viejo.

—Déjamelos. Le haré poner un buen cristal. Te conseguiré uno que no se rompa. Uno que no se rompa. Déjamelos, ¿eh?

Entonces pasaron a las preguntas sobre dinero, preguntas tales como “¿Cuántas monedas de veinticinco centavos hay en cinco dólares?” y “Si pago 36 centavos con un billete de un dólar, ¿cuánto me darán de vuelto?”.

Como esa parte del examen debía hacerse por escrito, Les permaneció en silencio, tomando el tiempo. La casa estaba cálida y silenciosa. Todo parecía normal y cotidiano: los dos, padre e hijo, sentados en el comedor, y Terry cosiendo en el living.

Eso, precisamente, era lo espantoso.

La vida seguía tal como de costumbre. Nadie hablaba de morir. El gobierno enviaba una carta, se tomaban los exámenes, y quienes fallaban recibían orden de comparecer en el centro oficial para recibir la inyección. Así funcionaba la ley, y de ese modo la tasa de mortalidad era estable, y se compensaba el problema de la superpoblación. Todo con un carácter legal, impersonalmente, sin gritos ni sensacionalismos.

Pero siempre eran seres amados los que morían.

—Deja de mirar ese reloj —dijo el anciano—. No puedo resolver estos problemas si no dejas de mirar ese reloj.

—Pero, papá, los examinadores lo hacen.

—Los examinadores son examinadores —saltó el padre—. Tú no eres examinador.

—Sólo trato de ayudarte, papá...

—Bueno, en ese caso ayúdame, *ayúdame*. No te quedes allí, mirando ese reloj.

—Eres tú el que debe hacer el examen, papá, no yo —empezó Les, con un rubor de cólera en las mejillas—. Si...

—¡Sí, soy yo, soy yo! —estalló Tom, en súbita ira—. Todos ustedes se encargaron de eso, ¿verdad? Todos se encargaron de que... de que...

Las palabras volvieron a rehuirle, mientras los enojosos pensamientos se le agolpaban en la mente.

—No tienes por qué gritar, papá.

—¡No estoy gritando!

Terry intervino de pronto:

—Papá, los niños duermen.

—¡Qué me importa si...!

Se interrumpió y volvió a recostarse en la silla, dejando caer el lápiz, que rodó sobre el mantel. Y allí se quedó, temblando; el pecho enjuto subía y bajaba espasmódicamente, las manos le temblaban sin control sobre el regazo.

—¿Quieres seguir, papá? —preguntó Les, reprimiendo su nerviosismo.

—No pido gran cosa —murmuraba Tom para sí—. No pido gran cosa de la vida.

—Papá, ¿quieres que sigamos?

El anciano se puso rígido.

—Siempre que dejes de mirar la hora —dijo, con lento e indignado orgullo—. Siempre que dejes de mirar la hora.

Les volvió a estudiar la hoja de examen, con los dedos crispados sobre las páginas abrochadas. ¿Preguntas psicológicas? No, sería imposible formularlas. ¿Cómo preguntar a un padre de ochenta años lo que opina sobre el sexo? ¿A un hombre tan decoroso, para quien el comentario más inofensivo resultaba obsceno?

—¿Y bien? —preguntó el anciano, alzando la voz.

—Parece que no hay nada más —dijo Les—. Ya hace casi cuatro horas que estamos en esto.

—¿Y qué son todas esas páginas que salteaste?

—La mayoría es para el..., el examen físico, papá.

Vio que su padre apretaba los labios, y temió que volviera a hacer algún comentario sobre ese tema. Pero Tom sólo dijo:

—Qué buen amigo. Qué buen amigo.

—Papá, tú...

No pudo terminar. No tenía sentido seguir hablando sobre eso. Tom sabía muy bien que el doctor Trask no podría extenderle un certificado de salud en esta oportunidad, como había hecho en los tres exámenes anteriores.

Les sabía que su padre se sentía vejado y temeroso: tendría que desvestirse para que los doctores lo hurgaran, le dieran golpecitos y le hicieran preguntas ofensivas. Y cuando volviera a vestirse, alguien lo estaría espiando por una mirilla para anotar en un formulario si lo hacía debidamente. Y cuando almorzara en la cafetería del gobierno, en la mitad del examen —que duraba todo un día—, otros ojos le vigilarían para ver si dejaba caer los cubiertos, si volcaba un vaso de agua o si se chorreaba la camisa.

—Te pedirán que firmes y que anotes tu dirección —observó Les.

Sabía que Tom estaba orgulloso de su letra, y pensó que eso le haría olvidar lo del examen físico.

El anciano tomó la pluma estilográfica y escribió, fingiendo que lo hacía de mala gana. “Los dejaré boquiabiertos”, pensó, mientras el lápiz cruzaba la página en movimientos fuertes y seguros:

Señor Thomas Parker, calle Brighton 2719, Blairtown, Nueva York.

—Y la fecha —indicó Les.

Tom escribió: *17 de enero de 2003*, y algo muy frío se filtró en sus entrañas.

El examen sería al día siguiente.

Ni él ni Terry podían dormir. Apenas habían cambiado palabra mientras se desvestían, y cuando Les se inclinó para darle el beso de las buenas noches, ella murmuró algo inaudible.

Les se volvió sobre un lado con un profundo suspiro. Terry abrió los ojos en la oscuridad, para mirarlo.

— ¿Duermes? —preguntó suavemente.

—No.

No quiso decir más, y esperó a que ella comenzara la conversación. Pero ella no lo hizo. Un ratito después, Les arriesgó:

—Bueno, creo que aquí termina todo.

Acabó la frase en voz baja, pues aquellas palabras le sonaban melodramáticas hasta lo ridículo. Terry no respondió de inmediato. Después, como si pensara en voz alta, preguntó:

— ¿Crees que habrá alguna posibilidad de que...?

Les se puso rígido, adivinando lo que ella intentaba decir.

—No —respondió—. No puede aprobar.

Oyó que Terry tragaba saliva, y rogó mentalmente: “No lo digas. No me digas que vengo opinando lo mismo desde hace quince años. Ya lo sé. Pero así me parecía”.

De pronto se preguntó por qué no había firmado muchos años antes la Solicitud de Eliminación. Los dos necesitaban verse libres de Tom, por el bien de los niños y de sí mismos. Pero... ¿cómo expresarlo en palabras, sin sentirse como un criminal? Era imposible decir: “Espero que el viejo fracase, espero que lo maten”. Sin embargo, cuanto uno dijera no sería más que una forma de sustituir hipócritamente esas palabras, que representaban la verdad.

Términos médicos. Gráficos que demostraban la mengua de las cosechas y el descenso en el nivel de vida, el hambre mundial y el empeoramiento de la salud pública. Utilizaban todos esos argumentos para justificar la ley. Pero todo era mentira, obvias mentiras sin fundamento. La ley había sido aprobada porque la gente quería estar sola y vivir la propia vida.

— ¿Y si aprueba, Les? —preguntó Terry.

El crispó la mano sobre el colchón.

— ¿Les?

—No lo sé, querida —respondió.

Las siguientes palabras de Terry sonaron muy firmes en la oscuridad. Era la voz de quien se siente en el límite de la paciencia:

—Pues deberías saberlo.

Él movió la cabeza sobre la almohada, inquieto.

—No insistas, querida —rogó—. Por favor.

—Les, si supera este examen lo tendremos otros cinco años. Cinco años más, Les. ¿Comprendes lo que eso significa?

—No puede pasar el examen, querida.

—Pero... ¿y si lo pasa?

—Falló en las tres cuartas partes de las preguntas que le hice esta noche, Terry. Está casi sordo, tiene artritis y le falla el corazón.

Dejó caer el puño sobre la cama, desesperanzado, agregando:

—Ni siquiera puede aprobar el examen físico.

Y se sintió lleno de odio contra sí mismo por asegurar que Tom estaba condenado. ¡Si al menos pudiera olvidar el pasado, y ver a su padre tal como era en la actualidad! Sólo un anciano indefenso y medio agotado, que les arruinaba la vida... Pero era difícil olvidar cuánto había amado y respetado a su padre; era difícil no tener en cuenta las excursiones por el campo, las partidas de pesca, las prolongadas caminatas nocturnas..., y tantas otras cosas que habían compartido.

Por eso nunca había tenido el coraje necesario para firmar la solicitud. No había más que llenar un simple formulario; era mucho más fácil que aguardar el examen quinquenal. Pero eso equivalía a entregar la vida de su padre. Era pedirle al gobierno que se encargara de él, como de un desecho desdeñado. Nunca pudo hacerlo.

Sin embargo, ahora que el anciano tenía ya ochenta años, toda su educación moral y todos sus principios cristianos no le impedían sentirse tan aterrorizado como Terry por la idea de que el viejo Tom pudiera aprobar el examen y vivir otros cinco años con ellos. Otros cinco años de desordenar la casa, de revocar las indicaciones que daban a los niños, de romper cosas; otros cinco años en los que trataría de ayudar, pero sólo para convertirse en un estorbo, convirtiendo la vida en un tormento de nervios contenidos.

—Será mejor que duermas —le dijo Terry.

Trató de seguir el consejo, pero le fue imposible. Permaneció de espaldas, con la vista fija en el techo, tratando de encontrar una respuesta inalcanzable.

A las seis sonó el despertador. Aunque Les no necesitaba levantarse hasta las ocho, quería ver a su padre antes de que partiera. Se vistió en silencio para no despertar a Terry.

De cualquier modo, ella despertó y lo contempló desde la cama. Un momento después se irguió sobre un codo, con expresión soñolienta.

—Me levantaré a preparar el desayuno —dijo.

—No hace falta —respondió Les—. Quédate acostada.

—¿No quieres que me levante?

—No te molestes, querida. Quiero que descanses.

Ella volvió a acostarse y le volvió la espalda. Sin saber porqué, comenzó a llorar silenciosamente; tal vez porque él no le permitía ver al padre, o quizás a causa del examen. No podía contenerse. Sólo le fue posible mantener el cuerpo quieto hasta que la puerta del dormitorio se hubo cerrado. Entonces sus hombros se estremecieron, y un sollozo quebró la barrera interior que había levantado.

Les se dirigió hacia el cuarto de su padre y halló la puerta abierta. Tom estaba sentado en la cama, atándose los oscuros zapatos. Sus dedos torcidos temblaban visiblemente sobre los cordones.

—¿Todo bien, papá? —preguntó Les.

Su padre levantó la vista, sorprendido.

—¿Qué haces levantado a esta hora?

—Se me ocurrió desayunar contigo.

Por un momento, se miraron en silencio. Después, su padre volvió a inclinarse sobre los cordones.

—No hacía falta —dijo.

—Bueno, de cualquier modo, voy a desayunar —replicó Les, y se volvió para evitar discusiones.

—Les.

Se volvió.

—Espero que no te hayas olvidado de dejar ese reloj a mano —dijo Tom—. Hoy mismo iré al joyero para que le pongan un... un cristal decente, uno que no se rompa.

—Es sólo un reloj viejo, papá —observó Les—. No vale un centavo.

—Es lo mismo —afirmó su padre, agitando la mano extendida delante de sí, como para evitar toda discusión—. Quiero...

—Está bien, papá, está bien. Lo dejaré sobre la mesa de la cocina.

El anciano quedó en suspenso por un segundo y lo miró, inexpresivo. Luego, como siguiendo un impulso que no era sino una voluntad demorada, volvió a inclinarse sobre los zapatos. Les contempló por un momento su pelo gris, sus dedos temblorosos. En seguida se marchó.

El reloj estaba aún sobre la mesa del comedor; Les lo tomó para llevarlo a la cocina. El anciano debía haber pasado la noche repitiéndose lo del reloj; de otro modo no habría logrado recordarlo.

Puso agua fresca en el globo del café y operó los controles de la cocina automática para preparar dos platos de tocino con huevos. Después sirvió dos vasos de jugo de naranja y se sentó a la mesa.

Unos quince minutos después bajó su padre; vestía el traje azul oscuro, y se había lustrado cuidadosamente los zapatos. Tenía las uñas bien recortadas, y los cabellos alisados y cepillados. Tenía un aspecto muy pulcro... y muy viejo. Se aproximó al globo del café y echó una mirada dentro.

—Siéntate, papá —dijo Les—. Yo te lo alcanzaré.

—No soy un inválido —dijo Tom—. Quédate donde estás.

Les se las arregló para sonreír, diciendo:

—Puse a cocinar un poco de tocino con huevos para los dos.

—No tengo hambre —replicó su padre.

—Pero te vendrá bien tomar un buen desayuno, papá...

—Nunca he comido mucho en el desayuno —replicó Tom, rígido frente a la cocina—. No me convence. Es malo para el estómago.

Les cerró los ojos por un instante; en su rostro se dibujó una expresión desesperada. ¿Para qué se había molestado en levantarse? No harían más que discutir. Todo el cuerpo se le puso tenso. Pero... no; se mostraría optimista y alegre... aunque muriera en el intento.

—¿Dormiste bien, papá? —preguntó.

—Claro que dormí bien. Siempre duermo bien. Muy bien. ¿Dónde está ese reloj? — preguntó, acusador.

Les exhaló un suspiro fatigado y se lo tendió. Tom avanzó torpemente por el suelo de linóleo para tomarlo, y lo examinó brevemente, con los labios ahuecados.

—Qué mala fabricación —dijo—. Pésima.

Y agregó, guardándolo cuidadosamente en el bolsillo lateral de la chaqueta:

—Te haré poner un cristal decente. Uno que no se rompa.

—Buena idea, papá —asintió Les.

El café ya estaba listo, y Tom sirvió una taza para cada uno. Les se levantó a apagar la cocina automática. Había perdido todo deseo de comer tocino con huevos.

Sentado a la mesa frente al severo rostro de su padre, dejó que el café caliente se le deslizara por la garganta. Tenía un sabor horrible, pero nada habría podido saberle bien esa mañana.

—¿A qué hora tienes que estar allí? —preguntó, para romper el silencio.

—A las nueve.

—¿No quieres que te lleve en el coche?

—¡Pero no! —dijo su padre, con el tono paciente de quien habla con un niño fastidioso—. El metro me deja bien. Tengo tiempo de sobra.

—Está bien, papá.

Les dejó que su mirada se perdiera en la taza del café. Habría querido decir algo, pero no se le ocurría una sola palabra. El silencio se arrastró entre ellos durante largos minutos, mientras Tom bebía a tragos lentos y metódicos.

Les, nervioso, se humedeció los labios con la lengua, los sintió temblar, y prefirió esconderlos tras la taza. Hablar, pensaba, hablar, hablar y hablar, sobre coches y metros y horarios de examen... Y mientras tanto, los dos sabían que ese mismo día Tom podía ser sentenciado a muerte.

Lamentaba haberse levantado. Habría sido mejor despertarse y descubrir de pronto que su padre se había marchado solo. Ojalá pudiera ser así para siempre. Ojalá pudiera despertarse una mañana y encontrar vacío el cuarto de su padre..., desaparecidos los zapatos oscuros, las ropas de trabajo, los pañuelos, los calcetines, las ligas, los tirantes y el equipo de afeitarse, inexistentes todas esas muchas pruebas de una vida.

Pero no podía ser así. Una vez que Tom fuera reprobado, pasarían varias semanas sin que llegara la carta para la última cita, y después una semana más, aproximadamente, hasta el día fijado. Habría un lento y horrible período dedicado a empacar, a deshacerse de algunas cosas y regalar otras, un período de almuerzos y cenas compartidos, de charlas, una última comida, un largo paseo hasta el centro del gobierno, un ascensor zumbante y silencioso...

¡Gran Dios!

Lo recorrió un temblor irrefrenable; por un momento se sintió al borde del llanto. En ese instante, su padre se levantó; él lo miró con expresión sorprendida.

—Me voy —dijo Tom.

—Pero si son apenas las siete menos cuarto —observó Les, nervioso, echando un vistazo al reloj de pared—. No tardarás tanto en...

—Quiero llegar bien temprano —respondió su padre, con firmeza—. No me gusta llegar tarde.

—Por Dios, papá; tardarás una hora, cuanto más, en llegar al centro —insistió él.

Sentía un horrible vacío en el estómago. Cuando el anciano meneó la cabeza, comprendió que no había oído.

—Es demasiado temprano, papá —repitió, esforzándose por alzar su voz temblorosa.

—No importa.

—No has comido nada.

—Nunca comí gran cosa en el desayuno —empezó Tom—. No es bueno para...

Les no prestó atención al resto, a las teorías y los hábitos de toda la vida. Se sentía invadido por oleadas de implacable horror. Habría querido saltar hacia su padre, arrojarle los brazos al cuello, pedirle que no se preocupara por los resultados del examen, que todo eso no importaba, porque lo amaban y lo cuidarían por siempre...

Pero no pudo hacerlo. Permaneció tenso, enfermo de pánico, con los ojos clavados en su padre. Tom se volvió hacia la puerta de la cocina, y él seguía sin decir palabra.

—Hasta la noche, Les.

El anciano había pronunciado aquella despedida con una voz calma y fría; en eso había empleado todas sus energías. La puerta se cerró, levantando una brisa que dio en las mejillas de Les, helándole todo el corazón.

Se levantó de un salto, con un gruñido de sorpresa, y corrió hacia la puerta. Desde allí pudo ver a su padre, que había llegado casi a la puerta de calle.

—¡Papá!

Tom se detuvo, sorprendido. Les cruzó el comedor para alcanzarlo, contando mentalmente los pasos *uno, dos, tres, cuatro, cinco*. Se detuvo ante su padre con una sonrisa forzada y vacilante:

—Buena suerte, papá —dijo—. Hasta... hasta la noche.

Habría querido decirle “te estaré esperando”, pero no pudo.

El anciano inclinó la cabeza una sola vez, brevemente, con el gesto de un caballero que reconoce a otro.

—Gracias —le dijo, y se alejó.

Cuando la puerta se cerró tras él, fue como si se convirtiera súbitamente en una muralla impenetrable, que Tom ya no podría volver a cruzar. Les se acercó a la ventana. El padre se alejó lentamente por el sendero y tomó la acera hacia la izquierda. Dio algunos pasos calle arriba; después se detuvo y se irguió, echando hacia atrás los hombros enjutos, para caminar con firmeza entre el gris de la mañana.

En un primer momento, Les pensó que estaba lloviendo. Después comprendió que esa neblina centelleante no estaba en la ventana.

No pudo ir a trabajar. Avisó por teléfono que estaba enfermo y se quedó en casa. Terry preparó a los niños para ir a la escuela. Después desayunaron juntos, y Les le ayudó a levantar los platos para ponerlos en el fregaplatos. Ella no hizo ningún comentario sobre el hecho de que no fuera a trabajar. Actuaba como si fuese perfectamente normal tenerlo en casa en un día de semana.

Les pasó la mañana y la tarde en el tallercito del garage; comenzó siete proyectos distintos y perdió interés en todos ellos.

Cerca de las cinco volvió a la cocina y abrió una lata de cerveza, mientras Terry preparaba la cena. No le dijo nada. Se paseaba incesantemente por el living, contemplando por la ventana el cielo cubierto.

—¿Dónde estará? —dijo finalmente, ya otra vez en la cocina.

—Ya volverá —respondió Terry.

Él se puso rígido por un instante: había creído percibir cierto disgusto en su voz. En seguida comprendió que era sólo su imaginación, y aflojó nuevamente el cuerpo.

Eran ya las seis menos veinte cuando se vistió, después de tomar una ducha. Los niños, que habían salido a jugar, estaban ya de regreso, y todos se sentaron a cenar. Les notó que Terry había puesto cubiertos para su padre, y se preguntó si lo había hecho por darle el gusto.

No pudo probar bocado. No hizo más que cortar la carne en trocitos cada vez más pequeños y convertir en puré las patatas al horno, agregándole manteca; pero no tocó el plato.

—¿Cómo? —preguntó de pronto, notando que Jim le hablaba.

—Si el abuelo no aprueba el examen, le queda un mes, ¿verdad, papá?

Les sintió que se le contraían los músculos del estómago.

Le queda un mes, ¿verdad, papá? Las últimas palabras de su hijo mayor seguían retumbándole en el cerebro.

—¿De qué hablas? —preguntó, mirándolo con fijeza.

—Mi libro de Educación Cívica dice que los ancianos tienen un mes de vida en caso de que no aprueben el examen. Es verdad, ¿no?

—No, no es verdad —interrumpió Tommy—. La abuela de Harry Senker recibió la carta apenas dos semanas después.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jim a su hermano, que tenía nueve años—. ¿Acaso la viste?

—Ya basta —dijo Les.

—¡No me hace falta verla! —protestó Tommy—. Harry me dijo que...

—¡Ya basta!

Los dos niños miraron sorprendidos al padre: estaba muy pálido.

—No quiero que se hable de eso —dijo.

—Pero...

—Jimmy —observó Terry, en tono de advertencia.

El niño levantó la vista hacia ella. Un segundo después volvió a su plato, y todos comieron en silencio.

Les comprendió, con amargura, que la muerte del abuelo no tenía para ellos la menor importancia. Hizo un esfuerzo por aflojar el cuerpo, pensando que, después de todo, así debía ser. Aún no les había llegado el turno de preocuparse por eso, pero no les faltaba mucho tiempo.

A las seis y diez, la puerta se abrió y volvió a cerrarse. Les se levantó tan de prisa que tumbó un vaso vacío.

—No, Les —exclamó Terry, de pronto.

Y él comprendió que ella tenía razón. A su padre no le gustaría verlo entrar en seguida a la cocina, con las preguntas a flor de labios.

Se dejó caer nuevamente en la silla, con la vista fija en su plato intacto; el corazón le latía violentamente. Mientras levantaba el tenedor, con dedos rígidos, oyó los pasos del anciano que cruzaban la alfombra del comedor y subían la escalera. Miró a Terry, y un estremecimiento le agitó la garganta.

No podía comer. Siguió sentado a la mesa, hurgando en el plato y respirando con agitación. En el piso alto se cerró la puerta del cuarto de Tom.

Cuando Terry trajo el pastel, Les se excusó de prisa y abandonó la mesa. Ya estaba por subir, cuando se abrió la puerta de la cocina y ella exclamó:

—¡Les!

Inmóvil, en silencio, la dejó acercarse.

—¿No será mejor que lo dejemos solo? —preguntó.

—Pero, querida...

—Les, si hubiera aprobado el examen habría venido a la cocina para decírnoslo.

—Es que él no sabe si...

—Si hubiese aprobado, lo sabría, puedes estar seguro. Las últimas dos veces nos lo dijo. Si hubiera aprobado, nos habría...

Se interrumpió. La mirada de Les la hizo estremecer. En medio de un denso silencio, se oyó un súbito golpe de lluvia contra las ventanas. Ambos se miraron por largos momentos. En seguida, Les dijo:

—Voy a subir.

—Les... —murmuró Terry.

—No le diré nada que pueda molestarle —prometió—. Yo...

Hubo otra larga pausa. Por último, se volvió para subir la escalera. Terry lo contempló mientras subía, con expresión desolada y vacía.

Se detuvo un momento ante la puerta cerrada, con los brazos apretados contra el pecho. No lo molestaré, se decía; no lo molestaré.

Llamó suavemente a la puerta, preguntándose al mismo tiempo si no estaba cometiendo un error. Tal vez sería mejor dejar solo al anciano.

Dentro del cuarto se oyó el crujir de la cama y el ruido de los pies al tocar el suelo.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Tom.

Les contuvo el aliento.

—Soy yo, papá —dijo.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo hablar contigo?

Silencio.

—Bueno... —dijo la voz del anciano.

Pero se interrumpió en seguida. Les le oyó levantarse y caminar por el cuarto. Después le llegó un ruido de papeles y un cajón se cerró cautelosamente.

Finalmente, la puerta se abrió.

Tom vestía su vieja bata de baño, puesta directamente sobre la ropa; había cambiado los zapatos por pantuflas.

—¿Puedo entrar, papá? —preguntó Les, con voz serena.

El anciano vaciló por un momento.

—Entra —dijo al fin.

Pero no era una invitación. Parecía estar diciendo: esta es tu casa; no puedo impedirte que entres.

Les había pensado decirle que no quería molestarlo, pero no pudo. Entró, y se detuvo en el medio de la gastada alfombra, aguardando.

—Siéntate —le dijo Tom.

Tomó asiento en la silla recta donde Tom colgaba sus ropas durante la noche. Su padre se dejó caer en la cama, con un gruñido.

Durante largo rato se miraron sin hablar, como dos perfectos desconocidos, cada uno a la espera de que el otro iniciara la conversación. Les oía la pregunta formulada en su cerebro: ¿Cómo te fue en el examen? ¿Cómo te fue? ¿Cómo te fue? Pero no podía repetirla. ¿Cómo te fue en...?

—Supongo que quieres saber qué ocurrió —dijo el anciano, realizando un visible esfuerzo por controlarse.

—Si —dijo Les—. Yo... —se interrumpió, y por último repitió tan sólo—: Sí.

El anciano bajó la vista al suelo por un momento. Después, súbitamente, levantó la cabeza y clavó en su hijo una mirada desafiante.

—No me presenté —dijo.

Les tuvo la sensación de que toda su energía se había descargado repentinamente en el suelo. Quedó petrificado, inmóvil, con los ojos fijos en el padre.

—No tenía intenciones de presentarme —agregó su padre, de prisa—. No quería pasar por todas esas tonterías. Exámenes físicos, exámenes mentales, situar cubos en un tablero y sabe Dios cuántas cosas más. No tenía intenciones de ir.

Sus ojos tomaron una expresión de enojo, como si desafiaran a Les a decirle que había hecho mal. Pero el hijo no pudo decir una palabra.

Paso un largo rato. Por fin, Les tragó saliva y logró formular una pregunta:

— ¿Qué vas a hacer?

— No importa, no importa —respondió el anciano, como si agradeciera el interés—. No te preocupes por papá. Papá sabe cuidarse.

Y de pronto, Les volvió a escuchar el ruido del cajón al cerrarse, y el susurro de una bolsa de papel. Estuvo a punto de mirar hacia el escritorio, para ver si la bolsa estaba aún allí, pero desvió la cabeza, venciendo el impulso.

— Bueno —tartamudeó, sin imaginar siquiera que su expresión le traicionaba: se sentía perdido y presa del pánico.

— Ahora no te preocupes —repitió el padre, sereno, casi suave—. No es asunto tuyo. No tiene nada que ver contigo.

¡Sí, es asunto mío!, se gritó Les mentalmente. Pero calló. Algo en el rostro de su padre lo obligó a guardar silencio: una especie de fuerza indomable, una grave dignidad que no debía herir.

— Ahora quisiera descansar —dijo Tom.

Fue como un golpe violento en el estómago. Quisiera descansar, descansar... Las palabras despertaron ecos en los extensos túneles de su mente. Descansar, descansar...

Se sintió empujado hacia la puerta. Allí se volvió a mirar a su padre. *Adiós*. La palabra quedó en él. Pero el anciano sonrió, diciendo:

— Buenas noches, Les.

— Papá...

Sintió la mano del viejo más fuerte, más firme que la suya; lo calmaba, le servía de apoyo. La otra mano, la izquierda, le oprimió el hombro.

— Buenas noches, hijo —dijo el padre.

En ese momento, Les pudo ver en el rincón del cuarto, por sobre el hombro del anciano, una bolsa de papel arrugada con el membrete de una farmacia, como si la hubiesen arrojado allí para que pasara desapercibida.

La puerta se cerró. Y él siguió allí, mirándola, temblando sin control. Por último se alejó.

Terry lo esperaba al pie de la escalera, descolorido el rostro. Al verle bajar, formuló la pregunta en una sola mirada.

— No... no se presentó.

Fue todo lo que Les logró decir. Ella soltó una pequeña exclamación de sorpresa:

— Pero...

— Estuvo en la farmacia —dijo Les—. He visto... la bolsa en un rincón de su cuarto. La arrojó allí para que yo no la viera, pero... la vi.

Por un momento pareció que Terry iba a subir la escalera, pero fue sólo una tensión pasajera.

—Debe haberle mostrado al farmacéutico la carta citándolo para el examen —explicó Les—. Y el... farmacéutico le habrá dado... píldoras. Todos hacen lo mismo.

En el silencio del comedor, la lluvia tamborileaba contra las ventanas.

—¿Qué haremos? —preguntó ella, con voz casi inaudible.

—Nada —murmuró Les, con un suspiro que le agitó la garganta—. Nada.

Echó a andar torpemente hacia la cocina. El brazo de Terry lo rodeó como si ella quisiera filtrarle su amor por los poros, ya que no podía hablarle de amor.

Pasaron la velada sentados en la cocina. Ella acostó los niños y volvió, y allí siguieron, tomando café y hablando en voz baja, solitarios.

Cerca de la medianoche se encaminaron hacia la escalera. Les se detuvo junto a la mesa del comedor: allí estaba su cronómetro, con un cristal nuevo y reluciente. Ni siquiera se atrevió a tocarlo.

Ya en el piso alto, pasaron frente a la puerta de Tom. Todo estaba silencioso en el cuarto. Se desvistieron, se acostaron juntos, y Terry dio cuerda al reloj, como todas las noches. En el curso de unas pocas horas, ambos habían logrado conciliar el sueño.

Y durante toda la noche, el cuarto del anciano estuvo en silencio. A la mañana siguiente, el silencio continuaba.

EL HÁBITO HACE AL MONJE

En medio de la fiesta, salí a la terraza para huir de la cháchara constante de los invitados. Busqué un rincón oscuro para sentarme, estiré las piernas y suspiré, totalmente aburrido. La puerta de la terraza volvió a abrirse, y un hombre se separó de aquella ruidosa alegría. Avanzó tropezando hasta la barandilla, y se apoyó en ella para contemplar la ciudad.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, pasándose una mano endurecida por el escaso pelo.

Sacudió cansadamente la cabeza, y fijó la vista en la luz que coronaba el edificio Empire State. Por último se volvió con un gruñido y avanzó hacia mí, tambaleante. Tropezó contra mis zapatos y estuvo a punto de caer hacia adelante.

—¡Oh, oh! —murmuró, dejándose caer en otra silla—. Le ruego que me disculpe.

—No es nada —dije.

—¿Puedo abusar de su tolerancia, señor? —preguntó.

Antes de que pudiera responderle, comenzó a abusar de ella sin más preámbulo.

—Escuche —empezó, agitando un grueso índice—. Escuche, voy a contarle una historia imposible.

Se inclinó hacia adelante y me miró a través de la oscuridad, enfocando como pudo sus ojos velados por el *vermouth*. Después volvió a caer contra el respaldo, respirando como un silbato a vapor, y soltó un eructo.

—Ahora escuche —dijo—. Y no se confunda. Cosas más extrañas hay en los cielos y en la Tierra, etcétera, etcétera. Usted cree que estoy borracho. Tiene toda la razón del mundo. Pero ¿por qué lo estoy? Jamás podría adivinarlo. Ocurre que mi hermano ya no es un hombre.

—Fin del cuento —sugerí.

—Todo comenzó hace un par de meses. Él es gerente publicitario de la agencia Jenkins. Es un hombre como hay pocos... —se interrumpió con un sollozo, agregando—: Quiero decir... *era*.

Y repitió en voz baja:

—Un hombre como hay pocos.

Extrajo un pañuelo del bolsillo superior y se sopló las narices con un trompetazo que me estremeció de asco.

—Todos los demás iban a consultarlo. Y él se sentaba en su despacho, con el sombrero puesto y los zapatos relucientes sobre el escritorio. “¡Charlie!”, gritaban todos, “¡danos una idea!”. Él daba una vuelta completa a su sombrero... su bonete pensante, como le llamaba... y decía: “Muchachos, háganlo así”. Y allí les espetaba las ideas más estrafalarias que usted pueda imaginar. ¡Qué hombre!

En ese punto levantó hasta la luna sus ojos desorbitados y volvió a sonarse la nariz.

—¿Y bien?

—¡Qué hombre! —repitió—. El mejor en su oficio. Con su sombrero puesto... Eso era una broma, por supuesto. Así lo creíamos.

Suspiré, cerrando los ojos.

—Era un tipo divertido —observó mi narrador—. Un tipo divertido.

—Ajá.

—Un verdadero figurín, eso era. Los trajes tenían que ser perfectos; los sombreros, perfectos. Los zapatos, los calcetines..., todo hecho a la medida. Vaya, recuerdo que una vez, Charlie y Miranda, su mujer, con mi mujer y yo, fuimos al campo. Hacía calor, y yo me quité la chaqueta. ¿Y él? ¡No, señor! El hombre sin chaqueta no es hombre, como él decía.

»Llegamos a un sitio muy bonito, con un arroyo y un prado para sentarse. Hacía muchísimo calor. Miranda y mi mujer se quitaron los zapatos para vadear el arroyo. Hasta yo fui con ellas. Pero él, ¡Ja!

—Hum.

—Él, jamás. Yo andaba por ahí, sin zapatos, sin calcetines, con los pantalones y la camisa arremangados, chapaleando como un niño. Y allí estaba Charlie, vestido como para una foto, riéndose de nosotros. Lo llamábamos: “¡Vamos, Charlie, fuera los zapatos!”. Y él dijo: “¡Oh, no! Un hombre sin zapatos no es hombre. Ni siquiera puedo caminar descalzo”. Miranda se enojó: “Muchas veces no sé si me he casado con un hombre o con un ropero”, dijo.

Suspiró otra vez:

—Así era él. Así era.

—Fin del cuento —sugerí.

—No —exclamó él, con voz estremecida, supongo que por el horror—. Ahora viene lo más terrible. Ya oyó lo que le he dicho sobre la ropa. Maniático. Hasta la ropa interior tenía que ser perfecta.

—Hum —musité.

—Un día —prosiguió él, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo cargado de presagios—, un día alguien, en la oficina, le escondió el sombrero para hacerle una broma. Charlie, aparentemente, fingió que no podía pensar. Apenas dijo una palabra. No hizo más que dar vueltas. No dejaba de decir “Sombrero, sombrero”, y miraba por la ventana. Lo llevé a su casa. Miranda y yo lo pusimos en la cama; mientras hablábamos, en la sala, oímos un ruido espantoso y corrimos al dormitorio.

»Charlie estaba encogido en el suelo. Lo ayudamos a levantarse, pero las piernas se le doblaban. Le preguntamos qué le ocurría. “Zapatos, zapatos”, dijo. Lo sentamos en la cama y él tomó sus zapatos, pero se le cayeron. “Guantes, guantes, guantes”, dijo. Nos quedamos mirándolo. “¡Guantes!”, gritó. Miranda tuvo miedo, busco un par y se los arrojó sobre el regazo. Él se los puso, lentamente, como si sufriera. Después se inclinó y se puso los zapatos.

»Se levantó y anduvo por el cuarto como si se estuviera probando los pies. “Sombrero”, dijo, y fue hasta el armario a buscar uno. Se lo puso y... ¿me creerá usted? Dijo: “¿Quién diablos tuvo la idea de traerme a casa? Tengo mucho trabajo, y cuando encuentre al idiota que me robó el sombrero, lo despediré”. Y volvió a la oficina. ¿Me cree?

—¿Por qué no? —asentí, cansado.

—Bueno —prosiguió—, supongo que ya imagina usted el resto. Ese día, antes de que me fuera, Miranda me dijo: “¿Será por eso que ese haragán es tan tranquilo en la cama? ¿Tendré acaso que ponerle un sombrero todas las noches?”. Yo me sentí muy incómodo...

Hizo una pausa, y suspiró otra vez.

—Después de eso, las cosas se pusieron mal. Charlie no podía pensar sin sombrero. Sin zapatos, no podía caminar. Sin guantes, no movía los dedos. Usaba guantes hasta en verano. Los doctores lo consideraban un caso desesperante. Un psiquiatra tomó vacaciones en cuanto Charlie le hizo la primera consulta.

—Termine de una vez —le dije—. Tengo que irme.

—No hay mucho más que contar —prosiguió—. Las cosas empeoraron más y más. Charlie tuvo que contratar a un hombre para que lo vistiera. Miranda se hartó de él y trasladó sus cosas al cuarto de huéspedes. Mi hermano lo estaba perdiendo todo.

»Y una mañana...

Se estremeció.

—Fui a ver cómo estaba. La puerta del apartamento estaba abierta de par en par. Entré a toda velocidad. Aquello era una tumba. Llamé al valet de Charlie. Nada. Entré al dormitorio...

»Allí estaba Charlie, en la cama, quieto como un cadáver, hablando en voz baja consigo mismo. Sin decir una palabra, busqué un sombrero y se lo puse en la cabeza. “¿Dónde está tu valet, dónde está Miranda?”, pregunté. Me miró. Le temblaban los labios. “Charlie, ¿qué pasa?”, pregunté. “Mi traje”, dijo. “¿Qué traje?”, pregunté; “¿De qué estás hablando?”. “Mi traje”, sollozó, “esta mañana fue a la oficina”.

»Pensé que estaba loco. Pero él dijo, histérico: “Mi traje gris a rayas. El que me puse ayer. El valet lanzó un grito y me despertó. Estaba mirando el ropero. Yo también miré. ¡Dios mío! Allí, frente al espejo, mi ropa interior se estaba reuniendo por sí misma. Una de mis camisas blancas se colocó encima de la ropa interior, los pantalones se colocaron en su lugar, la camisa se puso la chaqueta, y una corbata se anudó en su sitio. Los calcetines y los zapatos entraron bajo el pantalón. La manga de la chaqueta se levantó, eligió un sombrero de entre los que estaban en el estante y lo encasquetó en el aire, donde debería haber estado la cabeza. Después, el sombrero se dio vuelta por sí mismo, y una voz dijo: “Hazlo así, Charlie”, y lanzó una carcajada. El traje se fue. Mi valet huyó. Miranda ha salido.” Cuando Charlie terminó, le quité el sombrero para que pudiera desmayarse, y llamé una ambulancia.

El hombre se agitó en la silla.

—Eso ocurrió la semana pasada —dijo—, y todavía estoy temblando.

—¿Es todo? —pregunté.

—Más o menos —respondió él—. Me dicen que Charlie se va debilitando. Todavía está en el hospital. Se sienta en la cama, con el sombrero gris encasquetado hasta las orejas, y habla solo. No puede conversar, ni siquiera con el sombrero puesto.

Se enjugó la transpiración de la cara.

—Y eso no es lo peor —continuó, sollozando—. Me han dicho que Miranda está...

Tragó saliva.

—Que está saliendo con el traje. Les dice a todos sus amigos que ese engendro del diablo tiene más atractivo que Charlie.

—No me diga.

—Sí le digo. Ella está allí dentro. Vino hace un ratito.

Y se hundió en una silenciosa meditación.

Me levanté y me desperecé. Cambiamos una mirada. El gordo se desmayó sin decir palabra.

No le presté atención. Entré a buscar a Miranda, y nos marchamos.

HIJO DE SANGRE

Cuando los vecinos de la manzana se enteraron de la composición que había escrito Jules, decidieron definitivamente que el muchacho estaba loco. Hacía tiempo que lo sospechaban.

Su mirada inexpresiva hacía estremecer a la gente. Y ese modo de hablar, áspero, gutural, no parecía normal en cuerpo tan frágil. La palidez de su piel asustaba a más de una criatura; parecía pender suelta por sobre la carne. Jules odiaba la luz del sol.

Y sus ideas resultaban un poco fuera de lugar para la gente que vivía en la misma manzana.

Jules quería ser un vampiro.

Se tenía por cierto que había nacido en una noche de tormenta, mientras el viento arrancaba los árboles de raíz. Decían que al nacer tenía tres dientes, y que los usó para prenderse al pecho de su madre, sacándole sangre junto con la leche.

Decían que al oscurecer ladraba y reía en su cuna. Que caminó a los dos meses, y que se sentaba a mirar la luna en las noches claras.

Eso decía la gente.

Los padres estaban muy preocupados por él. Como era el único hijo, repararon de inmediato en sus rarezas. Al principio lo creyeron ciego, pero el médico les dijo que se trataba sólo de una mirada vacía. Dijo que Jules, dado el gran tamaño de la cabeza, podía ser un genio o un idiota. Resultó ser idiota.

Hasta los cinco años no pronunció una palabra. Entonces, una noche, al sentarse a la mesa, dijo: "Muerte".

Sus padres se sintieron confusos, entre la alegría y el disgusto. Finalmente encontraron el punto medio entre ambos sentimientos, y decidieron que Jules no debía saber qué significaba esa palabra.

Pero Jules lo sabía.

A partir de aquella noche, desarrolló un vocabulario tan amplio que cuantos lo conocían quedaban atónitos. No sólo aprendía de inmediato cuantos vocablos escuchaba, los que leía en los carteles, en las revistas y en los libros: además inventaba sus propias palabras. Como "sensanoche" o "matamor". En realidad, eran varias palabras mezcladas y fundidas, y expresaban cosas que Jules sentía, sin que le fuera posible explicarlas con otro vocabulario.

Solía sentarse en el porche mientras los otros niños jugaban a la rayuela o a la pelota. Miraba fijamente la vereda, y creaba sus palabras.

Hasta la edad de doce años, Jules no buscó ningún tipo de problemas. Hubo, por cierto, una vez en que lo encontraron desvistiendo a Olivie Jones en un callejón, y en otra

oportunidad lo descubrieron disecando un gatito en su propia cama. Pero transcurrieron varios años entre uno y otro episodio, y aquellos escándalos cayeron en el olvido. En general, durante toda su infancia no hizo nada peor que resultarles desagradable a quienes lo conocían.

Asistía a la escuela, pero nunca estudiaba. Tardaba dos o tres años en aprobar cada grado. Todos los maestros lo conocían por su nombre de pila. En algunas materias, tales como lectura y redacción, era casi brillante. En otras, en cambio, no tenía remedio.

A los doce años, un sábado, Jules fue al cine a ver "Drácula". Cuando la película terminó, salió convertido en una masa de nervios palpitantes. Volvió a su casa y se encerró en el baño durante dos horas. Por mucho que los padres golpearon la puerta y gritaron sus amenazas, no salió. Finalmente apareció, a la hora de la cena, con un vendaje en el pulgar y una expresión satisfecha.

A la mañana siguiente fue a la biblioteca. Era domingo. Durante todo el día aguardó a que abrieran el lugar, sentado en los escalones. Al fin volvió a su casa. Pero a la mañana siguiente, en vez de ir a clase, volvió a la biblioteca.

Entre los estantes de libros localizó el tomo de "Drácula". No podía retirarlo en préstamo, pues no era socio; para asociarse tenía que presentarse con el padre o la madre. Por lo tanto, se limitó a esconder el libro en el pantalón, y se marchó sin devolverlo.

Fue al parque, y allí se sentó a leer el libro. Ya era de noche cuando terminó. Entonces volvió a empezarlo, mientras volvía a la casa, leyendo a la luz de las lámparas. De todos los reproches que se le hicieron por haberse salteado la comida y la cena, no oyó una palabra. Comió, fue a su cuarto y terminó el libro por segunda vez. Cuando le preguntaron de dónde lo había sacado, respondió que lo había encontrado en la calle.

Pasaron varios días. Jules leyó aquella historia una y otra vez, y no volvió a la escuela. Por las noches, cuando el sueño y el cansancio lo vencían, la madre llevaba el libro a la sala para mostrárselo al esposo. Una noche notaron que Jules había subrayado ciertas frases con ideas temblorosas: "Los labios estaban rojos de sangre fresca, el surco había corrido por su barbilla, manchando la pureza de su mortaja", o "Cuando la sangre comenzó a manar, me tomó las manos con una sola de las suyas, sujetándolas con fuerza; con la otra me impulsó por el cuello, oprimiendo mis labios contra la herida".

Cuando la madre vio aquello, arrojó el libro al depósito de basura. A la mañana siguiente, Jules descubrió la falta del libro, lanzó un grito y retorció el brazo a su madre hasta que ella le dijo dónde lo había escondido. El muchacho corrió al sótano y escarbó entre las montañas de desperdicios hasta encontrar su libro. Con las manos y las muñecas sucias de borra de café y clara de huevo, volvió al parque y leyó nuevamente el volumen.

Durante todo un mes, no hizo sino leerlo ávidamente. Por último, llegó a conocerlo tan bien que lo descartó: le bastaba con pensar en él.

Los boletines de la escuela denunciaban sus constantes ausencias, y la madre le gritó. Por lo tanto, Jules decidió retornar por un tiempo. Quería escribir una composición.

Un día la escribió en clase. Cuando todo el mundo hubo terminado, la maestra preguntó quién quería leer su composición en voz alta, y Jules levantó la mano. Fue toda

una sorpresa para la maestra, pero se dejó llevar por la piedad y por el deseo de alentarlos. Le tomó la pequeña barbilla con una sonrisa, diciendo:

—Muy bien. Atención, niños, Jules nos va a leer su composición.

Jules se puso de pie, excitado. El papel le temblaba en las manos. Leyó.

—“Mi ambición”, por...

—Pasa al frente, querido.

Jules pasó al frente de la clase. La maestra sonreía con afecto. Volvió a empezar.

—“Mi ambición”, por Jules Drácula.

La sonrisa de la maestra se desvaneció.

—“Cuando crezca, quiero ser vampiro”.

Los labios de la maestra se curvaron hacia abajo, y sus ojos se dilataron.

—“Quiero vivir eternamente, y arreglar cuentas con todo el mundo, y convertir en vampiros a todas las muchachas”.

—¡Jules!

—“Quiero tener un aliento hediondo, que huela a tierra muerta, a criptas y a dulces ataúdes”.

La maestra se estremeció. Sin poder creer en lo que oía, crispó una mano sobre el secante verde. Los niños estaban boquiabiertos. Se oían algunas risitas, pero no entre las niñas, por cierto.

—“Quiero que mi cuerpo sea frío, y mi carne esté podrida. Quiero tener sangre robada en las venas”.

—Con eso ba... ¡Ejemmmm! —la maestra se aclaró ruidosamente la garganta—. Con eso basta, Jules —dijo.

Jules siguió hablando, en voz alta y desesperada.

—“Quiero hundir mis dientes blancos, terribles, en el cuello de las víctimas. Quiero que...”

—¡Jules! ¡Vuelve a tu asiento inmediatamente!

—“Quiero que se claven como navajas en la carne y en las venas” —leyó Jules, en tono feroz.

La maestra se levantó de un salto. Los niños temblaban. Ya no había risitas.

—“Y después, cuando los retire, la sangre manará abundante en mi boca, me correrá cálidamente por la garganta y...”

La mujer lo tomó por el brazo. Jules se desasíó y escapó hasta un rincón. Allí, parapetado tras un banquito, gritó:

—“¡Y sacaré la lengua, y deslizaré los labios por la garganta de mis víctimas! ¡Quiero beber sangre de mujer!”

La maestra se lanzó en arremetida, sacándolo a la rastra de su rincón. Jules se defendió a zarpazos, y gritó durante todo el trayecto hasta la oficina del director:

—¡Esa es mi ambición! ¡Esa es mi ambición! ¡Esa es mi ambición!

Fue horrible.

Con Jules encerrado en su cuarto, la maestra y el director celebraron una reunión con los padres, relatando la escena en tonos sepulcrales. En todas las casas de la manzana se discutía el mismo tema. Los padres, al principio, se negaron a creerlo, tomando la historia como invención de los niños. Pero acabaron por pensar que, si los chicos eran capaces de inventar tales cosas, habían estado criando a verdaderos monstruos. Y optaron por creerlo.

Después de aquel episodio, todos observaban a Jules con mirada de gavilán. Evitaban el contacto con él. Los padres apartaban a sus hijos cuando lo veían aproximarse, y por todas partes corrían leyendas sobre él.

Hubo más partes de ausencias escolares. Jules comunicó a su madre que no volvería a la escuela, y nada pudo hacerlo cambiar de idea. Jamás volvió. Cada vez que los funcionarios de inspección escolar visitaban su casa, Jules escapaba por los techos.

Y así pasó un año.

Jules vagaba por las calles en busca de algo, sin saber qué. Lo buscó en los callejones, en las latas de basura y en los terrenos baldíos. Lo buscó por el este, por el oeste y en el medio.

Y no podía encontrarlo.

Pocas veces dormía, y nunca hablaba. Se pasaba los días con la mirada gacha. Olvidó todas las palabras de su invención.

Hasta que al fin...

Un día, en el parque, Jules pasó por el zoológico. Frente a la jaula del murciélago vampiro, una cometa eléctrica pareció atravesarle el cuerpo. Los ojos se le dilataron, y sus dientes descoloridos lucieron en una sonrisa.

A partir de aquel día, Jules volvió diariamente al zoológico, para contemplar al vampiro. Hablaba con él, llamándole "conde". En el fondo de su corazón, lo consideraba en verdad como un hombre que había cambiado de forma.

Le atacó nuevamente la sed de cultura. Robó otro libro de la biblioteca, donde se describía toda la vida salvaje. Encontró la página donde se hablaba del murciélago vampiro, la arrancó, y descartó el resto del libro.

Aprendió de memoria aquel trozo. Aprendió cómo hace el murciélago la incisión, cómo lame la sangre, tal como un gatito lame su crema, cómo camina sobre las puntas de sus alas plegadas y sobre las patas traseras, tal como una araña negra y velluda. Por qué la sangre es su único alimento.

Pasaron los meses. Jules seguía contemplando al murciélago y hablándole. Se convirtió en el único consuelo de su vida, el símbolo de los sueños hechos realidad.

Un día, Jules notó que el tejido de alambre que cubría la jaula se había aflojado en el fondo. Echó una veloz mirada alrededor. Nadie lo miraba. El día estaba nublado, y no había mucha gente en el zoológico.

Jules tironeó del alambre. Se movía un poco.

En ese momento, un hombre salió de la jaula de los monos. Jules retiró la mano y se alejó a grandes pasos.

Desde aquella noche, Jules esperaba a que todos le creyeran dormido, y pasaba descalzo junto al dormitorio de sus padres. Escuchaba los ronquidos del interior, y se calzaba apresuradamente para correr al zoológico.

Si el guardián no estaba cerca, Jules tironeaba del alambre, que iba aflojándose cada vez más. Cuando llegaba el momento de volver a su casa, volvía a colocar el alambre en su sitio, para que nadie pudiera sospechar.

Pasaba el día entero frente a la jaula, contemplando al “conde”; reía entre dientes, prometiéndole que pronto volvería a estar libre.

Contaba al “conde” todo lo que sabía. Le contaba que pensaba practicar hasta poder bajar por las paredes cabeza abajo. Le decía que no se preocupara, que pronto estaría fuera de allí. Y entonces, juntos, podrían recorrer la zona y beber la sangre de las muchachas.

Una noche, Jules quitó el alambre y se arrastró por debajo, hasta entrar a la jaula. Estaba muy oscuro. De rodillas, avanzó hasta la pequeña casilla de madera, y prestó atención, tratando de oír los chillidos del “conde”.

Introdujo la mano por la puerta oscura, susurrando. Un aguijonazo en el dedo le hizo saltar. Con una expresión de inmenso placer, atrajo hacia sí a aquel murciélago velludo y palpitante. Salió con él de la jaula, y huyó a la carrera del zoológico y del parque, por las calles silenciosas.

La mañana avanzaba. La luz iba poniendo un toque gris en los cielos sombríos. Pero Jules no podía volver a su casa. Necesitaba un lugar donde ir.

Bajó por un callejón y trepó por un cerco, sin soltar al murciélago, que lamía la sangre del dedo herido. Cruzó un patio, y entró a un pequeño cobertizo desierto.

El interior estaba oscuro y húmedo, lleno de cascotes, latas vacías, excrementos y cartones mojados. Jules se aseguró de que el murciélago no pudiera escapar. Después cerró la puerta y colocó un palo a modo de traba.

El corazón le latía furiosamente, los miembros le temblaban. Dejó en libertad al murciélago. Éste voló hasta un rincón oscuro, y allí se colgó de unas tablas.

Jules se arrancó febrilmente la camisa; sus labios se estremecieron en una sonrisa demencial. Sacó del bolsillo de sus pantalones una pequeña navaja que había robado a su madre. La abrió, y deslizó un dedo sobre la hoja; el filo le cortó la carne. Con una mano temblorosa, lanzó un golpe contra su propia garganta. La sangre corrió entre los dedos.

—¡Conde! ¡Conde! —gritó, frenético de alegría—. ¡Beba mi sangre roja! ¡Bébame! ¡Bébame!

Avanzó a tropezones entre las latas vacías, resbalando, mientras buscaba a tientas al murciélago. El animal se desprendió de un salto y voló, raudo, a través del cobertizo, para colgarse en el otro extremo.

Por las mejillas de Jules se deslizaron dos lágrimas. Apretó los dientes. La sangre le corría por los hombros, por el pecho angosto y lampiño. El cuerpo entero se le estremecía, como atacado por la fiebre. Tambaleándose, se volvió hacia el otro extremo del cobertizo. Tropezó, y el borde agudo de una lata le abrió un tajo en el costado. Alargó las manos, y aferró el cuerpo del murciélago para ponérselo a la garganta. Se dejó caer de espaldas

sobre la tierra húmeda y fría, y dejó escapar un suspiro. Con las manos apretadas contra el pecho, empezó a gemir, presa de náuseas. El murciélago negro, posado sobre su cuello, lamía silenciosamente la sangre.

Jules sintió que la vida se le escapaba. Pensó en todos los años pasados. La espera, sus padres, la escuela. Drácula. Los sueños. Todo acababa allí, en esa gloria repentina.

Abrió los ojos, y el interior de aquel cobertizo maloliente dio vueltas a su alrededor. La respiración se le hacía difícil. Abrió la boca para aspirar una bocanada de aire, pero le resultó desagradable. Tosió, y su cuerpo desnudo se agitó sobre el suelo frío.

El cerebro se le iba cubriendo de neblinas, una sobre otra, como velos echados sobre él.

De pronto, la mente se le iluminó con una espantosa claridad. Sintió el dolor agudo en el costado. Supo que yacía medio desnudo entre los desperdicios, dejando que un murciélago volador le bebiera la sangre.

Con un grito ahogado, se irguió, arrancándose del cuello aquel bulto peludo y palpitante, y lo arrojó lejos de sí. El animal volvió, abanicándole el rostro con las alas vibrantes.

Jules, con gran esfuerzo, se puso de pie y buscó la salida. Casi no veía. Trató de detener en parte la hemorragia, y logró abrir la puerta. Salió al patio oscuro y se dejó caer de boca sobre la hierba alta.

Trató de pedir ayuda, pero sus labios no pudieron pronunciar sino un balbuceo ridículo.

Oyó el batir de alas. Súbitamente, aquello cesó.

Unas manos fuertes lo levantaron con suavidad. Su mirada agonizante se posó en el hombre alto y moreno, cuyos ojos fulguraban como rubíes.

—Hijo mío —dijo el hombre.

EL INVASOR

Al entrar en la sala, dejó la maleta en el suelo.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Muy bien —respondió ella, con una sonrisa.

Le ayudó a quitarse la chaqueta y el sombrero, y guardó todo en el armario.

—Después de pasar seis meses en Sudamérica, este invierno de Indiana me parece mucho más frío.

—Seguro —asintió la mujer.

Pasaron al living, caminando abrazados. Él preguntó:

—¿Qué has estado haciendo?

—Poca cosa —respondió ella—. Pensando en ti.

La estrechó, sonriendo.

—Eso no es poca cosa.

La sonrisa de su esposa vaciló por un instante, pero regresó; y su mano oprimió con fuerza la de él. De pronto, aunque él no lo notó en el primer momento, se había quedado sin palabras. Aquel reencuentro ofrecía evidente contraste con el que él imaginara tantas veces. Su esposa sonreía y levantaba los ojos hacia él cada vez que le hablaba, pero aquélla era una sonrisa vacilante, y su mirada parecía huirle en los momentos en que más necesitaba su atención.

Ya en la cocina, ella le sirvió la tercera taza de café —caliente y fuerte— y se sentó frente a él.

—Esta noche no voy a dormir —dijo el marido, con una amplia sonrisa—, pero no importa.

La única respuesta fue una sonrisa forzada. Él se quemó la garganta con el café, y notó entonces que su esposa no había probado siquiera la primera taza.

—¿No tomas tu café? —preguntó.

—No..., ya no tomo.

—¿A dieta, o algo así?

—Más o menos —respondió ella.

—Es una tontería. Tienes una silueta perfecta.

Ella pareció a punto de decir algo, pero vaciló. El marido dejó la taza.

—Ann, ¿qué te...?

—¿Qué me pasa? —completó ella.

Bajó los ojos, mordiéndose el labio inferior, y apoyó las manos entrelazadas sobre la mesa. Cerró entonces los ojos, y él tuvo la impresión de que trataba de aislarse, para no enfrentar algo tremendo e irremediable.

—¿Qué pasa, querida?

—Creo que lo mejor será... decírtelo directamente.

—Por supuesto, tesoro —la incitó él, ansioso—. ¿Qué ocurre? ¿Pasó algo durante mi ausencia?

—Sí... y no.

—No comprendo.

De pronto, ella le miró a los ojos. Su expresión atormentada le hizo estremecer.

—Voy a tener un hijo —expresó.

Él estuvo a punto de gritar “¡Es maravilloso!”. Estuvo a punto de brincar, de abrazarla, y de bailar con ella por toda la cocina. Pero de pronto comprendió y se puso pálido.

—¿Cómo? —preguntó.

Ann no respondió, sabiendo que él había oído muy bien.

—¿Desde... cuándo lo sabes? —inquirió él, mirándola a los ojos.

Ella tomó aliento, y el esposo adivinó que la respuesta no sería la debida. No lo fue.

—Desde hace tres semanas.

Aquello le dejó atónito. Durante largo rato la miró sin decir nada, revolviendo el café sin darse cuenta. Por último tomó conciencia de lo que hacía, y retiró la cuchara para posarla en el plato. Trató de decir algo, pero le era imposible: las palabras parecían enredarse en sus cuerdas vocales. Al fin, rígido, con voz débil e inexpresiva, preguntó:

—¿Quién es?

Los ojos negros de Ann seguían clavados en los suyos; tenía el rostro ceniciento y los labios le temblaron al responder.

—Nadie.

—¿Qué?

Ella comentó con cautela:

—David yo... —dejó caer los hombros y repitió—. Nadie, David. Nadie.

La reacción demoró un momento, pero ella se la leyó en el rostro antes de que lo volviera hacia otro lado. Se levantó.

—David —dijo, con voz estremecida—, ¡te juro por Dios que no he tenido nada que ver con otro hombre!

David se dejó caer contra el respaldo de la silla. ¡Oh, Dios, Dios! ¿Qué podía decir? ¿Qué puede uno decir cuando vuelve, tras pasar seis meses en la selva, y la esposa le cuenta que está embarazada y quiere hacerle creer que...?

Apretó los dientes, con la sensación de enfrentar una broma de pésimo gusto. Tragó saliva, fijando la vista en sus manos temblorosas. ¡Ann, Ann! Habría querido levantar la taza y estrellarla contra la pared.

—David, tienes que creerme...

Se levantó para salir de la habitación, a tropezones. Ella lo siguió de prisa, tratando de tomarle la mano.

—David, tienes que creerme. Si no lo haces, me volveré loca. Es lo único que me ha mantenido hasta ahora: la esperanza de que me creerías. Si no es así...

Dejó la frase inconclusa, y ambos se miraron duramente. Las manos de Ann sujetaban las suyas. Estaban muy frías.

—Ann, ¿qué pretendes hacerme creer? ¿Qué has concebido a mi hijo cinco meses después de mi partida?

—David, si fuera culpable, ¿te hablaría con tanta sinceridad? Sabes cuánto me importas, y cuánto me importa nuestra vida como pareja... —bajó la voz, agregando—: Si hubiese hecho lo que tú piensas, no te lo diría. Preferiría matarme.

Él no podía dejar de mirarla, indefenso, como si en su tenso rostro pudiera hallar la respuesta. Al fin dijo:

—Iremos a ver al doctor Kelinman, y...

—No me crees, ¿verdad? —exclamó ella, dejando caer la mano.

—¿Sabes lo que me pides? —repuso él, en tono desesperado—. Lo sabes, ¿no es así? Soy científico. No puedo aceptar, sin cierta resistencia, lo increíble. ¿No te das cuenta de que quiero creerte? Pero...

Ann permaneció inmóvil ante él durante largo rato. Por último se alejó un poco y dijo, tratando de imprimir a su voz cierta serenidad:

—Está bien. Como te parezca mejor —y salió del cuarto.

Cuando estuvo solo, David se volvió hacia la repisa con pasos lentos, para mirar el pequeño cupido allí sentado, con las piernas colgando sobre el borde. El vestido decía *Coney Island*. Lo habían ganado durante el viaje de bodas, ocho años antes.

Cerró los ojos.

Volver a casa. La frase, en ese momento, había perdido todo su sentido.

—Ahora que terminamos con las bienvenidas —dijo el doctor Kleinman—, ¿qué te trae por aquí? ¿Te atacó algún microbio en la selva?

David Collier se dejó caer en una silla. Por algunos segundos guardó silencio, con la vista perdida en la ventana. Finalmente contó a Kleinman la novedad, en pocas palabras.

Cuando hubo terminado, ambos se miraron sin hablar.

—No es posible, ¿verdad? —dijo Collier.

Kleinman apretó los labios; una sonrisa torcida se dibujó brevemente en su cara.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué no, que es imposible? ¿Que no, por lo que demuestran los experimentos realizados hasta ahora? No lo sé, David. Suponemos que el

esperma sobrevive sólo entre tres y cinco días en el canal cervical; a veces dura un poco más. Pero aún así...

—¿No puede fecundar? —concluyó Collier.

Kleinman no respondió. No hacía falta. Collier sabía la respuesta, en palabras simples que sumían su vida en las tinieblas.

—En ese caso, no hay esperanzas —dijo, sereno.

Kleinman volvió a apretar los labios y deslizó un dedo, pensativo, por el borde de su cortapapeles.

—A menos —dijo— que se trate de hablar con Ann, para hacerle comprender que no la abandonarás. Quizás es el temor lo que la hace decir eso.

—Que no la abandonaré —repitió Collier, en un susurro inaudible, meneando la cabeza.

—Ten en cuenta que no sugiero nada —prosiguió Kleinman—. Pero me parece posible que Ann esté demasiado asustada, histérica, y no quiera decirte la verdad.

Collier se levantó, privado ya de toda vitalidad.

—Está bien —dijo, indeciso—. Volveré a hablar con ella. Tal vez podamos... aclararlo.

Pero cuando contó a Ann lo que Kleinman dijera, ella no hizo más que mirarlo sin expresión alguna.

—Y eso es todo —dijo—. Ya lo decidiste.

Él tragó saliva.

—Creo que no sabes lo que me estás pidiendo —murmuró.

—Sí, lo sé —replicó ella—. Te pido que creas en mí.

David empezó a hablar, presa de una cólera creciente, pero logró dominarse.

—Ann —pidió—, por favor, *cuéntame*. Haré lo que pueda por comprender.

También ella estaba perdiendo la paciencia. Apretó las manos, para abandonarlas después sobre el regazo, temblorosas.

—Lamento arruinar una escena tan noble —dijo—. Pero no estoy embarazada de otro hombre. ¿Me comprendes? ¿Me crees?

No parecía histérica, ni asustada, ni dispuesta a defenderse a cualquier costa. Él se sintió aturdido y confuso. Nunca le había mentado hasta entonces, pero... ¿qué podía uno pensar?

Ann volvió a su lectura. David permaneció de pie, contemplándola. Estos son los hechos, insistía su conciencia. Volvió la espalda a su mujer. ¿La conocía en realidad? ¿Era posible que se hubiese convertido en una perfecta desconocida?

Seis meses. ¿Qué había ocurrido durante aquellos seis meses?

Mientras preparaba su cama en el diván del living, con un juego de sábanas y la vieja colcha que usaran en los primeros tiempos de casados, contempló el suave espesor cubierto de alegres estampados, descoloridos ya por los múltiples lavados. Una sonrisa triste le distendió los labios.

Volver a casa.

Se desprendió con un suspiro fatigado, y fue hasta el tocadiscos, que dejaba oír un suave rasgido. Alzó el brazo y puso otro disco: *El Lago de los Cisnes*, de Tchaikowsky. Al comenzar la música, echó una mirada a la cubierta interior del álbum:

A mi queridísimo, Ann.

No habían cambiado una palabra durante toda la tarde. Al terminar la cena, ella había subido al dormitorio con un libro, mientras él se sentaba en el living, tratando de leer el *Tribune* de Fort, pero principalmente buscando relajarse. Era imposible. ¿Quién podía relajarse mientras compartía la casa con su esposa embarazada de un hijo ajeno? Al fin, el periódico se le escapó de entre los dedos cansados y cayó al suelo.

Ahora miraba interminablemente la alfombra, tratando de pensar.

¿Era posible que los médicos se equivocaran? Tal vez las células vivientes se conservaban vivas y fértiles durante meses, y no sólo durante pocos días. Tal vez resultara más fácil creer eso, y no que Ann fuera capaz de cometer adulterio. La relación entre ambos había sido siempre maravillosa, tan cercana al matrimonio perfecto como cabía esperar. Y ahora... *esto*.

Se pasó por los cabellos una mano temblorosa. Aspiró profundamente, pero no logró aliviar la opresión que sentía en el pecho. Uno vuelve a casa después de pasar seis meses en...

¡Quítate eso de la mente!, se ordenó. En seguida se obligó a recoger el periódico para leer cada una de las palabras impresas en él, incluyendo las tiras cómicas y la columna de astrología. "Hoy recibirá una gran sorpresa", anunciaba el vidente profesional.

Arrojó el periódico al suelo y echó una mirada al reloj de la repisa. Eran más de las diez. Llevaba una hora allí sentado, mientras Ann leía en la cama.

¿Con qué libro habría reemplazado la comprensión y el afecto que necesitaba?

Se levantó, fatigado. El tocadiscos volvía a rasguear.

Después de cepillarse los dientes, volvió al vestíbulo y empezó a subir las escaleras. Se detuvo ante la puerta del dormitorio, vacilante, y echó una mirada al interior. La luz estaba apagada, pero el ritmo de la respiración de Ann le reveló que no dormía.

Estuvo a punto de entrar, invadido por la súbita necesidad de estar con ella. Pero recordó que iba a tener un hijo, y que ese hijo no podía ser suyo. La idea lo hizo detenerse. Se volvió, con los labios apretados, y bajó las escaleras. Dio un manotazo a la llave de la luz, para dejar el living a oscuras.

Encontró a tientas el diván, y se dejó caer en él. Por un rato permaneció allí sentado, fumando un cigarrillo. Al fin apagó la colilla en un cenicero, y se recostó. El cuarto estaba frío. Estremecido, se cubrió con las sábanas y la colcha.

Volver a casa. La frase volvió a apretarse sobre él.

Al levantar los ojos hacia el oscuro cielorraso, comprendió que había dormido un ratito. Las manecillas luminosas de su reloj pulsera indicaban las tres y veinte. Con un

gruñido, se volvió sobre un costado. Después se incorporó y sacudió la almohada para esponjarla.

No podía dejar de pensar en ella. Seis meses de ausencia, y en la primera noche de su regreso dormía en el diván del living, mientras ella lo hacía en el dormitorio del piso alto. ¿Estaría asustada? Ann conservaba de su niñez cierto temor por la oscuridad; solía apretarse contra él y apoyar la mejilla contra su hombro, para dormirse con un suspiro de felicidad.

Se torturó con ese pensamiento, una y otra vez. Por sobre todas las cosas, deseaba correr al piso alto y acostarse a su lado, sentir su cuerpo cálido junto al suyo. ¿Por qué no lo haces?, preguntó su mente soñolienta. Porque está gestando un hijo ajeno, fue la obediente respuesta. *Porque ha pecado.*

Pecado. La palabra le hizo desviar la cabeza en un gesto de impaciencia. Sonaba ridícula. Volvió a echarse de espaldas y alargó la mano en busca de un cigarrillo. Lo fumó sin prisa, contemplando el movimiento de la brasa en la oscuridad.

No servía de nada. Se incorporó rápidamente y manoteó el cenicero. Tenía que aclarar las tosas con ella: eso era todo. Si lograba hacerla razonar, tal vez le dijera lo que había pasado. Entonces tendrían un punto de partida. Así sería mejor.

Estás racionalizando, acusó su mente. Pero él la ignoró, mientras trepaba los helados escalones, sólo para quedarse vacilando en la puerta del dormitorio.

Entró lentamente, tratando de recordar la situación de los muebles. Encontró sobre el pequeño escritorio la perilla de la luz y la oprimió. Un escaso resplandor rasgó la oscuridad.

Se estremeció de frío, aunque tenía puesta la bata gruesa. La habitación estaba helada, con las ventanas de par en par. Sin embargo, al volverse, vio que Ann sólo estaba cubierta por un ligero camión. Se apresuró a cubrirla con las frazadas, tratando de no mirar su cuerpo. Ahora no, pensó; en un momento como éste, todo quedaría distorsionado.

Permaneció de pie junto a la cama, contemplándola en el sueño. El pelo oscuro esparcido sobre la almohada, la piel blanca, los labios suaves y rojos. Es tan hermosa. Estuvo a punto de decirlo en voz alta.

Apartó la mirada. Bien, la palabra sería ridícula, pero no por eso dejaba de ser la apropiada. ¿De qué otro modo llamar a la traición de la fidelidad conyugal? ¿Hay término mejor que el de “pecado”? Con los labios apretados, recordó que ella siempre había deseado intensamente tener un bebé. Ahora lo tendría.

Reparó entonces en el libro que había estado leyendo, y lo recogió. *Física elemental.* ¿Para qué diablos leía aquello? Nunca había demostrado el menor interés por la ciencia, exceptuando, tal vez, un poco de sociología y algunos temas antropológicos. David posó sobre ella una mirada curiosa.

Habría querido despertarla, pero no podía. Sabía de antemano que, en cuanto ella abriera los ojos, volvería a sentirse aturdido. Lo he estado pensando, apuntó su conciencia; quiero que discutamos esto con sensatez... Pero sonaba como sacado de un radioteatro.

Ese era, precisamente, el punto crucial: no se sentía capaz de discutir el asunto con ella, con sensatez o no. Le resultaba imposible abandonarla, y tampoco lograba apartar la idea de su mente, como había pensado hacerlo. Aquella vacilación le provocó cierto enojo. Bueno, se defendió, irritado; ¿quién puede adaptarse a semejantes circunstancias? Uno vuelve a casa después de pasar seis meses en...

Se apartó de la cama, para dejarse caer en la silla junto al escritorio. Allí permaneció, algo estremecido, contemplando el rostro de Ann. Un rostro tan infantil, tan inocente...

Mientras la contemplaba, ella se agitó en sueños, moviéndose incómoda bajo las frazadas. Entreabrió los labios en un gemido. De pronto, levantó el brazo derecho, arrojando a un lado los cobertores, de modo tal que resbalaron por sobre el borde de la cama. Acabó de apartarlos con los pies. Por último, un profundo suspiro le estremeció el cuerpo; se volvió sobre un costado y siguió durmiendo, a pesar de los escalofríos que empezaron a agitarla casi de inmediato.

David volvió a levantarse, sorprendido por aquel modo de actuar. El maldormir no era habitual en ella. ¿Era un nuevo hábito, adquirido durante su ausencia? Es la conciencia sucia, apuntó su mente. Aquella irritante idea lo hizo retorcerse. Se acercó nuevamente a la cama y le echó bruscamente las frazadas sobre el cuerpo.

Al erguirse, vio que Ann lo estaba mirando. Él esbozó una sonrisa, pero la borró de inmediato.

—Si no dejas de apartar las frazadas, acabarás con una neumonía —dijo, malhumorado.

—¿Qué? —inquirió ella, parpadeando.

—Dije que...

Se interrumpió. El enojo se iba acumulando en él con demasiada fuerza. Logró dominarlo y explicó, en voz inexpresiva:

—Apartas las frazadas a cada rato.

—¡Oh! Hace ya una semana que vengo haciendo eso.

Él la miró sin responder: ¿Y ahora qué?, pensaba.

—¿Me traerías un vaso de agua? —pidió Ann.

David asintió, agradecido; eso le proporcionaba una excusa para apartar la mirada. Fue al baño, hizo correr el agua hasta que salió fría y llenó un vaso.

—Gracias —dijo suavemente ella al tomarlo.

—De nada.

Lo bebió de un solo trago, y levantó los ojos con expresión culpable.

—¿No te molestaría... traerme otro?

Él la miró por un momento. Después tomó el vaso y fue a llenarlo otra vez. Ann lo vació con la misma prontitud.

—¿Qué has comido? —preguntó David, molesto por iniciar el diálogo con un tema tan poco importante.

—Sal..., creo.

—Debes haber comido muchísima.

—Sí, David.

—Eso no te hace bien.

—Lo sé.

Le dirigió una mirada implorante y él adivinó.

—¿Qué quieres? ¿Otro vaso?

Ann bajó los ojos, y él se encogió de hombros. No le *parecía* bueno que tomara tanta agua, pero tampoco quería discutir. Volvió al baño y trajo el tercer vaso. Al volver, la halló con los ojos cerrados.

—Aquí tienes el agua —dijo.

Pero estaba dormida. David dejó el vaso.

En tanto la contemplaba, sintió un deseo casi incontrolable de acostarse a su lado, abrazarla, besar sus labios y su rostro. Recordó las noches pasadas en aquella carpa hirviente, sin poder conciliar el sueño, pensando en Ann. La agonía de saberla tan lejos. En ese momento, la sensación era la misma. Y sin embargo, aunque estaba junto a ella, no podía tocarla.

Se volvió bruscamente, apagó la lámpara y abandonó el cuarto. Regresó al living, se dejó caer en el diván y desafió a su cerebro a mantenerse despierto. Éste cayó en la trampa y le permitió hundirse en un sopor incómodo.

A la mañana siguiente, Ann entró a la cocina tosiendo y estornudando.

—¿Qué, volviste a apartar las frazadas? —preguntó él.

—¿Cómo “volviste”?

—¿No recuerdas que subí?

Ella lo miró sin comprender, diciendo:

—No.

. Se miraron por un momento aún. Después, él se dirigió al armario y sacó dos tazas.

—¿Tomas café? —preguntó.

Ella vaciló un momento antes de asentir.

David puso las tazas sobre la mesa y se sentó a esperar. Cuando la cafetera comenzó a borbotear, Ann la tomó con una agarradera. Mientras servía el líquido negro y humeante en la taza de David, éste observó que la mano le temblaba, y se echó hacia atrás para evitar las salpicaduras.

Cuando la tuvo sentada frente a él preguntó, gruñón:

—¿Para qué estás leyendo *Física Elemental*?

Otra vez recibió la misma mirada inexpresiva.

—No lo sé. Me... me interesó por algo.

Él puso azúcar en el café y lo revolvió, mientras Ann agregaba crema al suyo. Tomó aliento y observó:

—Me parece que... Tendrías que tomar leche desnatada, o algo así.

—Tenía ganas de tomar café.

—Comprendo.

Y quedó en silencio, con la vista clavada en la mesa, bebiendo el hirviente café a pequeños sorbos. Trató de hundirse en una nube espesa e informe, de olvidar que ella estaba allí. Lo consiguió, hasta cierto punto. La cocina desapareció; toda imagen, todo sonido, se desvanecieron.

De pronto ella bajó la taza con ruido, sobresaltándolo.

—Si no piensas hablarme —dijo, furiosa—, será mejor que terminemos ahora mismo. ¿O piensas que voy a rondar por aquí hasta que decidas dirigirme la palabra?

—¿Y qué pretendes? —contraatacó él—. ¿Cómo te sentirías si descubrieras que he engendrado un hijo en otra mujer?

Ella cerró los ojos, sus facciones tensas revelaron cuan difícil le era conservar la paciencia.

—Escucha, David —dijo—, te lo repito por última vez: no he cometido adulterio. Sé que eso te echa a perder la pose de esposo ofendido, pero no puedo evitarlo. Puedes hacérmelo jurar sobre cien Biblias, y te diré lo mismo. Puedes inyectarme drogas, y te diré lo mismo, puedes someterme al detector de mentiras, y no cambiaré la historia. David, estoy...

No pudo terminar: un ataque de tos le sacudió el cuerpo entero. Con el rostro lívido y las mejillas cubiertas de lágrimas, se tomó de la mesa con los dedos blancos y crispados, luchando por respirar.

Por un momento, él lo olvidó todo al verla sufrir. Corrió al fregadero en busca de agua, y le palmeó suavemente la espalda mientras bebía. Ella se lo agradeció con voz quebrada. David volvió a palmearle la espalda, casi con ansias.

—Será mejor que hoy te quedes en cama —le aconsejó—. Has pescado un serio resfrío. Y sujeta las frazadas con alfileres, para no...

—David, ¿qué vas a hacer? —inquirió Ann, desolada.

—¿Qué voy a hacer?

Ella no intentó explicarse.

—No estoy seguro, Ann. Quiero creerte, de todo corazón, pero...

—Pero no puedes. Bueno, no hay más que decir.

—¡Oh, deja de sacar conclusiones apresuradas! ¿No puedes darme un poco de tiempo para asimilarlo? Por el amor de Dios, hace apenas un día que he vuelto a casa...

Sólo por un instante, algo de la antigua calidez de Ann se reflejó en sus ojos. Tal vez comprendía, a pesar de su enojo, que él deseaba quedarse a su lado. Pero levantó la taza, diciendo:

—Asimílalo, entonces. Yo sé cuál es la verdad. Si no me crees, puedes asimilarlo a tu gusto.

—Gracias —replicó David.

Cuando salió de la casa, ella estaba en cama, bien arropada, tosiendo; leía ávidamente *Introducción a la Química*.

—¡David!

El rostro concentrado del profesor Mead se quebró en una sonrisa. Dejó las pinzas con las que movía las placas bajo el microscopio, y alargó la mano derecha. Johnny Mead, en otros tiempos extremo del equipo All American, tenía veintisiete años, era alto y ancho de espaldas, y llevaba el pelo cortado siempre al estilo deportivo, muy corto.

—¿Cómo te ha ido, compañero? —preguntó, estrechando la mano de Collier—. ¿Ya te cansaste de las sabandijas del Matto Grosso?

—Por completo —respondió Collier, sonriendo.

—Tienes buen aspecto, Dave. Bronceado, buen mozo... Debes ser todo un espectáculo en esta facultad llena de paliduchos.

Cruzaron el amplio laboratorio en dirección al despacho de Mead, entre estudiantes inclinados sobre sus microscopios y atareados con los instrumentos de prueba. Por un momento, Collier se sintió realmente de regreso; pero de inmediato perdió aquella sensación por la ironía de experimentarla allí, y no en su casa.

Mead cerró la puerta y le señaló una silla.

—Bueno, cuéntame, David —dijo—. Cuéntame tus arriesgadas aventuras por los trópicos.

Collier se aclaró la garganta.

—Si no te molesta, Johnny —dijo—, quiero hablarte de otra cosa.

—Adelante, muchacho.

—Quiero que lo entiendas —señaló él, vacilante—. Te cuento esto en forma estrictamente confidencial, porque te considero mi mejor amigo.

Mead se inclinó hacia delante; su expresión de exhuberancia juvenil se había desvanecido al notar la preocupación de su amigo.

Collier lo puso al tanto. Cuando hubo terminado, Johnny dijo:

—No, David...

—Escucha, Johnny —prosiguió Collier—: sé que parece cosa de locos. Pero ella insiste tanto en su inocencia que... Bueno, francamente, no sé qué hacer. O bien ha sufrido un colapso emocional lo bastante violento como para borrarle el recuerdo de... de...

Las manos se le agitaron indefensas sobre el regazo.

—¿O bien? —preguntó Johnny.

Collier aspiró profundamente.

—O bien está diciendo la verdad —dijo.

—Pero...

—Lo sé, lo sé. Lo consulté con nuestro médico. Tú lo conoces, Kleinman.

Johnny asintió.

—Bueno, lo consulte con él, y me dijo lo mismo que tú necesitas decir. Que ninguna mujer puede quedar embarazada cinco meses después del acto sexual. Ya lo sé, pero...

—¿Pero qué?

—¿No hay algún otro modo?

Johnny lo miró, sin responder. Collier dejó caer la cabeza y cerró los ojos. En seguida soltó una exclamación de amarga burla.

—No hay otro modo —repitió—. Qué pregunta estúpida...

—Pero ella insiste en que no.

Collier asintió, fatigado:

—Sí, así es.

—No sé —murmuró Johnny, deslizándose la punta de un dedo por el labio inferior—. Tal vez esté histérica. Tal vez David, puede ser que no esté embarazada.

—¿Cómo?

Collier levantó bruscamente la cabeza para mirar ansiosamente a su amigo.

—No te precipites —le advirtió Johnny—. No quiero cargar con esa responsabilidad. Pero... Bueno, ¿acaso no quería tener un hijo? Creo que lo deseaba mucho. Tal vez sea una teoría disparatada, pero me parece posible que la tensión emocional de verse separada de ti durante seis meses le haya provocado un falso embarazo.

Una loca esperanza empezó a surgir en Collier; aun sabiéndola irracional, se aferró a ella con toda su desesperación.

—Creo que deberías hablar otra vez con ella. Trata de conseguir más datos. Hasta podrías hacer lo que dice, y probar con hipnosis, sueros de la verdad, cualquier cosa. Pero no te des por vencido, muchacho. Conozco bien a Ann, y le tengo confianza.

Regresó a la casa casi corriendo. Había encontrado la fe que necesitaba, pero ¡qué poco crédito le correspondía por ello! De cualquier modo, gracias a Dios, la tenía, y eso le llenaba de esperanza. Habría querido gritar "Tiene que ser verdad, tiene que ser verdad"...

De pronto, al verse frente a la casa, se detuvo tan súbitamente que estuvo a punto de caer hacia adelante, y sofocó un grito.

Ann estaba de pie en el porche, en camisón. El gélido viento invernal agitaba la ligera tela de seda, revelando las plenas formas de su silueta. Pisaba descalza las tablas cubiertas por la helada, con una mano sobre la barandilla.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Collier con voz estrangulada, y corrió por el sendero para aferrarla.

Cuando la tomó entre sus brazos la sintió fría como el hielo; su piel tenía un tono azulado. La expresión de sus ojos, dilatados y fríos, le provocó un arranque de pánico enormemente grande.

Casi a la rastra, la llevó al living y la sentó en la mecedora, ante el hogar. A Ann le castañeteaban los dientes, y respiraba por los labios entreabiertos en forma entrecortada y sibilante. David corrió frenéticamente en busca de frazadas, enchufó la bolsa térmica y se la puso bajo los pies helados, partió leña para el hogar y preparó café caliente.

Al fin, cuando hubo hecho todo lo posible, se arrodillo junto a ella y le sostuvo las heladas manos. Una angustia total le oprimió las entrañas al percibir los espasmos que le recorrían el cuerpo, reflejándose en su respiración.

—Ann... Ann, ¿qué te pasa? —preguntó, casi sollozando—. ¿Has enloquecido?

Ella trató de responder, pero no pudo. Se acurrucó bajo las frazadas, mirándolo con ojos suplicantes.

—No hables si no quieres —dijo David—. Está bien, querida...

—Tenía... te... tenía que salir —dijo Ann.

Y eso fue todo. Él no apartó la vista de su rostro. Y, a pesar de sus estremecimientos, a pesar de los penosos accesos de tos, ella pareció adivinar que David le tenía fe, pues le sonrió, y en sus ojos apareció un reflejo de felicidad.

A la hora de la cena tenía una fiebre devoradora. La puso en la cama, en ayuno absoluto, aunque le dio toda el agua que quisiera. Su temperatura subía y bajaba en el curso de pocos segundos; la piel ruborizada y ardiente se tornaba fría y húmeda.

Cerca de las seis, Collier llamó a Kleinman. El médico llegó quince minutos después, y subió directamente al dormitorio para revisar a Ann. Con una expresión muy grave, llevó a Collier al vestíbulo.

—Hay que internarla —dijo, en voz baja.

Mientras él bajaba a telefonar para que enviaran una ambulancia, Collier volvió al dormitorio. Se quedó junto a la cama, sosteniéndole la mano flácida. El hospital, pensaba, contemplando sus ojos cerrados y su piel afiebrada. Oh, mi Dios, el hospital...

Y entonces ocurrió algo muy extraño.

Kleinman apareció en la puerta del cuarto y volvió a llamar a Collier. Mientras hablaban en el vestíbulo, sonó el timbre de la entrada. Collier bajó a abrir; dos enfermeros y un médico de guardia lo siguieron al piso alto, llevando una camilla.

Cuando entraron al dormitorio, Kleinman estaba junto a la cama, mirando fijamente a Ann, mudo de asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Collier, corriendo hacia él.

Kleinman alzó lentamente la cabeza.

—Está curada —dijo, apabullado.

—¿Qué?

El médico de guardia corrió hacia la cama.

—La fiebre ha cesado —explicó Kleinman—. Todo es normal: la temperatura, la respiración, el pulso... Ha superado completamente su neumonía en... —miró su reloj de bolsillo y concluyó—: en *diecisiete minutos*.

Collier estaba sentado en la sala de espera de Kleinman, con una revista abandonada sobre las rodillas. En el consultorio, Kleinman sometía a Ann a un examen de rayos X.

Ya no quedaban dudas: Ann estaba embarazada. En la sexta semana, las radiografías habían revelado claramente la forma del feto. Una vez más, la duda empañaba las

relaciones del matrimonio. Aunque David estaba aún preocupado por su salud, volvía a sentirse incapaz de hablar con ella, de expresarle su confianza. No le había manifestado sus nuevas dudas, pero Ann las sentía. Mientras estaban juntos en la casa, ella trataba de evitarlo: dormía mucho, y pasaba el resto del día leyendo omnívoramente, cosa que David no podía comprender. Había leído ya todos sus libros de física y los textos de antropología, sociología, filosofía, semántica e historia, para pasar finalmente a los de geografía. Nada de aquello parecía tener sentido.

Durante ese período consumió sal en exceso; la forma de su cuerpo cambió gradualmente, el pequeño bulto se convirtió en una pera, en un globo, y por último en un ovoide. El doctor Kleinman no cesaba de reprocharla por su capricho, y Collier trataba de impedirle que comiera tanta sal, pero era inútil. Parecía en ella una necesidad imperiosa.

Como consecuencia, bebía demasiada agua. Por entonces, el feto hiperdesarrollado comenzaba a presionarle el diafragma, ocasionándole dificultades respiratorias. Precisamente el día anterior, Collier había tenido que llevarla de urgencia al consultorio, con la cara azulada por la asfixia. Kleinman la alivió de algún modo, le hizo una radiografía e indicó a Collier que volviera a llevarla al día siguiente.

La puerta se abrió, y Kleinman salió del consultorio con Ann.

—Siéntate aquí, querida —le indicó—. Quiero hablar con David.

Ann pasó junto al esposo sin mirarlo y se sentó en un diván de cuero. El notó, al levantarse, que tomaba una revista *Scientific American*. Suspiró, meneando la cabeza, mientras se dirigía al despacho del médico.

Recordó por centésima vez cierta noche en que ella, llorando, le había dicho que sólo se quedaba con él por no tener dónde ir, porque no tenía dinero propio ni familiares que la ayudaran; que, de no ser por su absoluta inocencia, preferiría matarse antes que soportar la forma en que él la trataba. Y él, mientras tanto, seguía tenso y silencioso, incapaz de discutir, de consolarla, ni siquiera de replicar..., hasta que no pudo soportarlo más y se marchó del dormitorio.

—¿Qué me dices? —preguntó al médico.

—Te digo que mires esto —respondió Kleinman, ceñudo.

También la conducta de Kleinman había cambiado en los últimos meses, pasando de la confianza a una especie de confusa ira. Collier observó las dos placas radiográficas, y reparó en las fechas anotadas al pie. Una era la del día anterior, y la otra acababa de ser tomada.

—No sé —empezó Collier, vacilante.

—Mira el tamaño de la criatura —le indicó Kleinman.

Collier comparó las placas con mas atención. Al principio no vio nada extraño. De pronto, sus ojos se dilataron.

—¿Es posible? —susurró, sintiendo que la irrealidad lo oprimía.

—Aquí está —fue la breve respuesta de Kleinman.

—Pero ¿cómo pudo suceder?

Kleinman meneó la cabeza, y Collier le vio cerrar el puño izquierdo, como si aquel nuevo enigma le enfureciera.

—Nunca he visto nada parecido —confesó el médico—. Estructura ósea completa en la séptima semana, rasgos faciales en la octava, órganos completos y en funcionamiento hacia el final del segundo mes. La insana afición por la sal que muestra la madre. Y ahora... *esto*.

Levantó las placas y las contempló, con un aire casi belicoso.

—¿Cómo puede ser que la criatura disminuya su tamaño? —exclamó.

Collier sintió un súbito ataque de temor ante el tono perplejo con que el médico pronunciara esas palabras.

—Y está claro —agregó Kleinman, meneando la cabeza con expresión irritada—. La criatura creció desmesuradamente debido a la cantidad de agua que bebía la madre, hasta alcanzar tales proporciones que comenzó a oprimir peligrosamente el diafragma. Y ahora, en un solo día, la presión ha desaparecido, y el tamaño del bebé es considerablemente menor.

Apretó violentamente los puños, concluyendo:

—Es casi como si el niño supiera lo que ocurre...

—¡Basta de sal! —gritó Collier con voz aguda.

Arrancó el salero de las manos de Ann y lo guardó bruscamente en el armario. Le quitó también el vaso de agua, y volcó la mayor parte en el fregadero. Después volvió a sentarse.

Ella cerró los ojos, temblando, y las lágrimas comenzaron a bajar lentamente por sus mejillas, mientras se mordía el labio inferior. De pronto, abrió los ojos, con expresión asustada. Contuvo un sollozo y se enjugó rápidamente las lágrimas.

—Perdón —murmuró, ya serena.

Por algún motivo, Collier tuvo la impresión de que no se dirigía a él. La vio beber de un trago lo que quedaba en el vaso, y se lo reprochó:

—Estás tomando mucha agua; ya sabes lo que te dijo el doctor Kleinman.

—Yo... No puedo evitarlo, por más que trato. Tengo mucha necesidad de sal, y eso me da una sed espantosa.

—Tienes que dejar de beber tanta agua —insistió él, fríamente—, o pondrás al niño en peligro.

El cuerpo de Ann se retorció de pronto. Ella retiró la mano de la mesa para apoyarla contra el vientre hinchado, sorprendido el rostro. Sus ojos imploraban ayuda.

—¿Qué pasa? —preguntó David, ansioso.

—No lo sé —respondió ella—. El bebé pateó...

Él se recostó en el asiento, aflojando los músculos.

—Es de esperarse —observó.

Por un rato permanecieron en silencio, mientras Ann jugaba con la comida. En cierto momento alargó la mano automáticamente en dirección al salero, y levantó la vista con leve alarma al no encontrarlo.

—David —dijo al cabo.

El tragó su bocado, replicando:

—¿Qué?

—¿Por qué no me has abandonado?

Collier no pudo responder.

—¿Es porque me crees?

—No lo sé, Ann. No lo sé.

En los ojos de Ann había aparecido una leve esperanza, que se desvaneció con esa respuesta. Bajó la cabeza, balbuceando:

—Creí que... puesto que te quedaste...

Y volvió a llorar. En esa oportunidad no se preocupó siquiera por secar las lágrimas que le surcaban las mejillas y los labios.

—¡Oh, Ann! —exclamó Collier, entre la irritación y la pena, mientras se levantaba para acercarse a ella.

En ese momento el cuerpo de su mujer volvió a agitarse, esa vez con más violencia; la vio palidecer bruscamente. Una vez más, contuvo los sollozos y se frotó las mejillas con ademán de enojo.

—No puedo evitarlo —dijo en voz alta.

No se dirigía a él, y a Collier no le quedaron dudas de ello.

—¿De qué hablas? —preguntó, nervioso.

Ella parecía tan desamparada, tan temerosa, que Collier habría querido estrecharla contra sí, ofrecerle consuelo. Habría querido...

Ann se reclinó en la silla para apoyar la mejilla contra su pecho, mientras él le acariciaba el suave pelo castaño, murmurando:

—Pobre chiquita, mi pobre chiquita...

—¡Oh, David, David, si al menos me creyeras! Haría cualquier cosa porque me creyeras, cualquier cosa... No puedo soportar que te muestres tan frío para conmigo, cuando no he hecho nada malo.

Él guardó silencio, escuchando la voz de su mente. Hay una posibilidad, le decía; hay una posibilidad.

Ella pareció adivinar lo que pensaba. Levantó los ojos hacia los suyos, con absoluta confianza.

—Cualquier cosa, David. Cualquier cosa.

—¿Me oyes, Ann? —preguntó.

—Sí.

Estaban en el despacho del profesor Mead. Ann, acostada en el diván, tenía los ojos cerrados. Mead tomó la aguja de entre los dedos de Collier y la dejó sobre el escritorio, se sentó en una esquina de la mesa y observó la escena, ceñudo.

—¿Quién soy, Ann?

—David.

—¿Cómo te sientes?

—Pesada. Me siento pesada.

—¿Por qué?

—La criatura pesa tanto...

Collier se humedeció los labios. Comprendieron que estaba demorando la pregunta fundamental, sin saber por qué. Sin embargo, quería saberlo. ¿Acaso tenía miedo de la verdad? ¿Y si ella, a pesar de toda su insistencia, le daba una respuesta dolorosa?

Apretó las manos entrelazadas, su garganta parecía convertida en una columna de roca.

—No tardes mucho, David —le advirtió Johnny.

Collier tomo aliento y comenzó, tragando saliva con dificultad:

—El niño, ¿es hijo mío? ¿Es hijo mío, Ann?

Ella vaciló, arrugando el ceño. Parpadeó por un momento y volvió a cerrar los ojos. Su cuerpo entero se contrajo, como si estuviese luchando contra la pregunta, y palideció intensamente.

—No —respondió, entre dientes.

Él se puso rígido, como si cada uno de sus músculos y cada uno de sus tendones se convirtiera en una masa dura contra la piel.

—¿De quién es? —preguntó, sin reparar en el tono agudo y poco natural de su voz.

Ante esa pregunta, el cuerpo de Ann se estremeció violentamente. Su garganta emitió una especie de chasquido. En seguida, la cabeza rodó flaccida sobre la almohada, y los puños apretados se abrieron lentamente.

Mead se adelantó de un salto para tomarle el pulso, tenso el rostro. Pareció tranquilizarse. Le alzó un párpado y observó el globo ocular.

—Está inconsciente —dijo—. Te advertí que no era conveniente aplicar suero a esta altura del embarazo. Debiste hacerlo varios meses atrás. A Kleinman no le gustará nada esto...

Collier no escuchaba una palabra; su cara era una máscara de desolación.

—¿Está bien? —preguntó, pronunciando cada palabra con dificultad.

Algo se le agitaba dentro del pecho, y sólo muy tarde comprendió qué era. Se pasó las manos temblorosas por las mejillas, y contempló incrédulo los dedos mojados. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Trató de contener los sollozos, pero no pudo.

Johnny le pasó un brazo por los hombros, diciendo:

—No te preocupes, muchacho.

Él cerró fuertemente los ojos; habría querido perder el cuerpo todo en la oscuridad flotante que veía ante sí. Le era imposible tragar aquella piedra que tenía en la garganta, o aquietar el pecho, agitando por la respiración. Mi vida está acabada, pensó, meneando lentamente la cabeza. Yo la amaba y creía en ella, pero me ha traicionado.

—¿David? —dijo la voz de Johnny.

Collier gruñó.

—No quisiera empeorar las cosas, pero... Bueno, me parece que aún resta una esperanza.

—¿En?

—Ann no respondió a tu pregunta. No dijo que el padre fuera... otro *hombre*.

Pero las últimas palabras sonaron débiles y sin convicción.

—¡Oh, cállate!, ¿quieres? —exclamó Collier, furioso, levantándose.

Después, entre los dos llevaron a Ann hasta el coche, y Collier volvió con ella a la casa. Allí se quitó lentamente la chaqueta y el sombrero y los dejó caer en el armario del vestíbulo. Entró al living, arrastrando los pies, y se hundió en una silla, posando los pies en un escabel, con un gruñido de cansancio. Permaneció encogido, con la vista perdida en la pared.

¿Dónde estaría Ann? En el piso alto, con toda seguridad, leyendo; tal como la había dejado por la mañana. Junto a la cama había una pila de libros sacados de la biblioteca: Rousseau, Locke, Hegel, Marx, Descartes, Darwin, Bergson, Freud, Whitehead, Eddington, Einstein, Emerson, Dewey, Confucio, Platón, Aristóteles, Spinoza, Kant, Schopenhauer, James... Una lista interminable y variadísima.

¡Y qué modo de leerlos! Volvía las páginas rápidamente, sin mirar siquiera lo que decían. Sin embargo, era indudable que absorbía todo. De cuando en cuando dejaba caer una frase, un concepto, una idea. Aprendía todo, palabra por palabra.

Pero... ¿por qué?

En cierta oportunidad se le ocurrió la descabellada idea de que Ann había leído algo sobre las características adquiridas, y que su intención era pasar todos esos conocimientos al feto. Pero ella era lo bastante inteligente como para comprender que tal cosa era imposible.

Collier meneó lentamente la cabeza; era un gesto adquirido en los últimos meses. ¿Por qué no la abandonaba? Se planteaba constantemente la misma pregunta, pero los meses pasaban, y él seguía allí. Cien veces había estado a punto de marcharse, pero las cien había cambiado de idea... hasta que acabó por desistir, y trasladó sus cosas al dormitorio trasero. Habían llegado a vivir como un propietario con su inquilino.

Los nervios comenzaban a fallarle. Se sentía obsesionado por una impaciencia feroz. Al caminar entre un punto y otro, le atacaba una cólera súbita por no haber completado ya el trayecto. Le disgustaba todo intervalo; quería que todo estuviera hecho de inmediato. Maltrataba a sus alumnos, lo merecieran o no. Daba unas clases tan deficientes que el doctor Peden, director del Departamento de Geología, lo había llamado para hablar con él;

sin embargo, sus observaciones no fueron demasiado severas, pues sabía ya lo de Ann. De cualquier modo, Collier no se sentía capaz de continuar así.

Recorrió el cuarto con la mirada. La alfombra estaba cubierta de polvo. Había tratado de pasarle la aspiradora de vez en cuando, pero el polvo se acumulaba con mucha celeridad. La casa entera se venía abajo. Él mismo tenía que encargarse de su ropa; la lavadora llevaba meses de inactividad en el sótano, pues él no sabía manejarla, y Ann no la tocaba. Por lo tanto, debía llevar sus prendas a la lavandería del centro.

En cierta oportunidad intentó comentar con Ann el abandono que demostraba la casa, pero ella, resentida, se echó a llorar. Lloraba constantemente, y siempre del mismo modo: al principio daba la impresión de no tener fin, pero de pronto, con sorprendente brusquedad, contenía el llanto y se secaba las lágrimas. A veces, Collier tenía la impresión de que eso estaba relacionado con el bebé; era como si Ann pensara que el llanto podía dañar al niño. O quizá, a la inversa, al niño no le agradaba que...

Cerró los ojos con fuerza, como para apartar el pensamiento. Su mano derecha inició un tamborileo nervioso e impaciente contra el brazo de la silla. Se levantó, inquieto, para caminar por la habitación, deslizando un dedo sobre las superficies planas; después se limpió el dedo en el pañuelo.

Ya en la cocina, dirigió una mirada maligna a la montaña de platos acumulados en el fregadero; las cortinas estaban sucias, el linóleo manchado. Sintió deseos de correr al piso alto para comunicar a Ann que, embarazada o no, tendría que sacudirse la pereza y volver a comportarse como una esposa consciente, si no quería que la abandonara.

Dio rienda suelta a su impulso, pero se detuvo en medio de la escalera, vacilando. Volvió lentamente a la cocina y encendió el fuego bajo la cafetera. La infusión tendría mal gusto, pero prefería tomarlo así antes que preparar otro poco.

No tenía sentido hablar con ella. Siempre ocurría lo mismo: Ann intentaría decirle que él tenía razón, pero en seguida, como bajo un impulso incontenible, se echaría a llorar. Y de pronto, con una expresión de sorpresa, dejaría de hacerlo. En realidad, había llegado a contener el llanto desde el principio, como si supiera que no daría resultado, que no valía la pena llorar.

Parecía cosa de brujos.

La frase lo sorprendió. Era eso, precisamente: cosa de brujos. La neumonía, la disminución en el tamaño del feto, la lectura. El deseo insensato de comer sal. El llanto y sus interrupciones.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Ann no dijo que el padre fuera otro hombre.

La encontró en la cocina, tomando café. Sin decir una palabra, le quitó la taza y volcó el resto del contenido en el fregadero.

—Te han prohibido el café —dijo.

La cafetera estaba vacía. Él la había dejado casi llena.

—¿Te lo bebiste todo? —preguntó, furioso.

Ella bajó la cabeza.

—¡Por el amor de Dios, no te pongas a llorar! —graznó Collier.

—No... no voy a llorar.

—¿Por qué tomas café, si sabes que te lo han prohibido?

—No podía soportar más.

—¡Ohhh! —barbotó él, entre los dientes apretados.

Y se volvió para marcharse.

—David, no puedo evitarlo —dijo la voz de Ann, a sus espaldas—. No me dejan beber agua. Y tengo que beber algo. David, ¿no puedes...?

Él subió la escalera y entró al baño, a tomar una ducha. No podía concentrarse en nada. Dejó el jabón en alguna parte, y olvidó dónde lo había puesto. En mitad de la afeitada, se quitó la espuma. Un rato después, mientras se peinaba, notó que tenía media cara barbuda; tuvo que volver a enjabonarse, con una maldición ahogada, para afeitarse como era debido.

La noche fue como todas las demás, con una excepción. Al entrar en el dormitorio en busca de un pijama limpio, notó que ella tenía dificultad para centrar la vista. Más tarde, mientras corregía exámenes en el dormitorio trasero, la oyó reír tontamente. Aquellas risitas continuaron durante varias horas; él la escuchaba desde la cama, sin poder conciliar el sueño. Habría querido cerrar la puerta de un golpe para dejar de oírla, pero no podía. Debía dejar la puerta abierta por si Ann necesitaba algo durante la noche.

Al fin logró dormirse. Cuando despertó, parpadeando hacia el techo oscuro, no supo cuánto tiempo había dormido.

—Ahora extraño soy, y olvidado, oh orfandad de la noche transitada...

Al principio creyó estar soñando.

—Entre ignotas tinieblas, aquí estoy, en noche eterna, demasiado cálida.

Entonces se sentó, sobresaltado. Era la voz de Ann.

Buscó sus pantuflas y se levantó, para correr hacia la puerta, temblando en el aire frío que atravesaba la fina tela de rayón de su pijama. Ya en el vestíbulo la oyó hablar otra vez:

—Sueño de adioses, aquí desamparado, sumergido en licores abundantes, por la luz clamo; liberadme del juicio y del tormento.

Era la voz de Ann, pero cambiada, más tensa, más alta, en un ritmo de sonsonete.

Estaba acostada de espaldas, con las manos apretadas contra el estómago, que se agitaba, formando ondulaciones bajo la tela sutil del camisón. Había arrojado a un lado las frazadas, pero no parecía tener frío. La luz seguía encendida, y el libro que había estado leyendo (*Ciencia y Salud*, de Korzybski), yacía entreabierto sobre la cama, como si se le hubiera caído de entre los dedos.

Tenía el rostro cubierto de sudor, cristalizado en cientos de gotitas. Los labios, recogidos, dejaban la dentadura al descubierto. Los ojos, abiertos y dilatados.

—Estirpe de la noche, asqueado de este foso, ¡eximidme de andar este sendero!

Había una fascinación espantosa en aquellas palabras. Pero Ann sufría. El sufrimiento era evidente en su piel empalidecida y en las manos crispadas, que estrujaban las sábanas hasta dejar el algodón húmedo y apelmazado.

—¡Clamo, oh, sí, clamo! —dijo—. ¡Rhyuio Gklemmo Fglwo!

David le dio una bofetada. Ann se retorció sobre la cama.

—¡Él otra vez, el que lastima!

Y sus labios se abrieron en un grito. Volvió David a abofetearla. Ann logró entonces enfocar los ojos, y le clavó una mirada llena de horror. En un gesto súbito, se llevó las manos a las mejillas y pareció retroceder en la cama. En el blanco lechoso de sus ojos, las pupilas se redujeron a dos puntos pequeñísimos.

—No —dijo—. ¡No!

—¡Ann, soy yo, David! ¡Todo está bien!

Por un largo instante, ella lo miró sin comprender, con los pechos agitados por la atribulada respiración. De pronto aflojó todo el cuerpo, como si lo hubiera reconocido, y dejó escapar un gemido de alivio.

Él se sentó a su lado y la tomó entre sus brazos. Ann se aferró a él, llorando, con la cara escondida en su pecho.

—Está bien, querida, llora; te hará bien.

Pero ocurrió lo de siempre: contuvo bruscamente los sollozos y sus ojos quedaron secos; se apartó de él, con la mirada otra vez inexpresiva.

—¿Qué pasa? —preguntó Collier.

Algo cruzó por el rostro de Ann y se desvaneció en seguida.

—Te hará bien llorar.

—No quiero llorar.

—¿Por qué?

—Él no me deja —barbotó.

Ambos quedaron en silencio, mirándose. En ese momento, Collier supo que estaban muy cerca de la respuesta.

—¿Él? —preguntó.

—No —dijo Ann, súbitamente—. No quise decir eso. No quise decir *él*, sino otra cosa.

Guardaron silencio durante largo rato. Al fin, sin decir nada, él la obligó a acostarse y la abrigó. Pasó el resto de la noche envuelto en una frazada, en la silla que estaba junto al escritorio. Por la mañana, al despertar, frío y entumecido, vio que Ann había vuelto a apartar las frazadas.

Kleinman descubrió que Ann se había adaptado al frío. Algo en su organismo parecía proporcionarle calor cuando le era necesario.

—Y esa manera de comer sal —exclamó el médico, alzando las manos—. No tiene sentido. Se diría que la criatura se alimenta a base de sal. Sin embargo, la madre no ha vuelto a aumentar de peso. No bebe agua para combatir la sed. ¿Qué hace para calmarla?

—Nada —respondió Collier—. Está siempre sedienta.

—Y la lectura, ¿prosigue?

—Sí.

—¿Continúa hablando en sueños?

—Sí.

Kleinman meneó la cabeza.

—En mi vida he visto un embarazo como éste —dijo.

Ann terminó de leer el último libro de la pila, que aumentaba sin cesar, y llevó todos los libros a la biblioteca pública. Empezó entonces una nueva etapa.

Estaba ya en el séptimo mes del embarazo. Era el comienzo de la primavera. Collier reparó por esa época en que el coche tenía el aceite quemado y las cubiertas muy gastadas; además, había una abolladura en el parachoques trasero, a la izquierda.

Un sábado por la mañana, mientras escuchaban un disco de Brahms en el living, él le preguntó:

—¿Has estado usando el coche?

—¿Por qué? —retrucó ella. Ante su sorpresa, agregó en tono irritado—: Si ya lo sabes, ¿para qué me lo preguntas?

—¿Lo has usado?

—Sí. Lo he usado. ¿Está permitido?

—No tienes por qué mostrarte sarcástica.

—¡Oh, no! —respondió ella, enojada—. No tengo por qué mostrarme sarcástica. Llevo siete meses de embarazo, y ni por un momento has dejado de creer que el niño es de otro. Y aunque te repita mil veces que soy inocente, no eres capaz de decir: “Te creo”. Y soy *yo* la sarcástica. ¡Oh, David, de veras, eres un horror!

Y saltó hacia el tocadiscos para apagarlo.

—Oye, estoy escuchando —protestó él.

—Lo siento. No me gusta.

—¿Desde cuándo?

—¡Oh, déjame en paz!

Iba a marcharse, pero Collier la tomó por las muñecas:

—Escúchame —dijo—. No creas que esto es una fiesta para mí. Llego a casa, después de una investigación de seis meses, y te encuentro embarazada. ¿Y el niño no es mío? No me importa lo que digas. Yo *no soy* el padre, y ni yo ni nadie conoce más que una forma por la que una mujer pueda quedar embarazada. Y a pesar de todo, no te he abandonado. He tenido que soportar que te convirtieras en una máquina de leer, mientras yo limpio la casa cuando puedo, preparo casi todas las comidas y me encargo de la ropa, sin dejar de dar clase en la facultad, todos los días. Tengo que cuidarte como si fueras una criatura: evitar que te desabrigues, que comas demasiada sal, que bebas demasiada agua o mucho café, que fumes demasiado...

—He dejado de fumar por mi propia cuenta —observó ella.

— ¿Por qué? —le espetó Collier.

Ella lo miró, inexpresiva.

—Vamos, dilo —insistió él—. Porque *él* no quiere, ¿verdad?

—Dejé de fumar por mi propia cuenta —repitió ella—. No me gusta.

—Y ahora tampoco te gusta la música.

—Me me hace mal al estómago —explicó ella, vagamente.

—Tonterías.

Antes de que pudiera detenerla, había salido a la calle, bajo el sol cegador. Desde la puerta, Collier la vio entrar pesadamente al coche. La llamó en voz alta, pero en ese momento ella puso en marcha el motor, y no le oyó. El automóvil desapareció en la esquina, a setenta por hora, en segunda marcha.

— ¿Cuánto hace que se fue? —preguntó Johnny.

—No puedo precisarlo —dijo Collier, echando una mirada nerviosa a su reloj—. Creo que se fue a las nueve y media, más o menos. Tal como te dije, habíamos discutido.

Se interrumpió para volver a mirar el reloj. Era medianoche pasada.

— ¿Y desde cuándo sale con el coche de ese modo?

—No lo sé, Johnny. Te digo que acabo de descubrirlo.

— ¿Y con el vientre tan...?

—No, el bebé ha dejado de ser tan grande —explicó Collier, tratando de expresar lo inexplicable en tono casual. Se pasó una mano por los cabellos, preguntando—: ¿No te parece que sería mejor llamar a la policía?

—Mejor espera un poco —aconsejó el amigo.

— ¿Y si ha sufrido un accidente? No es muy buena conductora. ¿Por qué diablos la dejé ir? En el séptimo mes de embarazo, y la dejo salir con el coche. Tendría que...

Se sentía a punto de estallar. La tensión hogareña, ese embarazo interminable y extraño... Todo se confabulaba contra él. Nadie puede soportar impunemente siete meses de tensión nerviosa. Ya no podía impedir que le temblaran las manos, y había adquirido el hábito de guiñar constantemente los ojos.

Cruzó la alfombra hasta el hogar, y allí se detuvo, tamborileando las uñas contra la repisa.

—Me parece que tendríamos que llamar a la policía —dijo.

—Tómalo con calma —le aconsejó Johnny.

— ¿Qué harías tú en mi lugar? —saltó Collier.

—Siéntate. Siéntate allí. Y relájate. Ann está bien, créelo. No me preocupo por ella. Probablemente ha pinchado una rueda o se le ha estropeado el coche vaya a saber dónde. ¿Cuántas veces comentaste que hacía falta una batería nueva? Se habrá agotado, eso es todo.

—Bueno, en ese caso, ¿no sería mejor avisar a la policía para que la encuentren sin demora?

—Está bien, hombre. Si eso te tranquiliza, avisaré.

Collier asintió. En ese momento un coche pasó por la calle. Él saltó hacia la ventana y apartó las cortinas. Johnny lo vio morderse los labios y volver hacia la chimenea. Allí se quedó, mientras él se dirigía al teléfono del vestíbulo y empezaba a marcar.

Pero cortó apresuradamente, exclamando:

—Allí está.

La llevaron al cuarto de enfrente, mareada y confusa. Sin responder a las frenéticas preguntas de Collier, se dirigió a la cocina, como si no reparara en ellos.

—Café —dijo, con voz gutural.

Collier iba a impedírselo, pero la mano de Johnny, apoyada en su brazo, lo sujetó.

—Déjala —dijo el amigo—. Es hora de que lleguemos al fondo de todo esto.

Ella se acercó a la cocina y encendió el fuego bajo la cafetera; la cargó con varias cucharadas, sin prestar atención; tras taparla bruscamente, se quedó inmóvil, mirándola con expresión concentrada.

Collier abrió la boca para decir algo. Una vez más, Johnny se lo impidió, y él tuvo que contentarse con observar a Ann pasivamente, desde la puerta de la cocina.

Cuando el líquido oscuro comenzó a borbotear, Ann tomó la cafetera sin utilizar agarraderas. Collier la observó, apretando los dientes para contener una exclamación de susto.

Ella vertió el líquido humeante en una de las tazas usadas que estaban sobre la mesa, dejando que chorreara por los costados. Dejó la cafetera y se lanzó sobre la taza. Diez minutos después había acabado el contenido de la cafetera. Lo tomó sin crema ni azúcar, como si no le importara el sabor. Como si no lo percibiera.

Sólo cuando hubo terminado pudo relajar sus facciones. Se dejó caer en una silla, y allí permaneció largo rato, mientras los dos hombres la contemplaban en silencio. Por último los miró, riendo como una tonta.

Intentó levantarse, pero cayó contra la mesa. Johnny exclamó, sorprendido:

—¡Dios mío, está borracha!

Pesada como estaba, resultó bastante difícil subirla en vilo por las escaleras, especialmente porque no prestaba la menor ayuda. Murmuraba sin cesar, como para sí misma, una melodía extraña y discordante, que parecía combinada en tonos indefinibles, repetidos una y otra vez, como el grave sonido del viento. Su rostro lucía una sonrisa beatífica.

—Mira para qué sirvió —protestó Collier.

—Ten paciencia, ten paciencia —respondió Johnny en un susurro.

—Para ti es muy fácil decir...

—Shhhh...

No era necesario guardar silencio: Ann no oía una palabra de cuanto decían. Cuando la acostaron dejó de canturrear y cayó en un sueño profundo e instantáneo. Collier le echó encima una frazada ligera y le puso una almohada bajo la cabeza; ella ni siquiera se movió.

Los dos permanecieron en silencio junto a la cama. Collier miraba fijamente a aquella esposa que ya no comprendía, con el alma agitada por dolorosas discordancias; entre todas ellas ardía la horrible duda que nunca lo abandonara: ¿quién era el padre de esa criatura? Aun cuando no pudiera dejarla, aunque sintiera por ella una inmensa y amorosa piedad, jamás volverían a vivir como antes mientras no lo averiguara.

—Me gustaría saber adónde va con el coche —dijo Johnny.

Collier respondió, sombrío:

—No lo sé.

—Debe haber andado mucho para gastar las cubiertas de ese modo. Me pregunto si...

Pero en ese momento ella volvió a empezar:

—No me enviéis...

Johnny aferró a Collier por el brazo, preguntándole:

—¿Es eso?

—Aún no lo sé.

—Negro, negro, sacadme de aquí; el horror de estas costas, pesado, pesado...

Collier se estremeció.

—Es eso.

Johnny se arrodilló junto a la cama para escuchar atentamente.

—Dadme aliento, imploro a mis mayores, rescatadme en torrentes de dolor, eximidme de andar este sendero.

Johnny contempló las tensas facciones de Ann. Parecía sufrir mucho. Y sin embargo, Collier tuvo súbitamente la impresión de que esa cara no era la suya. La expresión no le pertenecía.

Ann arrojó a un lado la frazada y se agitó en la cama, con el rostro cubierto de sudor.

—Caminar por las costas del mar anaranjado, fresco, recorrer las praderas carmesíes, fresco, la balsa de las aguas silenciosas, fresco, viajar por el desierto, fresco... Devolvedme, padres de mis padres, Rhyuio Gklemmo Fglwo.

Al fin guardó silencio, con excepción de pequeñas quejas ocasionales. Pero las manos, a ambos lados, seguían arrugando las sábanas, y su respiración era irregular y trabajosa.

Johnny se irguió para mirar a Collier. Ninguno de los dos pronunció una palabra.

—Lo que ustedes sugieren es increíble —les dijo Kleinman.

—Escuche —repuso Johnny—. Vamos a repasar los hechos. Primero: el exceso de sal como necesidad, que no corresponde con las necesidades de una preñez normal. Segundo:

el frío, la forma en que Ann se adaptó a él, y la celeridad con que superó su neumonía en cuestión de minutos.

Collier miraba fijamente a su amigo, como aturdido.

—Bien —prosiguió Johnny—, la sal en primer término. Al principio, obligaba a Ann a tomar demasiada agua. Aumentó de peso, poniendo en peligro a la criatura. ¿Qué ocurrió entonces? Ya no se le permitió seguir bebiendo agua.

—¿Se le permitió? —inquirió Collier.

—Déjame terminar. Con respecto al frío, era como si la criatura necesitara baja temperatura y obligara a Ann a someterse al frío; pero acabó por comprender que por procurarse cierta comodidad estaba poniendo en peligro al ser en el cual vivía. Por lo tanto, le curó la neumonía y lo adaptó al frío.

—Por lo que usted dice, parecería que... —comenzó Kleinman.

—El efecto de los cigarrillos —prosiguió Johnny—. Perdona, doctor..., pero Ann podría haber fumado moderadamente sin poner en peligro a la criatura ni perjudicarse a sí misma. Sin embargo, cesó de fumar por completo. Pudo haber sido por una cuestión ética, de acuerdo. Pero también pudo deberse a que la criatura reaccionara violentamente a la nicotina y, de un modo u otro, le prohibiera...

Kleinman interrumpió, irritado:

—Por lo que usted dice, se diría que la criatura maneja a la madre a voluntad, en vez de verse indefensa y sometida a las decisiones de ella.

—¿Indefensa? —observo Johnny, lacónicamente.

Kleinman no prosiguió. Apretó los labios en molesta derrota, y comenzó a tamborilear nerviosamente sobre el escritorio. Johnny esperó un momento; pero al ver que Kleinman guardaba silencio, continuó.

—Tercero: la aversión por la música que antes le gustaba. ¿Por qué? ¿Por la música en sí? No lo creo. Debió de ser por las vibraciones. Un niño normal no repararía en ellas, pues está aislado de todo sonido, no solo por la epidermis de la madre, sino por la misma estructura de su aparato auditivo. Por lo visto, esta criatura goza de un oído mucho mas fino.

»Y el café. La emborrachó. O emborrachó a la criatura.

—Un momento —empezó Collier, pero se interrumpió en seguida.

—Y ahora, el asunto de la lectura. Comcide también. Todos esos libros son más o menos las obras básicas en cada campo del conocimiento; parecería tratarse de un planificado estudio de la humanidad y todo su pensamiento.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Collier, nervioso.

—¡Piensa, David! Todos esos hechos, la lectura, los viajes en auto... Es como si ella tratara de conseguir tanta información como pudiera acerca de la vida en nuestra civilización. Como si la criatura...

—¿Quiere acaso decir que la criatura estuvo...? —comenzó Kleinman.

—¡Criatura! —exclamó Johnny, ceñudo—. Creo que podemos dejar de referirnos a ese ente con el término de criatura. Tal vez su cuerpo sea infantil, pero la mente jamás.

Guardaron un silencio mortal. Collier sentía que el corazón le latía en el pecho con un ritmo extraño.

—Escuchen —insistió Johnny—. Anoche, Ann... o él, *eso*, se emborrachó. ¿Por qué? Tal vez a causa de lo que aprendió, de lo que vio. Eso espero. Tal vez se sintió asqueado y quiso buscar olvido.

Se inclinó hacia adelante y prosiguió:

—Esas visiones de Ann... Creo que son reveladoras, aunque la historia parezca absurda. Los desiertos, los pantanos, los campos carmesíes... Agreguen el frío. Sólo una cosa no mencionó, quizá porque no existe.

—¿Qué? —preguntó Collier, sintiendo que la realidad se le escapaba.

—Los canales —respondió Johnny—. Ann lleva un marciano en su vientre.

Por largo rato lo miraron en silencio. De pronto, ambos trataron de hablar al mismo tiempo, en horrorizada protesta. Johnny aguardó a que pasara el primer impulso.

—¿Hay mejor explicación? —preguntó.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunto Kleinman, acalorándose—. ¿Cómo pudo provocarse ese embarazo?

—No lo sé —respondió Johnny—. Pero creo saber el *porqué*.

Collier tuvo miedo de preguntar.

—Desde hace muchos años —explicó Johnny— las historias acerca de los marcianos vienen sucediéndose interminablemente: libros, cuentos, películas, artículos. Y todo con el mismo tema.

—No te... —comenzó Collier.

—Creo que la invasión ha llegado. O al menos, una intentona. Creo que éste es el primer intento, un intento insidioso y cruel: la invasión por medio de la carne. Han situado una célula viviente adulta de su planeta en el cuerpo de una mujer terráquea. Cuando esta mente marciana, completamente madura, se combine con la forma de una criatura terráquea, comenzará el proceso de la conquista. Esto debe ser un experimento, una prueba. Si resulta...

No terminó la frase.

—Pero... es cosa de locos —protestó Collier, tratando de alejar el terror que lo iba invadiendo.

—También es cosa de locos su modo de leer, y sus viajes en auto, y su modo de beber café, y que no le guste la música, y que se haya curado así de la neumonía, y que salga al frío. Y la reducción del tamaño de su cuerpo, y las visiones, y esa canción absurda que canta. ¿Qué quieres, David, un plan completo y detallado?

Kleinman se levantó para dirigirse a sus archivos. Abrió uno de los cajones y volvió al escritorio con un sobre grande en la mano.

—Hace tres semanas que tengo esto en mis archivos —dijo—. No se los había dicho, porque no sabía como hacerlo. Pero esta información... —se interrumpió para enmendarse rápidamente—: Esta *teoría* me obliga a...

Les alcanzó la radiografía. Al mirarla, Collier abogó una exclamación.

—Doble corazón —pronunció Johnny, sobrecogido. Y agregó, cerrando el puño—: ¡Todo coincide! La gravedad de Marte equivale a dos quintos de la terrestre. Deben necesitar dos corazones para hacer *circular* la sangre, o lo que sea que le corra por las venas.

—Pero aquí no es necesario —observó Kleinman.

—En ese caso, tenemos esperanzas. Esta invasión tiene muchos puntos sin resolver. La célula marciana, por ley genética, provocará ciertas características marcianas en la criatura: doble corazón, oído muy fino, necesidad de sal (no sé por qué), y de frío. A su debido tiempo, y si el experimento resulta, pueden allanar esas dificultades y crear un niño con todas las características físicas de un terráqueo, pero con mente marciana. No lo sé, pero creo que el marciano es también telepático. De otro modo, ¿cómo pudo saber que estaba en peligro cuando Ann enfermó de neumonía?

Collier recordó súbitamente la escena: él, de pie junto a la cama, había pensado “El hospital... Oh, Dios, el hospital”. Y en el vientre de Ann, un diminuto cerebro extraterrestre, ya bien versado en las palabras terráqueas, hurgaba sus pensamientos. Hospital, investigación, descubrimiento. Se estremeció. En ese momento captó el final de una pregunta de Kleinman:

—¿...hacer? ¿Matar al marciano cuando nazca?

—No lo sé —dijo Johnny, encogiéndose de hombros—. Pero si este *bebé* nace vivo y normal, no creo que matarlo solucione nada. Sin duda estarán observando. Si el nacimiento es normal, darán por sentado que el experimento tuvo éxito, aunque matemos al niño.

—¿Una cesárea? —sugirió Kleinman.

—Podría ser. Pero... no sé si ellos darán por fracasado el experimento en el caso de que nos veamos obligados a utilizar un medio artificial para destruir al... primer invasor. No, no creo que baste con eso. Lo intentarán otra vez, en algún sitio donde nadie pueda meter baza: una aldea africana, alguna ciudad apartada, o...

—¡Pero no podemos dejar a ese... ese engendro dentro de ella! —exclamó Collier horrorizado.

—¿Y qué seguridad hay de que al quitárselo no la mataremos a ella también? —apuntó Johnny, sombrío.

—¿Qué? —inquinó Collier, incapaz de pensar.

—Creo que habrá que esperar —dijo Johnny, con un suspiro cansado—. No parece haber otra posibilidad.

Por último, al ver la expresión de Collier, agregó de prisa:

—No es un caso desesperado, muchacho; hay varias cosas a nuestro favor. Ese doble corazón bombeará la sangre con demasiada celeridad. Además, está la dificultad de combinar células de distintas especies. También el hecho de que estamos en verano, y el calor puede aniquilar al marciano. También podemos suprimirle la sal... Todo eso puede

ayudar. Pero, por sobre todas las cosas, lo principal es que el marciano no es feliz. Bebe para olvidar y... ¿recuerdas lo que decía? "Eximidme de andar este sendero"...

Y los miró, ceñudo, agregando:

— ¡Ojalá muera de desesperación!

— ¿Y si no? — preguntó Collier, hueca la voz.

— Y si no, esta... miscegenética espacial tendrá éxito.

Collier trepó las escaleras a toda velocidad; el corazón le palpitaba con un ritmo ambivalente y extraño. Al fin sabía que Ann era inocente, pero esa seguridad tenía su espantosa contraparte en el peligro que ella corría.

Se detuvo en el último escalón. En la avanzada tarde, la casa parecía silenciosa y caldeada.

De pronto comprendió que habían tenido razón al aconsejarle guardar el secreto frente a Ann. Hasta entonces había pensado que ella debía saberlo, en la idea de que a ella no le importaría, puesto que encontraba la explicación y recuperaba la fe de su marido.

Pero ahora ya no estaba tan seguro. Era algo terrible, estremecedor. Una revelación tan horrenda podría conducirla a la histeria; llevaba tres meses al borde del colapso.

Apretando los labios, entró a la habitación.

Ella estaba tendida en la cama de espaldas, con las manos flácidas sobre el vientre hinchado y los ojos perdidos en el cielorraso, sin vida. David se sentó en el borde de la cama, pero ella no se volvió a mirarlo.

— Ann.

No hubo respuesta. No puedo reprochártelo, pensó él, estremecido; he sido tan duro, tan irreflexivo...

— Querida — insistió.

Ella movió lentamente los ojos, para mirarlo con una expresión fría y extraña. Era la criatura que llevaba en su seno, sin lugar a dudas; ella no podía comprender hasta qué punto la dominaba. No debía comprenderlo jamás: eso estaba claro.

— Tesoro — dijo él, inclinándose para apretar su mejilla contra la de Ann.

— ¿Qué? — respondió ella, con voz opaca y cansada, apenas audible.

— ¿Me oyes?

Ella no respondió.

— Ann, con respecto al bebé...

En sus ojos surgió un destello de vida.

— ¿Qué pasa con el bebé?

— Ahora... — tartamudeó Collier, tragando saliva — ...ahora sé que no es... que no es de... de otro.

Ella lo miró fijamente por un instante. En seguida volvió la cabeza hacia otro lado, murmurando:

—Bravo.

El apretó los puños. Bueno, pensó; eso es todo; he matado su amor por mí. Pero en ese momento ella volvió a mirarlo con una trémula pregunta en los ojos:

—¿Qué?

—Te creo —repitió él—. Sé que me dijiste la verdad. Te pido disculpas con todo mi corazón, si quieres aceptarlas.

Por un momento, Ann pareció no comprender. Después levantó las manos hasta las mejillas, y sus grandes ojos pardos relucieron.

—¿No me... engañas? —preguntó.

Él permaneció inmóvil un instante, antes de arrojarle contra ella.

—¡Oh, Ann, Ann! Lo siento, lo siento infinitamente, Ann.

Ella lo abrazó, con el pecho agitado por sollozos contenidos, mientras le acariciaba el pelo con la mano derecha.

—David, David —dijo, una y otra vez.

Así permanecieron largo rato, silenciosos y en paz, hasta que ella preguntó:

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Cambié, eso es todo —respondió él, inseguro.

—Pero ¿por qué?

—Porque sí, querida. Es decir, claro que hubo una razón. Me di cuenta de que...

—Pasaste siete meses dudando de mí, David. ¿Qué te hizo cambiar de opinión precisamente ahora?

Él sintió un arranque de ira contra sí mismo. ¿Acaso no era capaz de encontrar una explicación que le satisficiera?

—Creo que te juzgué mal —dijo.

—¿Por qué?

Se irguió. No tenía respuesta que darle, y en el rostro de ella se iba evaporando la dicha. Su expresión era tensa e inflexible.

—¿Por qué, David?

—Te digo, querida...

—No me dices nada.

—Sí. Te he dicho ya que te juzgué mal.

—Eso no es motivo.

—Ann, no discutamos. ¿Qué importa lo...?

—¡Sí, importa muchísimo! —exclamó ella, con voz quebrada—. ¿Qué hiciste de tus conocimientos biológicos? Ninguna mujer puede tener un hijo sin ser fecundada por un hombre. Siempre lo dijiste con toda claridad. ¿Y bien? ¿Perdiste la fe en la ciencia, para transferírmela?

—No, querida —respondió Collier—. Pero ahora sé algunas cosas que antes no sabía.

—¿Qué cosas?

—No puedo decírtelas.

—¡Más secretos! ¿No es por consejo de Kleinman que lo haces? ¿No es un truco para que pase tranquilamente el último mes? No me mientas; te conozco demasiado.

—Ann, no te excites tanto.

—¡No me excito!

—Estás gritando. Basta ya.

—¡No! ¡Jugaste con mis sentimientos durante siete meses, y ahora quieres que me comporte con calma y que me muestre razonable! ¡Bueno, no lo haré! ¡Estoy harta de tus actitudes pomposas! Estoy cansada de... ¡Ohhhh!

Se curvó sobre la cama, levantando bruscamente la cabeza de la almohada, súbitamente pálida. Sus ojos eran los de un niño herido, llenos de confusión y sorpresa.

—¡Mis entrañas! —jadeó.

—¡Ann!

Sentada a medias, sacudida por los temblores, soltó un gruñido desesperado y salvaje. Él la tomó por los hombros, tratando de calmarla, mientras un pensamiento le desgarraba la mente: ¡El marciano! No le gusta que se encolerice...

—No pasa nada, querida, no p...

—¡Me está lastimando! —gritó ella—. ¡Me está lastimando, David! ¡Oh, Dios!

—No puede lastimarte —dijo Collier, involuntariamente.

—No, no, no, no puedo soportarlo —exclamó Ann, entre dientes—. No puedo soportarlo...

De pronto, tan bruscamente como había comenzado, aquello terminó y su rostro se aflojó por completo, en una ausencia total de sensaciones. Posó en David una mirada aturdida.

—Me siento entumecida —dijo, en voz baja—. No... siento... na...

Se hundió lentamente en la almohada. Sus ojos continuaron abiertos un segundo más.

—Buenas noches, David —dijo, con una sonrisa perezosa.

Y cerró los ojos.

Kleinman, junto a la cama, dijo en voz baja:

—Está en un coma perfecto. Sería más adecuado decir que se trata de un trance hipnótico. El cuerpo funciona normalmente, pero la mente está... petrificada.

—¿En estado de vida latente? —preguntó Johnny.

—No, el organismo funciona. Está dormida, simplemente. No puedo despertarla.

Mientras bajaban las escaleras hacia el living, Kleinman agregó:

—En cierto sentido, es mejor así. Ahora no tendrá sobresaltos. El organismo funciona sin sufrimientos, sin esfuerzos.

—Debe ser cosa del marciano —observó Johnny—. Para salvaguardar su... habitación.

Collier se estremeció. Johnny, al notarlo, dijo:

—Lo siento, David... —y agregó, tras una pausa—: Debe saber que lo hemos descubierto.

—¿Por qué?

—No se traicionaría de ese modo si creyera que aún puede mantener el secreto.

—Tal vez no pudo soportar el dolor —sugirió Kleinman.

—Sí, puede ser —asintió Johnny.

Collier guardaba silencio, mientras el corazón le palpitaba con esfuerzo. De pronto cerró los puños y se golpeó las rodillas.

—Y ¿qué se puede hacer, mientras tanto? ¿No tenemos defensa contra este... invasor?

—No podemos arriesgar a Ann —respondió su amigo, brevemente, y el médico asintió.

Collier se dejó caer contra el respaldo de la silla, contemplando el cupido de la repisa. En el vestido de la muñeca se leía: *Coney Island*, y en el cinturón: *Días felices*.

—¡Rhyuio Gklemmo Fglwo!

Ann, inconscientemente, se agitaba en la cama del hospital, en las contracciones del parto. Collier, de pie ante ella, no quitaba los ojos de su rostro cubierto de sudor. Habría querido correr en busca de Kleinman, pero sabía que no debía hacerlo. Ann llevaba veinte horas de ese modo; veinte horas de retorcerse, con los dientes apretados. Desde el comienzo, David había interrumpido las clases por completo para estar junto a ella.

Alargó una mano temblorosa para tomar la suya, húmeda. Los dedos de Ann se aferraron a él hasta hacerle daño. Mientras él la observaba, aturdido por el horror, vio pasar por las facciones de su esposa el rostro del marciano de gestación terrestre: los ojos achinados, los labios finos y retraídos, la piel blanca tensa sobre los huesos faciales.

—¡Dolor! ¡Ahorrádmelo, padres de mis padres!

Hubo un chasquido ahogado en su garganta; después, el silencio. El rostro se le aflojó de pronto, y quedó acostada, temblando apenas. Collier le secó la frente con una toalla.

—En el patio, David —murmuró ella, aún inconsciente.

Él se inclinó, sobresaltado.

—En el patio, David —repitió aún—. Oí un ruido y salí a ver qué era. Las estrellas brillaban; la luna estaba en cuarto creciente. Mientras las miraba, vi que una luz blanca aparecía sobre el patio. Quise correr hacia adentro, pero algo me golpeó. Algo así como una aguja. Se me clavó en la espalda, hasta el vientre. Grité, pero todo se puso negro, y ya no pude recordar más nada. Traté de decírtelo, David, pero no podía recordar, no podía recordar, no podía...

Un hospital. En el corredor, el padre se pasea con ojos febriles y atormentados. El vestíbulo está caldeado y silencioso; es una mañana de pleno verano. El camina sin descanso, con los puños apretados junto al cuerpo.

Se abre una puerta. El padre se vuelve ansioso al ver salir al médico. Éste se quita el barbijo que le cubre boca y nariz.

—Tu esposa está bien —dice, dirigiéndose al hombre.

El padre aferra al médico por el brazo.

—¿Y el bebé? —pregunta.

—El bebé ha muerto.

—Gracias a Dios —murmura el padre.

Pero aún se pregunta si tal vez, en África, en Asia...

CUANDO ACABA EL DÍA

*Suenen ahora los adioses de la Tierra.
El día ha terminado, y el hogar del hombre
Se lanza hacia la bóveda del tiempo
Con lo definitivo por sudario.
Extingamos la vela del esfuerzo
Y dejemos caer ante los ojos
La secreta mortaja de la unión
Con el misterio oscuro.*

Sentado sobre una roca, escribía su texto sobre madera, utilizando un dedo sucio de carbón a modo de pluma estilográfica. «Es justo», cavilaba, «que el tema final deba ser grabado con este dígito en el limbo, con esta papila mendicante que alguna vez señaló al cielo y a la tierra para arrogarse “soy tu dueño, Tierra, soy tu dueño, cielo”..., y que ahora yace humilde y abatido entre los desechos de nuestro ser».

*Y en estos velatorios de la Tierra
no cobijo una lágrima.*

Alzó los fúnebres ojos para dejarlos flotar por sobre la llanura, en glacial contemplación. Hizo rodar entre los dedos la ennegrecida pluma, y con un resuello nasal expresó su disgusto.

—Aquí estoy yo —se dijo—, trepado a una roca tibia, inspeccionando esta broma trascendental que el hombre acaba de jugarse a sí mismo.

Se golpeó la frente, con un “ah” de espiritual desesperación. Dejó caer la enorme cabeza sobre el pecho, y unos trémulos gemidos estremecieron su perfil.

—Desentrañado el misterio de su progenitura —se lamentó—, perdida la dorada oportunidad, el hombre ha hallado el sendero..., pero el de la extinción.

Finalmente, irguió la espalda en una danza desafiante:

—¡No he de aullar como un perro callejero! —clamó—. Este instante mortuorio no ha de imponerse sobre mí. Oh, sí, aunque la muerte me castigue y hurgue con sus dedos espectrales en mis sufrimientos, no pediré misericordia, ¡estoy inviolado!

Sobre los hombros, sus harapos flamearon con un aire de realeza. Se inclinó para continuar escribiendo.

*Ahora dejadme degustar la muerte,
Mientras la Tierra en su propia ruina
Se regodea, escoria deleitada.*

Asomó una lengua plomiza entre las barricadas de los labios. Estaba entrando en calor.

*Cantan las aves un responso al hombre
Incinerándole.
Pobre y triste esqueleto, desarmado
Para entretenimiento de los dioses.
Tocan las aves una canción pícaro
Rozando el xilofón de sus costillas.*

—¡Insuperable! ¡Insuperable! —gritó, golpeando el suelo ceniciento con el pie descalzo.

En el entusiasmo de la frase, dejó caer la pluma y tuvo que inclinarse para recogerla. «Aquí, antenas depuestas», pensó con una mueca, y volvió a escribir, garabateando.

*Extraño fue que el hombre, desde siempre,
Como argumento de su loca historia
Utilizara la destrucción del hombre
Bajo su propia mano.
Coro
Cosa increíble:
Los dos extraños
Vivieron juntos
Sin sospecharlo.*

Hizo una pausa, preguntándose cómo continuar con ese balance final en las cuentas de la humanidad. Requería un pensamiento incisivo, una espontaneidad mordaz, pero también una calma engañosa, como el mar profundo cuando la brisa se agita en lo alto. «Así también», pensó, «he de sugerir lo titánico en coplas pulidas y ordenadas. Por ejemplo...»

*Saber quisiera,
Si importa al cabo,
Arder en una hoguera*

O en el prejuicio humano.

—No tengo público, ni esperanza alguna de tenerlo; pero seguiré componiendo hasta haber dicho cuanto debía decirse.

Por vigésima vez sacó del bolsillo la pistola, e hizo girar el tambor con dedos pensativos. Allí había una bala: la llave por medio de la cual alcanzaría el descanso final. Miró a través del ojo oscuro del cañón, sin amedrentarse. «Sí, cuando esto termine», pensó, «cuando haya saboreado hasta las heces este vino oscuro de la ruina total, lo oprimiré contra mi sien para borrar con su disparo la última queja del hombre».

—Pero ahora debo volver a mi obra. Aún no he terminado con la humanidad. Quedan unas cuantas palabras por decir, varias tiradas de versos descorteses. No he de pronunciar tan pronto lo que la humanidad ha ansiado tanto: la última palabra.

Con un florido ademán de su improvisada pluma, escribió:

*Sea ésta la postrera entrada
En el libro de salmos de los hombres:
Con átomos tejieron su mortaja
Y con bombas cavaron el sepulcro.*

No, eso no captaba bien el espíritu de la obra. Lo raspó.

—A ver... —se dijo, tamborileando una uña sobre los dientes carcomidos—, ¿qué puedo decir? ¡Ah, sí!

*Oh hombre, el mejor,
El excelso,
Las bombas de incendio
El mundo está en fuego.*

—Pero ¿es al fin propio que yo, como único sobreviviente, convierta en luces tales esta sobrenatural tragedia que es la caída de la humanidad? —se preguntó, riendo entre dientes—. ¿No debería acaso cantar penas ciclópeas y oceánicos panegíricos, que arrastraran toda la amargura en una ola inmensa y purificadora?

»¡Hombre, hombre! ¿Qué has hecho de tu excelente planeta? ¿Era tan pequeño como para merecer tu desprecio, tan desdibujado como para que lo llevaras a la incandescencia, tan poco estético que quisiste recomponer sus montañas y sus mares?

Y exclamó:

—¡Ah! ¡Oh...ah!

Dejó caer las manos, laxas. Una, dos lágrimas cayeron por su nariz aguileña hasta quedar temblando en la punta, para caer finalmente al suelo. Dejó escapar un suspiro entre dientes, mientras gruñía para sí:

—¡Vaya portento! ¡Que yo tenga que ser el último hombre de la malograda tribu! ¡El último! Portento es, grandioso momento es, verse solo en el mundo...

Y una voz interior, muy alta, gritó:

«¡Esto es demasiado! ¡Me aturde su importancia!». Mientras así pensaba, palpó el revólver. «¿Cómo he de soportar este peso aplastante echado sobre mis hombros? ¿Son en verdad apropiadas mis palabras, adecuados mis sentimientos para tanta inmensidad?»

Con un parpadeo, soltó el arma, sintiéndose insultado por la pregunta. ¿Cómo podían ser inadecuadas sus palabras, o su propio ser? Se irguió, erizado, bajo el cielo nublado por cenizas.

—No había otra posibilidad —declaró—; estos últimos versos debían ser compuestos por un solo hombre.

No era posible que hubiese una horda de albañiles en torno a la lápida, enredándose los brazos en la torpe ansiedad de grabar el epitafio del hombre. No era posible que una hueste de escribas se debatiera interminablemente sobre el obituario, murmurando y riñendo como un equipo de rugby en plena lucha.

No, así es mejor: un solo hombre para padecer bellas agonías, una sola voz para articular las palabras finales, para poner los puntos sobre las íes y despedir a los dominios humanos hallando la muerte, ya que no la vida, en la suave poesía.

—¡Y ese hombre soy yo, yo esa voz! Bendecido con esta oportunidad final, mis palabras correrán sin que se alcen otras miles a diluirlas, y sólo mis frases resonarán a través de toda la eternidad, sin réplica alguna...

Con un suspiro, volvió a escribir.

Hizo falta, para tornarme libre,

La muerte de todos los hombres.

Sí.

De pronto volvió bruscamente la cabeza, alarmado: un ruido le llegaba desde muy lejos, desde la otra punta de aquella planicie en ruinas.

—¿Eh? —murmuró—. ¿Qué es eso?

Parpadeó, centró nuevamente los ojos surcados de sangre y meneó la cabeza, bizqueando. Abrió la boca, más y más, hasta convertirla en una caverna bostezante.

Un hombre venía cojeando por la llanura y le hacía señas con un brazo retorcido. A su alrededor se levantaban nubes de ceniza. El poeta sintió que el aturdimiento le golpeaba la mente.

¡Un congénere! Un camarada, otra voz que escuchar, otro...

Y de pronto, al oír aquella voz humana que venía a usurpar el monumental silencio sollozante, algo estalló súbitamente en su cerebro.

—¡No permitiré que se me robe! —gritó.

Su disparo perforó limpiamente el ceño del hombre. Luego se levantó y pasó por sobre el apacible cadáver, para buscar otra roca. Allí se sentó, recogiendo las mangas. Antes de volver a su obra, hizo saltar en la mano la cápsula vacía.

«Oh, bien», suspiró. «Por gozar a solas de este glorioso, brillante destino, bien valía la pena».

Y comenzó:

Soneto a un mundo sancochado.

EL NIÑO CURIOSO

Atardecer. Un día común, sin diferencia alguna con otros cientos de días. Los rayos del sol ponían reflejos de bronce en las ventanas de Jersey, mientras el tránsito desordenado balaba en las calles y millones de pies traqueteaban por las aceras. Las oficinas del centro padecían el letargo de monótonas labores. Una vez más se aproximaban las cinco de la tarde. En pocos minutos se iniciaría la carrera hacia el ferrocarril subterráneo, los ómnibus y los taxis. En pocos minutos, el gran éxodo.

Robert Graham, sentado ante su escritorio, terminaba los últimos detalles, moviendo lentamente el lápiz por las hojas de papel. Al terminar, echó una mirada al reloj. Era casi la hora de retirarse. Se levantó con un gruñido, desperezándose, y cambió una sonrisa con la muchacha que se sentaba en frente. Después fue al lavabo para enjuagarse; ajustó cuello y corbata, se peinó el pelo oscuro. Todo el mundo se preparaba para marcharse en cuanto las agujas del reloj indicaran las cinco en punto.

Nuevamente en la oficina, Robert Graham revisó por última vez su trabajo. A las cinco dejó caer las hojas en la bandeja rotulada SALIDA y se dirigió al perchero. Con movimientos cansados, se puso la chaqueta y el sombrero. Concluía otra jornada; quedaban el regreso a casa, la cena y la velada, tal vez mirando la televisión o jugando al bridge con los Oliver.

Robert Graham avanzó lentamente por el vestíbulo, hacia la multitud agolpada junto a las puertas del ascensor. Sólo en la tercera carga logró penetrar en el cubículo atestado y caliente. Las puertas se cerraron, y el suelo se hundió bajo sus pies.

Mientras descendía, trató de recordar qué era lo que Lucille le había encargado comprar a la salida del trabajo. ¿Canela? ¿Pimienta? ¿Sal? Meneó la cabeza. Ella le había aconsejado que se lo anotara, sin que él le hiciera caso. Lucille siempre le recomendaba hacer una lista, él se negaba, y olvidaba después lo que debía comprar. La memoria era algo molesto.

Las puertas del ascensor se abrieron. Salió distraído hasta llegar a la calle.

Y allí comenzó todo.

«Dios mío», pensó, «¿dónde dejé el coche?». Por un momento, las fallas de su memoria le resultaron divertidas. Frunció el ceño, tratando de recordar.

Esa mañana podía haberlo dejado en varios sitios. Precisamente frente a la oficina había lugar, pero un camión lo había ocupado antes de que él llegara. No tenía tiempo para quedarse esperando a ver si el camión se retiraba en seguida; por lo tanto siguió adelante y dobló la esquina, hacia la derecha.

En la manzana siguiente, una mujer retrocedió con un Pontiac amarillo, ocupando un sitio libre antes de que él llegara. Unos metros mas atrás había perdido otro por detenerse para ceder el paso a dos mujeres que cruzaban la calle.

Pero con recordar todo eso no ganaría nada. Seguía sin saber dónde había estacionado el coche. Se detuvo en mitad de la acera, indeciso, irritado por ese ridículo olvido. Sabía perfectamente que estaba estacionado a una o dos manzanas del edificio. "Veamos", se dijo, "¿no fue en esa playa de estacionamiento, cerca del restaurante donde almuerzo, treinta y cinco centavos la hora, setenta y cinco el máximo?"

No, no era allí. De eso estaba seguro.

Una mujer tropezó con él; iba encorvada por el peso de los paquetes que llevaba. Robert Graham le pidió disculpas y se retiró hacia atrás, para no estorbar el paso. Allí permaneció, impaciente, tratando de recordar dónde había estacionado el coche.

"Caramba, es absurdo", pensó, ya enojado. Pero no ganaba nada con enojarse; continuaba sin recordarlo. Se retorció los dedos, irritado. "Vamos, ¿quieres?", se decía. ¿En cuántos sitios podía estar estacionado? No había tantos...

Probablemente frente a la floristería. Aparcaba allí con frecuencia.

Se apartó de la pared, con un gesto de impaciencia, y caminó a paso rápido hasta la esquina, para tomar a la derecha por la calle 22. Empezaba a inquietarse. Era un pequeño olvido, cierto; pero resultaba desconcertante. Apresuró la marcha, con una inexplicable tensión interior.

El coche no estaba frente a la floristería.

Aturdido, contempló el sitio donde solía aparcar. Podía ver mentalmente la imagen del Ford verde situado junto a la acera, con las cubiertas de banda blanca y...

La imagen se disgregó; de pronto se encontró imaginando, en el mismo lugar, un Chevrolet azul. Parpadeó rápidamente, tratando de aclarar la confusión. El suyo era un Ford verde, modelo 1954. Ya no tenía aquel Chevrolet azul...

¿O sí?

El corazón de Robert Graham comenzó a palpar extrañamente, como un tambor en una habitación vacía. ¿Qué diablos pasaba? En primer lugar, había olvidado dónde estaba estacionado el coche, y ahora ni siquiera estaba seguro de cómo era. Un Ford '54, un Chevrolet '49...

De pronto, cada uno de los automóviles que había comprado cruzó por su memoria, desde aquel Franklin refrigerado por aire, en 1932, hasta el Ford 54. No tenía sentido. Era como si los años volvieran sobre sí mismos, reuniendo el pasado y el presente. En 1947, el Plymouth; en 1938, el Pontiac; 1954, el Chevrolet; 1935...

Se puso rígido de impaciencia. "¡Esto es ridículo!", se dijo, y una serie de datos volaron por su mente agitada: "Tengo treinta y siete años, estamos en 1954 y mi coche es un Ford verde". Se sintió molesto por esa confusa acumulación de recuerdos, esa mezcla de lo contemporáneo con lo pasado. Sí, era muy ridículo que alguien fuera incapaz de recordar dónde había aparcado el coche. Era como un sueño estúpido. Y sin embargo, comprendió de pronto, que era mucho peor que eso.

Era también inquietante.

Un detalle tonto, por cierto; sólo un coche estacionado. Pero el coche era parte de su existencia, y esa parte había perdido claridad; por lo tanto, era alarmante.

“Basta ya”, se dijo; “aclaremos este asunto. ¿Dónde diablos aparqué? Fue cerca de aquí, pues llegué al trabajo a tiempo, y eran ya las nueve menos cuarto cuando arribé al centro”. *Chevrolet, Plymouth, Pontiac, Chevrolet, Dodge...* No prestó atención a los nombres que se sucedían en su pensamiento. “¿Dónde aparqué? ¿Fue en...?”

La idea le llegó como un rayo. Robert Graham quedó inmóvil en la marea de transeúntes, como una isla, con una expresión de pasmado asombro.

—¿Desde cuándo tengo coche?

Con los músculos en tensión, contempló aterrorizado la línea de la acera.

—¿Qué me ocurre, ¡oh, Dios mío!, qué me ocurre? Algo huye de mi cerebro, hay una idea que se desvanece y escapa...

Robert Graham aflojó el cuerpo y echó una mirada a su alrededor. “Bueno, ¿qué hago aquí parado?”, pensó. “Tengo que ir a casa”.

Y se volvió en dirección a la entrada del subterráneo.

¿Qué le había pedido Lucille? ¿Canela? ¿Café? ¿Pimienta? Maldición, ¿por qué no recordaba nada? Bien, no importaba mucho. Ya lo recordaría por el camino. Dobló la esquina de prisa, deteniéndose para comprar el periódico de la tarde en el puesto de diarios.

Al llegar a la escalera del subterráneo volvió a detenerse, mientras la gente se agolpaba en el pasaje oscuro, atropellándolo.

“El local hacia la calle 14”, recitaba mentalmente, “el expreso Brighton hasta...”

Pero él vivía en Manhattan.

¡Un momento! Su mente se apresuró a detener aquella sensación tensa e incómoda. Calle 87 Oeste, número 568: ésa era su dirección ¿Qué significaban todas esas tonterías sobre el expreso Brighton? Comenzó a bajar la escalera. En otra época vivía en Brooklyn, en la calle 7 Este, número 222... Pero ya no vivía allí.

Volvió a detenerse en el último escalón, recostándose contra la pared azulejada en blanco; se sentía confuso. ¿Vivía en Brooklyn, o no? ¿En aquella casita cerca de Prospect Park? Los músculos de su rostro volvieron a endurecerse, se agitó su respiración. “¿Qué me pasa?”, se preguntó, febril. “¿Qué me ocurre?”

Giró bruscamente la cabeza, pensando: “¿Qué estoy haciendo aquí, si tengo automóvil?”

¿Automóvil? Un tendón tironeó de su mejilla. No tenía automóvil. O...

Echó a andar, a pasos lentos y nerviosos, por el pasillo. “Manhattan”, se repetía, “vivo en Manhattan, calle 87 Oeste, número 568, departamento 3-C. No, no es así, vivo en Brooklyn, en... en la avenida Manhills 5698, de Queens”.

¡Queens! Por el amor de Dios, ¡hacía quince años que Lucille y él se habían mudado de Queens!

Paseo de los Pinos, número 57, Allendale, Nueva Jersey. Robert Graham sintió un nudo ardiente en el estómago. Sus ojos recorrieron alelados el pasillo oscuro, la gente que pasaba rápidamente a su lado, en dirección a los molinetes. Un cartel, muy cerca, mostraba un rinoceronte de color rosado que sostenía en el cuerno un pan de centeno integral

Feldman: *¡Mas fresco que el de mañana!* Y su cerebro, aturdido, buscó algo fijo e inamovible en que apoyarse.

Pero por él seguían cruzando las direcciones, en una corriente balbuceante de números, calles, ciudades, estados: Manhattan, Brooklyn, Queens, Staten Island, Nueva Jersey... ¡No, por Dios, se había mudado de Nueva Jersey a los diecisiete años! Avenida Manhill 5698, Avenida Bedford 1902, Paseo de los Pinos 57, Calle 75 Este 3360.

El Hogar de Huérfanos del Buen Pastor.

Robert Graham se estremeció. Llevaba meses sin pensar en el asilo en el que pasara siete años de su vida. Tragó saliva, convulsivamente, notando que el sudor le corría por las sienes, que estaba de pie, tenso e inmóvil en el pasillo del subterráneo, con el periódico arrugado en la mano temblorosa, mientras la gente corría junto a su silueta de piedra.

Cerró los ojos, recorrido por incontables escalofríos. “Claro, claro”, se apresuró a explicarse. “He estado trabajando demasiado”. Después de todo, el cerebro era un mecanismo complicado, podía sucumbir cuando uno menos lo esperaba.

Sus dedos temblorosos buscaron la billetera en el bolsillo trasero del pantalón. “Si no consigo recordar”, se tranquilizó, “me fijaré en la dirección que indica mi tarjeta de visita, y asunto arreglado. Me iré a casa de prisa, tranquilamente, y... y llamaré al doctor Wolfe”.

Robert Graham miró fijamente el permiso de conducir que tenía en la billetera. Un gemido casi inaudible le agitó la garganta... “¡Pero si no tengo coche!”, clamó su cerebro, “¡no tengo!”

Los dedos trémulos dejaron caer la billetera al suelo. Se inclinó para recogerla, rápido, nervioso. “Estoy enfermo”, se dijo, “estoy enfermo, tengo que volver a casa ahora mismo”. Recorrió con la vista el permiso de conducir: Calle 7 Este, número 222, Brooklyn 18, NY. Bajó de prisa por el pasillo, deslizando la billetera en el bolsillo de la chaqueta.

Algo le obligó a detenerse ante los molinetes: un impulso de la memoria, la colilla de un recuerdo. ¿No había olvidado dar el cambio de domicilio a la Municipalidad? ¿No había en Manhattan un departamento con moblaje bien conocido, donde Lucille preparaba la cena y...?

—Perdón, señor... ¿me deja pasar, por favor? —dijo la voz irritada de una mujer joven.

Robert Graham retrocedió apresuradamente y volvió a apoyarse contra la pared; algo helado le corría por la espalda.

No sé donde vivo.

Tuvo que admitirlo, confesarlo ante sí. “Recuerdo todas las direcciones que tuve en mi vida, pero no sé donde vivo ahora”. Era para volverse loco. Recordaba el departamento de la calle 87, y la casita de Brooklyn, y el departamento de Queens y el chalet de Staten Island y...

Se sentía mareado, mareado y lleno de temor. Habría querido aferrar por el brazo a cualquiera de los que pasaban para pedirle que lo llevara a su casa, para decirle que estaba olvidando todo, que necesitaba ayuda.

Sacó otra vez la billetera y la abrió, con dedos temblorosos. Seguro Social número 128-16-5629: Robert Graham. Eso no servía de nada. Cualquiera sabe su nombre, pero... ¿la dirección? ¿La dirección?

El carnet de la biblioteca: *Biblioteca Pública de Queens*. ¡Pero si ya no vivía en Queens! Ese carnet estaba caducado desde hacía tiempo; tendría que haberlo tirado a la basura. ¡Maldición! El pecho se le estremeció con una exclamación ahogada. ¿Qué le ocurría? Nada de todo aquello tenía sentido. Uno salía del trabajo, en la tarde de un jueves cualquiera, y...

—¡Oh, no!

Apretó los labios temblorosos: Jueves, era jueves. ¿O no? Abrió la boca, con la mandíbula tensa, como si temiera que también el cuerpo empezara a disgregarse. Estremecido, con los ojos vidriosos, permaneció en el pasillo oscuro, contemplando a la gente que pasaba por los molinetes, escuchando el interminable chasquido de las grandes aspas de madera al girar una y otra vez.

¿Qué día era? Tenía que enfrentar la pregunta. Era lunes. El día anterior había ido al parque con Lucille para remar en el lago. No, no era así, porque recordaba haber preparado el día anterior el contrato de Barton-Dozier.

Su garganta soltó un ruido extraño. Trató de desprenderse de aquella fresca pared, pero volvió a caer contra ella, con la billetera aún sujeta entre los dedos. “Jueves”, se dijo, con la inflexibilidad de una rígida voluntad; “es jueves, jueves, jueves, ¡jueves! Acabo de salir de las oficinas de... de...”

¡Oh, Dios del cielo! ¿dónde trabajaba?

Volvió a adelantar el cuerpo, como para echar a correr, aterrorizado. Pero se detuvo. Le temblaban las rodillas; no sabía si avanzar, retroceder o quedarse donde estaba.

Automáticamente, en un gesto inconsciente, sacó una moneda del bolsillo y trató de ponerla en la ranura del molinete.

—¿Qué pasa, amigo —oyó que preguntaba un hombre, a sus espaldas.

—Esta... esta moneda —dijo—; no entra.

El hombre lo miró fijamente por un instante; después infló las mejillas en una carcajada reprimida.

—¡Caray! —dijo—. ¿Quiere pasar con una moneda, todavía? ¿De dónde viene usted?

Robert Graham miró al hombre: algo frío y aterrador le empujaba el estómago hacia arriba. De pronto, bruscamente, pasó junto al hombre con un gruñido sordo.

Se detuvo junto a la pared y miró hacia atrás; su pecho subía y bajaba espasmódicamente al impulso de la respiración. “No sé qué estoy haciendo”, pensó, con la sensación de que el terror se apoderaba de él por completo. “No sé qué estoy haciendo, ni adónde voy, ni dónde vivo, ni dónde trabajo. Ni siquiera sé qué día es”. El rostro se le cubrió de sudor; al sacar el pañuelo reparó en... ¡el periódico! Lo desdobló prontamente.

Miércoles. Vacío los pulmones en un suspiro de alivio. Bueno, bueno, ya era algo, algo sólido donde podía aferrarse. *Miércoles*. Era miércoles. Su garganta se agitó convulsivamente. Gracias a Dios, al menos podía estar seguro de eso.

Se enjugó el sudor, pensando: “Bien, algo le ha pasado a mi mente. Tengo que llegar a casa para que me atiendan como es debido. Tengo que mirar en la billetera; allí debe haber algún papel con mi dirección: un carnet de club, mi tarjeta de visita, mi seguro médico, mi...”

Mientras se palmeaba frenéticamente los bolsillos, el diario cayó al suelo.

—¡No, oh, Dios, no! La he dejado caer...

Lo dijo en voz alta, con tono tenso, tratando de rechazar el pánico. “La he dejado caer, tal vez en los molinetes. Tenía demasiadas cosas en las manos: el diario, la moneda, la billetera... La dejé caer. Iré a buscarla”.

Volvió a recorrer lentamente el pasillo, con los ojos fijos en el suelo, cubierto por restos de goma de mascar, envolturas de caramelos, vasos de cartón arrugados, trozos de diario y colillas deshechas.

No había en el suelo billetera alguna, ni tampoco cerca del molinete. Se llevó a la mejilla una mano temblorosa. No, no podía ser real: era un sueño, un sueño descabellado y confuso. Vagó, aturdido, por entre las trajinadas hileras de pasajeros, con la vista fija en el suelo, buscando la billetera.

Tal vez alguien la hubiese recogido...

—Perdón —dijo al hombre de la cabina de cambio.

Este lo miró, fastidiado y con prisa; la gente agolpada tras Robert Graham apretó los labios con irritación.

—Bueno, ¿qué quiere? —preguntó el hombre.

—Por casualidad, ¿no le entregaron mi billetera? —preguntó Robert Graham—. Yo...

—No. No hay ninguna billetera.

Graham lo miró sin decir nada.

—Oiga, señor, mire toda la gente que está esperando cambio —observó el hombre, impaciente.

Robert se volvió para marcharse por el pasillo, tambaleándose, medio sofocado. Tenía ganas de llorar, y se mordió el labio inferior. No, no podía ser cierto. Echó a su alrededor una mirada llena de perplejidad e incomprensión. Era como si todo se alejara rápidamente; su existencia entera se iba nublando, la vida se oscurecía en una niebla de recuerdos perdidos.

—¡No!

La gente miró con asombro a ese hombre de rostro tenso, que acababa de gritar esa palabra en medio de la muchedumbre apresurada.

¡No, era absurdo! ¡Estaba en el mundo, estaba en la vida, en la vida cotidiana de 1954! No era un demente; estaba tan cuerdo como cualquiera de los que pasaban, y de inmediato se iría para su casa.

Trató de olvidar que se sentía paralizado por la tensión nerviosa, y cruzó el pasillo a paso rápido, para dirigirse a la hilera de cabinas telefónicas dispuestas contra un costado. “Bueno, si no puedo recordar dónde vivo, lo buscaré en la guía telefónica; revisaré toda la lista. No puede haber tantos Robert...”

Robert...

Se detuvo bruscamente, paralizado por el terror. A su lado, la gente pasaba rápidamente, camino a casa; todos ellos sabían dónde tenían su casa. Todos ellos recordaban sus apellidos.

—Esto es...

¿Ridículo? La voz, áspera y sorda, se le quebró antes de que concluyera la frase. No era ridículo. Era terrorífico, era la vida llevada súbitamente al horror total. ¡Estaba perdiendo la razón, la perdía! Era forzoso volver a casa para, para, para...

—¡Oh, mi Dios!

Tres mujeres se apartaron de aquel hombre estremecido, que gemía en mitad del pasillo. Se volvieron a mirarlo mientras pasaban de prisa.

El avanzó por entre la multitud, presa de frenesí.

—Tengo que conseguir ayuda —murmuraba—. Tengo que...

Una nube extraña avanzó por el pasillo con la multitud. Nadie parecía reparar en ella, aunque caminaban por entre sus vapores.

Pero él la vio, y un grito ahogado le sacudió la garganta. Se volvió, y desandó el trayecto a tropezones, tambaleándose, con las piernas cada vez más débiles. “No sé quién soy”. Esa frase no dejaba de apuñalarlo durante la huída. “No sé quién soy”. Echó una mirada por sobre el hombro. La nube se aproximaba con celeridad; estaba ya a pocos metros. El giró sobre sus talones.

El hombre soltó un grito.

Entonces la noche se abatió sobre él. Una noche quebrada por destellos de luz, como peces en un lago oscuro, entrevistos apenas como relámpagos de trémulos movimientos. Creyó ver el rostro de un extraño. Creyó oír:

—Ahora ven.

Se desmayó. La negrura entró hasta su cerebro como un remolino, y lo olvidó todo.

Era un hombre calvo, extraño, que vestía una túnica centelleante. Él permaneció acostado, escuchándole.

—Hace mucho tiempo que lo buscamos —decía el hombre—. Verá, cuando usted tenía dos años vivía con su padre, que era científico; llevado por la curiosidad, entró en una pantalla de tiempo, y la puso en funcionamiento por accidente. Sabíamos que había regresado a 1919, pero no conocíamos su paradero. Ha sido una larga búsqueda. Pero lo hemos encontrado.

»Lamentamos que haya pasado por tan difícil experiencia, pero no podíamos evitarlo. Cuanto más nos acercábamos a usted, más confusos se tornaban en su mente presente y pasado; al alcanzarlo, perdió la noción de todo.

El hombre sonrió brevemente. Robert contemplaba aturdido aquella extraña ciudad luminosa.

—Éste es su sitio —dijo el hombre—. Bienvenido.

EL FUNERAL

Morton Silcline estaba en su despacho, meditando sobre ciertos arreglos florales para las exequias de Beaumont. En ese momento, los tañidos de “Estoy cruzando el puente para unirme al coro invisible” anunciaron que un visitante acababa de entrar a *El Catafalco Barato de Clooney*.

Silcline parpadeó para borrar la meditación de sus ojos color de hígado y entretejió los dedos en un plácido ademán, recostándose en la silla tapizada de marta, con una sonrisa de funeral bienvenida. En la quietud del vestíbulo, la alfombra dejó oír apenas un rumor de pasos cómodos y tranquilos. Precisamente antes de que entrara aquel hombre alto, el reloj del escritorio zumbó, en un seco anuncio de las siete y treinta.

Morton Silcline se levantó, como si lo hubieran sorprendido en medio de un *tête-a-tête* con el ángel de la muerte, y se adelantó con pies susurrantes para alargar una mano de dedos laxos.

—Buenas tardes, señor —entonó, con una sonrisa que expresaba, en proporciones exactas, la simpatía y la bienvenida, con un dejo de reverencia.

El hombre devolvió su apretón de manos con una presión fresca y demoledora. Silcline se las compuso para disimular un momentáneo parpadeo de dolor en sus ojos color de canela.

—¿Quiere tomar asiento? —murmuró, señalando con su mano amoratada la silla de Los Dolientes.

—Gracias —repuso el hombre, con voz de barítono cortés.

Se sentó, desabotonando la delantera de su abrigo con cuello de terciopelo, y dejó su sombrero oscuro sobre la cristalina del escritorio.

—Mi nombre es Morton Silcline —se presentó el gerente, mientras volvía a posarse en el asiento.

—Asper —respondió, a su vez, el visitante.

—Permítame decirle que es un placer el conocerlo, señor Asper —ronroneó Silcline.

—Gracias.

—Bien, veamos —prosiguió Silcline, yendo directamente al duelo—, ¿qué podemos hacer en Clooney para aliviar su pena?

El hombre cruzó las piernas, enfundadas en pantalones oscuros, y replicó:

—Quisiera contratar un servicio fúnebre.

Silcline inclinó la cabeza, con una sonrisa que decía: “Para socorrerle estoy aquí”.

—Indudablemente —dijo—, ha venido al sitio más adecuado, señor.

Elevó los ojos por sobre la cabeza del visitante, y recitó:

—Cuando los seres amados yacen en el solitario diván del sueño eterno, deje usted que Clooney eche el cobertor —y volvió a bajar la vista, con una sonrisa de modesto servilismo.

—Esa frase la ideó la señora Clooney —explicó—. Nos gusta expresarla a quienes vienen en busca de consuelo.

—Muy bonito —dijo el hombre—. Muy poético. Pero vamos a los detalles. Me interesaría alquilar la sala más grande.

—Comprendo —repuso Silcline, conteniendo a duras penas el deseo de frotarse las manos—. Es la Sala del Descanso Eterno.

—Bien —asintió el visitante, afablemente—. También quisiera comprar el ataúd más caro.

Silcline estuvo a punto de sonreír con la alegría de un niño, pero su válvula cardíaca bombeó vigorosamente, y le permitió afinar el rostro en pliegues de solícita pena.

—Sin duda alguna, es posible.

—¿Con manijas de oro? —preguntó el cliente.

—Claro, sí —respondió el gerente Silcline, tragando saliva con un chasquido audible—. No lo dudo, Clooney puede proporcionarle cuanto usted necesita en estos momentos de dolor. Naturalmente...

Su voz expresó un pequeño cambio, de la condolencia a lo fiduciario.

—...representará un gasto algo mayor que el común.

—No importa cuánto cueste —respondió el visitante, desechando la advertencia con un gesto de la mano—. Quiero lo mejor.

—Así lo haremos, señor, así lo haremos —declaró Morton Silcline, con fervor.

—Magnifico.

—Ahora bien —prosiguió Silcline, de inmediato —, ¿desea usted que nuestro señor Mossbound pronuncie su sermón *Al cruzar la gran frontera*? ¿O ha pensado en alguna ceremonia de algún culto particular?

—Creo que no —replicó el hombre, meneando pensativamente la cabeza—. Un amigo mío pronunciará algunas palabras.

—Comprendo.

Se inclinó hacia adelante para tomar la pluma estilográfica de oro situada en el tintero de ónix; con dos dedos de la mano izquierda tomó un formulario de solicitud de una caja de marfil, y adoptó la expresión adecuada para Formular las Preguntas Dolorosas.

—¿Puedo preguntarle por el nombre del difunto?

—Asper —dijo el hombre.

Silcline levantó la vista, con una sonrisa cortés.

—¿Algún pariente?

—Soy yo.

La risa de Silcline se resolvió en una débil tosecita.

—¿Me disculpa? —inquirió—. Me pareció oírle decir...

—Que soy yo —repitió el cliente.

—Pero... no...

—Verá usted —explicó el hombre—. Nunca viví como se debe. Mi existencia fue una especie de lucha libre, siempre improvisada. Nada... ¿cómo podría expresarlo?... Nada muy *sabroso* —y agregó, encogiéndose de hombros—: Siempre he lamentado que las cosas fueran así, y habría querido arreglarlas.

Morton Silklane había vuelto a colocar la pluma en su tintero, con un decisivo gesto de la mano, y estaba de pie, palpitando de disgusto.

—Realmente, señor —expresó—, realmente...

El hombre pareció sorprendido ante aire tan ofendido.

—Yo... —comenzó a explicar.

—Me gustan las bromas tanto como a cualquiera —le interrumpió Silklane—, pero no durante las horas de trabajo. Creo que usted, señor, no se da cuenta de dónde está. Está en Clooney, una empresa fúnebre de reconocida respetabilidad; éste no es lugar para chistes triviales ni para...

Se echó hacia atrás, boquiabierto. El hombre de negro acababa de levantarse bruscamente, con los ojos centelleantes.

—Esto no es ninguna broma —dijo, en tono funesto.

—Que no es... —balbuceó Silklane, pero no pudo proseguir.

—He venido con un propósito muy serio —los ojos le brillaban como dos brasas encendidas—. Y quiero que este propósito sea satisfecho —concluyó—. ¿Entiende?

—Yo...

—El próximo martes —prosiguió el cliente—, a las ocho y media de la noche, mis amigos y yo vendremos para llevar a cabo las ceremonias. Tenga todo listo para entonces. El pago será al contado, después de las exequias. ¿Alguna pregunta?

—Yo...

—No necesito recordarle —dijo el visitante, recogiendo el sombrero— que éste es, para mí, un asunto de la mayor importancia.

Hizo una pausa, y su voz tomó la intensidad de un bajo profundo:

—Espero que todo marche bien.

Y con una ligera inclinación, se volvió, alcanzando en dos majestuosos pasos la puerta de la oficina. Allí se detuvo un momento.

—¡Ah! Otro detalle —dijo—. Ese espejo que está en el vestíbulo: quítelo. Y retire todos los que mis amigos y yo podamos encontrar mientras estemos en sus instalaciones... —y concluyó, alzando una mano enguantada de gris—. Y ahora, buenas noches.

Cuando Morton Silklane llegó al vestíbulo, su cliente salía aleteando por una pequeña ventana. Súbitamente, Morton Silklane cayó contra el suelo.

Llegaron a las ocho y treinta, y entraron al vestíbulo conversando entre sí; allí los esperaba Morton Silcline, con las rodillas vacilantes y los ojos circundados por enormes manchas, como las de un mapache, debido a las noches de insomnio.

—Buenas noches —saludó el hombre alto, reparando complacido en la ausencia del espejo.

—Buenas... —fue todo lo que Silcline pudo articular.

Le fallaron las cuerdas vocales, y los ojos, embotados por el aturdimiento, recorrieron uno a uno los miembros del cortejo: un jorobado de rostro deforme, a quien oyó que llamaban Igor; una vieja con sombrero de pico y un gato negro encaramado al hombro; un hombre macizo, de manos velludas, que hacía resonar los amarillos dientes, fijando en Silcline una mirada algo más que indiferente; un hombrecito con facciones de cera, que sonreía al gerente lamiéndose los labios, como poseído por una satisfacción interior. Y cinco o seis hombres y mujeres más, todos vestidos formalmente, encendidos los ojos y los labios, y con dentaduras —Silcline se encogió— realmente soberbias.

El gerente se apretó contra la pared, la boca abierta y las manos temblando a los costados, mientras los asistentes pasaban charlando unos con otros, rumbo a la Sala del Descanso Eterno.

—Venga con nosotros —dijo el hombre alto.

Silcline se apartó de la pared y avanzó, tambaleando y en zigzag, con los ojos dilatados de estupor.

—Espero que todo esté preparado —dijo el hombre, gentilmente.

—¡Oh! —chirrió Silcline—. ¡Oh, oh, sí!

—Excelente —replicó el cliente.

Cuando los dos entraron a la habitación, los otros estaban agrupados en semicírculo en torno al ataúd.

—Ser bueno —murmuraba el jorobado para sí—. Buena caja.

—¿Qué me cuentas de ese ataúd, Delfinia? —cloqueó la vieja.

Y Delfinia replicó:

—Mrrrau.

Mientras tanto, los otros sonreían con aprobación, murmurando “¡Ah!” y “¡Oh!”.

En ese momento, una de las mujeres vestidas de largo dijo:

—Dejemos que Ludwig lo vea.

El semicírculo se abrió, para que el hombre alto pudiera pasar. Este deslizó sus largos dedos sobre los adornos dorados y la cubierta, con un gesto de placer.

—Espléndido —murmuró, con la voz áspera por la emoción—. Realmente espléndido. Lo que siempre quise.

—Has escogido una belleza, muchacho —dijo un caballero alto, de cabellos blancos.

—Bueno, ¡pruébatelo! —chilló la vieja.

Ludwig, con una sonrisa infantil, trepó el ataúd y se acomodó en el interior.

—Me queda perfecto —dijo, contento.

— Amo quedar bien — musitó Igor, asintiendo—. Quedar bien caja.

En ese momento, el hombre de las manos velludas pidió que la ceremonia comenzara —pues tenía una cita para las nueve y cuarto—, y todo el mundo corrió a su asiento.

—Ven, pollito —dijo la vieja, agitando una mano huesuda ante el petrificado Silcline—. Siéntate a mi lado. Me gustan los muchachitos guapos, ¿verdad, Delfinia?

Y Delfinia dijo:

—Mrrrau.

—Por favor, Jenny —pidió Ludwig Asper, abriendo los ojos por un instante—. Ponte seria. Ya sabes lo que esto significa para mí.

—Sí, sí —murmuró la vieja, encogiéndose de hombros.

Se quitó el sombrero picudo para esponjarse los húmedos rizos, mientras Silcline, rígido como un zombie, se sentaba a su lado, guiado por la mano del hombrecito de cera.

—¡Hola, muchacho! —susurró la vieja, inclinándose para clavarle en las costillas un codo agudo como una espada.

En ese momento se levantó el caballero alto y canoso de la zona carpasiana, y comenzó el sermón.

—Amigos míos —dijo el caballero—, nos hemos reunido entre estos muros circundados de flores para rendir homenaje a nuestro camarada, Ludwig Asper, a quien los hados piadosos e inflexibles han arrancado de nuestra existencia, para llevarlo a ese desierto sarcófago de la eternidad.

—*Ci-gît* —murmuró alguien—. *Chant du cygne...*

Igor sollozaba. El hombre del rostro de cera, sentado junto a Morton Silcline, se inclinó para comentarle:

—Buen gusto, ¿no?

Pero Silcline no se sintió muy seguro de que se refiriera al discurso fúnebre.

—Aquí estamos —continuó el caballero cárpato— para reunir nuestras amarguras ante el féretro de nuestro camarada: este lecho de dolor, esta lápida, este desdichado túmulo...

—Más alto, más alto —exigió Jenny, golpeando el suelo con un zapato puntiagudo y petulante.

Y Delfinia dijo:

—Mrrrau.

Y la vieja guiñó hacia Silcline un ojo surcado de sangre. El gerente se encogió, retirándose, pero al hacerlo rozó al hombrecito, que lo contempló con ojos relucientes, murmurando otra vez:

—Buen gusto...

El caballero canoso se detuvo por un instante, para bajar hacia la bruja su majestuosa nariz. Después continuó:

—Esta última morada, este dokhma tenebroso, este ghat...

—¿Qué dijo? —preguntó Igor, interrumpiendo un sollozo—. ¿Qué, qué?

—No estás en un concurso de declamación, muchacho —dijo la vieja—. Habla claro, te digo.

Ludwig volvió a levantar la cabeza, con expresión de dolorosa confusión.

—Jenny —dijo—. *Por favor*.

—¡Ahhh, por los dientes del sapo! —graznó la vieja, mientras Delfinia gemía.

—*Requiescat in pace*, querido hermano —prosiguió el conde, tozudo—. Tu recuerdo no perecerá con tu sepultura atemporal. No es que estés fuera del juego, querido amigo, sino que juegas en otro campo.

En esto, el hombre de las manos velludas se levantó para abandonar la sala, anunciando en tono gutural:

—Me voy.

Silkline se sintió convertido en un trozo de hielo: acababa de escuchar un rumor de garras sobre la alfombra del vestíbulo. Un alarido retumbó a lo largo de todos los muros.

—Ullgate dice que tiene una cena —dijo el hombrecito sentado a su lado, con una brillante sonrisa.

La silla del gerente crujió bajo sus estremecimientos.

El caballero de pelo blanco se irguió, alto y silencioso, con los ojos cerrados y la boca cerrada en un gesto aristocrático.

—Conde —rogó Ludwig—, por favor...

—¿Es necesario que me someta a estas calumnias vulgares? —preguntó el conde—. ¿A estas...?

—Bueno, la-ra-rá —canturreó Jenny a su gata.

—¡Silencio, mujer! —rugió el conde.

La cabeza canosa desapareció momentáneamente en un vapor blanco y arremolinado, para surgir de nuevo en cuanto el conde recuperó el control sobre sí.

Ludwig se sentó, con la cara contraída por el disgusto.

—Jenny —declaró—, será mejor que te vayas.

—¿Crees que vas a echar a la vieja Jenny de Boston? —le desafió la bruja—. ¡Bueno, ahora verás lo que pasa!

Ante los ojos del horrorizado Silkline, la bruja dio una palmada a su sombrero picudo; de los dedos surgieron pequeñas chispas. Delfinia se erizó, convirtiendo su pelaje en clavos de ébano. El conde se adelantó con una mano extendida y aferró a la vieja por el hombro, pero se detuvo, rígido: una hoguera chisporroteante acababa de formarse a su alrededor.

—¡Jaaaa! —graznó Jenny.

Silkline, boquiabierto y horrorizado, balbuceaba:

—¡Mi alfombra!

—¡Jenny! —gritó Ludwig, saliendo de su ataúd.

La bruja hizo un gesto, y todas las flores del cuarto explotaron como rosetas de maíz.

—¡Noooo! —gimió Silcline.

Las cortinas llameaban. Volaron las sillas. El conde se convirtió en una corriente de agua blanca y carbonatada, que corrió hacia Jenny. Ella alzó los brazos y se evaporó, con gata y todo, en una espuma anaranjada. El aire se espesó con chillidos y batir de alas.

Cuando Morton Silcline estaba a punto de perder los ojos, a fuerza de dilatarlos, el hombrecito de la cara cerosa se inclinó, mostrando los dientes en una sonrisa, para apretar el brazo entumecido del gerente.

—Buen gusto —murmuró.

De inmediato, Silcline fue una sola cosa con la alfombra.

Morton Silcline se dejó caer en su silla tapizada de marta; aunque ya había pasado una semana desde aquellos sucesos, todavía le quedaba un tic nervioso. Sobre su escritorio estaba aún la nota que dejara Ludwig Asper, prendida a su pecho inconsciente.

“Señor —decía la nota—, acepte, además de esta bolsa de oro (que supongo cubrirá todos los gastos), mis más sentidas disculpas por la falta de decoro demostrada por los invitados a mi funeral. Con excepción de ese detalle, todo ha resultado de mi entera satisfacción.”

Silcline dejó la nota y acarició tiernamente la montaña de monedas centelleantes. Mediante discretas consultas, había averiguado que una conexión en México —para precisar, un sobrino cosmetólogo de *La Catacumba Barata de Carrillo*— podía colocar el oro para mutuo beneficio. Bien consideradas las cosas, el asunto no había sido tan malo como...

Morton Silcline levantó la vista: algo había entrado a su despacho.

Habría preferido echarse atrás con un grito, para desaparecer en el empapelado de la pared, pero estaba petrificado. Boquiabierto una vez más, contempló aquel ser informe y voluminoso, de múltiples tentáculos, que se balanceaba ante él, despidiendo un humo de color ocre. Cortésmente, el ente dijo:

—Un amigo me recomendó esta casa.

Por un momento, Silcline sintió que los ojos se le iban a saltar de las órbitas, pero su mano agitada rozó accidentalmente las monedas de oro, y eso le dio fuerzas. Aspirando por la boca, dijo:

—Ha venido... al mejor sitio, señor.

Tragó saliva, con valor, apretando los brazos contra el pecho.

—Pompas fúnebres para cualquier circunstancia —recitó.

Apartó de un soplido el humo verde amarillento que empezaba a oscurecer el despacho y alargó la mano hacia su pluma.

—¿Nombre del difunto? —preguntó, ya en espíritu comercial.

EL ÚLTIMO DIA

El primer pensamiento que se le ocurrió al despertar fue: *Ha terminado la última noche*. Había dormido algunas horas. Estaba acostado en el suelo, mirando hacia el techo. Las paredes mostraban aún el resplandor rojizo de la luz exterior. En el living no se oía más que un múltiple ronquido.

Miró a su alrededor. Había cuerpos dormidos por todo el cuarto. En el diván, en las sillas, en el suelo. Algunos se habían cubierto con alfombras. Dos estaban desnudos.

Se irguió sobre un codo, frunciendo el ceño; un dolor punzante le perforaba la cabeza. Cerró los ojos, y los mantuvo así por un momento. Después volvió a abrirlos. Hizo correr la lengua por el interior de la boca seca, percibiendo el regusto desagradable del licor y la comida.

Apoyado sobre el codo, echó una mirada en torno a la habitación, registrando lentamente la escena en su conciencia. Nancy y Bill yacían abrazados, ambos desnudos. Norman dormía acurrucado en una silla, con el delgado rostro muy tenso. Mort y Mel se habían cubierto con alfombras sucias, y ambos roncaban. Había otros en el suelo.

Fuera, el resplandor rojizo.

Miró por la ventana, parpadeando. Después recorrió con la vista su alto cuerpo, y volvió a tragar saliva.

Estoy vivo, pensó, y todo es verdad.

Se frotó los ojos, aspirando profundamente el aire viciado del departamento. Al levantarse tumbó un vaso; el licor con soda se volcó sobre la alfombra y empapó el tejido azul.

Había vasos rotos, tumbados, pateados y estrellados contra la pared. Había botellas vacías esparcidas por todo el cuarto. El tocadiscos había caído boca abajo, los álbumes estaban desparramados por el suelo, varios fragmentos de discos formaban diseños absurdos sobre la alfombra.

Entonces recordó. Era Mort quien había comenzado todo, la noche anterior. Había echado a correr hacia el tocadiscos, borracho, gritando:

—¿Para qué diablos sirve ahora la música? ¡Es sólo un montón de ruido!

De un solo puntapié, estrelló contra la pared el tocadiscos. Se dejó caer de rodillas para levantar el aparato con sus musculosos brazos y lo volvió a estrellar contra el suelo.

—¡Al diablo con la música! —chillaba—. ¡Odio esta porquería!

Mientras arrancaba los discos de los álbumes o de los sobres, para quebrarlos sobre la rodilla, llamó a los demás:

—¡Vamos! ¡Vengan!

La idea había prendido, como prendían todas las ocurrencias descabelladas en aquellos últimos días.

Mel, que estaba haciendo el amor con una muchacha, se levantó de un salto y comenzó a lanzar los discos por las ventanas, hacia la calle. Hasta Charlie dejó a un lado su preciada pistola, para tratar de hacer blanco en quienes pasaban por la calle.

Richard contempló aquellos platillos oscuros que planeaban y se hacían pedazos contra la acera. Arrojó también uno, pero en seguida volvió la espalda al grupo. Se llevó al dormitorio a la muchacha de Mel, y se acostó con ella.

Todo aquello recordaba en estos momentos, mientras intentaba mantenerse de pie en la luz rojiza. Cerró los ojos por un instante; al abrirlos los posó en Nancy, y recordó haberla tomado también en algún momento de aquellas horas salvajes corridas durante el día anterior y esa noche.

Ahora parece envilecida, pensó. Siempre ha sido una especie de animal. Antes se veía forzada a disimularlo, pero ahora, en este crepúsculo final, lo revela del único modo que sabe, con lo único que le importa.

¿Quedaría aún en el mundo alguien realmente digno, esa clase de gente que conserva la dignidad aun cuando ya no hacía falta impresionar a nadie?

Pasó por sobre el cuerpo de una muchacha dormida; vestía sólo un calzón, y tenía el pelo enmarañado, corrida la pintura de los labios y una expresión tensa y desdichada en los pliegues de la frente.

Al pasar por el dormitorio echó una mirada al interior. En la cama había tres muchachas y dos hombres. En el baño se encontró con el cadáver.

Estaba caído en la bañera, de cualquier modo, cubierto con la cortina de la ducha. Una de las piernas colgaba por sobre el borde, balanceándose absurdamente. Retiró la cortina para contemplar la camisa empañada en sangre y el rostro blanco y rígido.

Charlie.

Meneó la cabeza, y se volvió hacia el lavabo para lavarse las manos y la cara. No importaba ya. En realidad, Charlie era uno de los afortunados, un miembro de la inmensa legión que se había eliminado con cualquiera de las formas habituales del suicidio: cortándose las muñecas, tomando píldoras o metiendo la cabeza en el horno.

Mientras se estudiaba en el espejo la cara desgastada, pensó también en cortarse las venas. Pero no podía. Hacía falta algo más que la mera desesperación para llevarle al suicidio.

Tomó un poco de agua. Por suerte, aún había agua corriente. Difícilmente habría alguien trabajando en las plantas de agua, de electricidad o de teléfonos. ¿Quién sería tan tonto como para ir a trabajar en el último día del mundo?

En la cocina se encontró con Spencer. Estaba sentado a la mesa, en calzoncillos, mirándose las manos. En la sartén se freían unos huevos, lo cual significaba que también había gas.

—Hola —saludó.

Spencer gruñó, sin mirarlo, y siguió observándose las manos. Richard lo dejó pasar. Bajó un poco la llama, sacó pan del armario y lo puso en la tostadora eléctrica. Pero el artefacto no funcionó. Encogiéndose de hombros, se olvidó del asunto.

—¿Qué hora es? —preguntó Spencer, levantando la vista.

Richard miró su reloj.

—Está parado —dijo.

—¡Oh! —exclamó Spencer—. ¿Y qué día es?

Richard lo meditó un instante.

—Domingo, creo.

—Me pregunto si la gente estará en la iglesia —comentó Spencer.

—¿Qué importa?

Richard abrió la nevera.

—No hay más huevos —dijo Spencer.

—No hay más huevos —repitió Richard, cerrándola—. No hay más pollo, no hay nada más.

Y se recostó contra la pared con un suspiro trémulo, para mirar el cielo rojizo.

Mary, pensó. *Debí haberme casado con ella, y la dejé ir. ¿Dónde estaría? ¿Pensaría aún en él?*

Norman llegó a paso cansado, aturdido por el sueño y los efectos de la borrachera. Traía la boca abierta en una expresión de aturdimiento.

—...días —balbuceó.

—Buenos días, feliz jornada —respondió Richard, sin alegría alguna.

Norman le dirigió una mirada inexpresiva. Después fue hasta el fregadero para enjuagarse la boca.

—Charlie ha muerto —dijo, escupiendo en el desagadero.

—Ya lo sé —replicó Richard.

—¡Oh! ¿Cómo fue?

—Anoche —contó Richard—. Tú estabas inconsciente. ¿Recuerdas que amenazaba constantemente con matarnos a todos? ¿Con poner fin a nuestros sufrimientos?

—Sí. Me puso el caño contra la frente. Decía: “Siente qué frío está”.

—Bueno, se enredó en una pelea con Mort, y el revólver se disparó —y concluyó, encogiéndose de hombros—: eso fue todo.

Volvieron a mirarse. Norman giró la cabeza en dirección de la ventana.

—Todavía está allí —murmuró.

Ambos contemplaron aquella enorme bola llameante en el cielo, que ocultaba el sol, la luna y las estrellas.

Norman se apartó. Notó que le temblaban los labios y los apretó con fuerza.

—¡Dios mío! —dijo—. Es hoy... —volvió a contemplar el cielo—. Hoy —repitió—. Todo.

—Todo —dijo Richard.

Spencer se levantó para apagar el fuego. Miró los huevos por un momento, y de pronto pareció reaccionar:

—¿Para qué diablos cociné esto?

Los arrojó al fregadero; resbalaron, grasientos, por la superficie blanca; la yema se reventó, esparciendo su fluido amarillo y humeante sobre la clara.

Spencer se mordió los labios.

—Voy a acostarme con ella otra vez —dijo, de pronto.

Pasó junto a Richard, empujándolo; mientras cruzaba el vestíbulo dejó caer sus calzoncillos.

—Allá va Spencer —dijo Richard.

Norman se sentó a la mesa. Richard permaneció contra la pared. Desde el living llegó la voz de Nancy, que gritaba a todo pulmón:

—¡Ja! ¡Despiértense todos! ¡Miren cómo lo hago!

Norman levantó la vista, por un momento, hacia la puerta; pero algo pareció rendirse dentro de él, y dejó caer la cabeza sobre los brazos. Un estremecimiento le sacudió los delgados hombros.

—Yo también lo hice —dijo, con voz quebrada—, yo también lo hice. Oh, Dios, ¿para qué vine?

—Buscabas sexo —dijo Richard—. Como todos nosotros. Creíste que podrías terminar la vida en una bendición carnal.

—No puedo morir así —replicó Norman, en un susurro—. No puedo.

—Dos mil millones de personas están haciendo lo mismo. Cuando el sol choque contra nosotros, seguirán haciéndolo. Qué espectáculo.

Imagino a toda la población del mundo permitiéndose una postrera orgía de bestialidad, y se estremeció. Cerrando los ojos, oprimió la frente contra la pared en un esfuerzo por olvidar.

Pero la pared estaba caliente.

Norman levantó la vista.

—Vamos a casa —dijo.

—¿A casa? —preguntó Richard.

—A casa de nuestros respectivos padres. Mi madre y mi padre. Tu madre.

—No quiero —respondió Richard, meneando la cabeza.

—Es que no puedo ir solo.

—¿Por qué?

—Porque... no puedo. Ya lo sabes: las calles están repletas de tipos que matan a todo el que encuentran.

Richard se encogió de hombros.

—¿Por qué no quieres? —preguntó Norman.

—No quiero verla.

—¿A tu madre?

—Sí.

—Estás loco —dijo Norman—. ¿Quién, si no, puede...?

—No.

Pensó en su madre, que lo esperaba en casa. Lo esperaba, aún en aquel último día. Y le dolió intensamente pensar en esa demora, en la posibilidad de no volver a verla. Pero no dejaba de pensar: *Si voy a casa, querrá que rece con ella, que lea la Biblia y pase estas últimas horas absorto en una ceremonia religiosa.*

—No —repitió para sí.

Norman estaba desorientado; un sollozo contenido le estremeció el pecho.

—Quiero ver a mi madre —dijo.

—Anda, ve —replicó Richard, en tono indiferente.

Pero sentía anudadas las entrañas. No volver a verla. Ni a su hermana, su cuñado, su sobrina. No volver a verlos...

Suspiró. No tenía sentido luchar contra eso. A pesar de todo, Norman tenía razón. ¿Hacia quién, si no, podía volverse? ¿Había acaso, en todo este planeta a punto de arder, alguna otra persona que lo amara por sobre todas las cosas?

—¡Oh, está bien! —dijo—. Vamos. Cualquier cosa, con tal de salir de aquí.

El vestíbulo del edificio olía a vómito. Encontraron al portero completamente borracho, caído en las escaleras. Más allá había un perro a quien habían matado a puntapiés.

Al llegar a la entrada del edificio se detuvieron. Un gesto instintivo les hizo levantar la vista.

El cielo era rojo, como lava fundida. Los feroces rayos caían como lluvia caliente a través de la atmósfera. Aquella gigantesca bola de fuego seguía aproximándose más y más, ocultando ya todo el universo.

Bajaron los ojos, lagrimeando. Hacía mal mirar. Echaron a andar por la caldeada calle.

—Pleno invierno —dijo Richard—, y esto parece el trópico.

Mientras caminaban en silencio, pensó en los trópicos, en los polos, en todos los países del mundo que jamás vería. En todas las cosas que jamás haría. Como abrazar a Mary y decirle —mientras el mundo terminaba— que la amaba mucho, que no tenía miedo.

—Jamás —dijo, sintiendo que la frustración le crispaba el cuerpo.

—¿Qué?

—Nada, nada.

Algo le pesaba en el bolsillo de la chaqueta, golpeándole contra el costado. Metió la mano y sacó el objeto.

—¿Qué es eso? —preguntó Norman.

—El revólver de Charlie —respondió Richard—. Lo guardé anoche, para que nadie más lo utilizara... —soltó una risa amarga, brusca—. Para que nadie más se matara —agregó—. ¡Dios mío, tendría que haberme dedicado al teatro!

Iba a arrojar el arma, pero cambió de idea y volvió a guardarla en el bolsillo.

—Quizá me haga falta —dijo.

Pero Norman no le escuchaba.

—Gracias a Dios, no me han robado el coche. ¡Oh, mira!

Alguien había roto el parabrisas de una pedrada.

—¿Qué importa? —observó Richard.

—Bueno..., supongo que nada.

Subieron al asiento delantero, tras quitar los fragmentos de vidrio. Dentro del coche hacía mucho calor. Richard se quitó la chaqueta y la arrojó por la ventanilla, después de cambiar el revólver al bolsillo lateral del pantalón.

Camino al centro se cruzaron con mucha gente. Algunos corrían enloquecidos, como a la búsqueda de algo. Otros peleaban entre sí. En las aceras se veían los cadáveres de quienes habían saltado por las ventanas, y las víctimas de los automóviles lanzados a toda velocidad. Había edificios en llamas, y ventanas hechas añicos por las explosiones del gas acumulado.

Algunos se habían dedicado a saquear los negocios.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Norman, afligido—. ¿Esa es manera de pasar el último día?

—Tal vez así pasaron toda la vida —respondió Richard.

Se recostó contra la puerta para contemplar a la gente. Algunos lo saludaron con la mano. Otros maldecían y escupían a su paso. Unos cuantos les arrojaron proyectiles.

—La gente muere como ha vivido —dijo—. Algunos bien, otros mal.

—¡Mira! —gritó Norman.

Un coche venía a toda velocidad, contra su dirección. Por las ventanillas asomaban hombres y mujeres, cantando a gritos y agitando botellas. Norman hizo girar violentamente el volante, y logró esquivarlos por pocos centímetros.

—¡Están locos! —exclamó.

Richard se volvió a mirarlos por la ventanilla trasera. El automóvil patinó, fuera de control, y se estrelló contra la fachada de un negocio; volcó de costado, y las ruedas quedaron girando vertiginosamente en el aire.

Sin decir palabra, Richard volvió a mirar hacia adelante. Norman seguía con la vista fija al frente, las manos tensas y pálidas sobre el volante.

Otra intersección. Un coche apareció bruscamente, interponiéndose. Norman apretó los frenos, ahogando un grito, y los dos golpearon contra el tablero. El impacto los dejó sin aliento.

Antes de que Norman pudiera poner el motor nuevamente en marcha, un grupo de adolescentes apareció en la esquina, armados todos de puñales y cachiporras. Venían en

persecución del otro coche, pero en ese momento cambiaron de dirección, y se lanzaron contra ellos. Norman puso la primera y se lanzó a través de la calle lateral.

Uno de los muchachos saltó sobre el baúl del coche. Otro intentó subirse al estribo pero no lo consiguió, y cayó rodando sobre la calzada. Un tercero saltó sobre el estribo y se tomó de la manija.

—¡Os voy a matar! —chilló, lanzando una puñalada en dirección a Richard—. ¡Cretinos! ¡Hijos de puta!

Una segunda cuchillada tajeó el respaldo del asiento: Richard se había hecho bruscamente a un lado.

—¡Bájate! —gritó Norman, tratando de controlar al mismo tiempo al volante y al muchacho.

Este trató de abrir la puerta, en el preciso momento en que el coche se lanzaba furiosamente por Broadway. Intentó otra puñalada, pero el movimiento del automóvil lo hizo fallar.

—¡Ya verán! —gritó, poseído por un odio descabellado.

Richard trató de abrir la puerta para despedir al muchacho, pero no pudo. La cara blanca y contraída apareció en la ventanilla. Se levantó el cuchillo.

Richard tenía ya el revólver en la mano. Disparó contra el rostro asomado. El muchacho cayó con un aullido de agonía, como un saco de patatas. Rebotó una vez, sacudió la pierna izquierda, y quedó inmóvil.

Richard se volvió. El otro muchacho seguía trepado a la parte trasera del coche, con el contraído rostro pegado a la ventanilla trasera. Pudo adivinar las maldiciones que pronunciaba por los movimientos de su boca.

—¡Hazlo caer! —dijo.

Norman giró en dirección a la acera y volvió bruscamente al medio de la calle. El muchacho seguía aferrado. Norman repitió la maniobra, nuevamente sin resultado.

Al tercer intento logró que el intruso perdiera el apoyo. Cayó al suelo. Trató de seguirlos a la carrera, pero llevaba demasiado impulso lateral. Saltó por sobre la acera y se estrelló contra la vidriera de un bazar, con los brazos extendidos hacia adelante para evitar el golpe.

Ambos quedaron agitados y exhaustos; guardaron silencio por largo rato. Richard arrojó el arma por la ventanilla y se quedó mirando cómo rebotaba en el pavimento, para estrellarse finalmente contra una boca de incendios. Norman iba a decir algo, pero se interrumpió.

Tomaron la Quinta Avenida, y cruzaron el centro a setenta kilómetros por hora. No había muchos automóviles en esa zona.

Las iglesias estaban atestadas. Los feligreses que no podían entrar permanecían fuera, en los escalones.

—Pobres tontos —dijo Richard, trémulo todavía.

—¡Ojalá yo fuera también un pobre tonto! —suspiró Norman—. Un pobre tonto capaz de creer en algo.

—Tal vez —respondió Richard—. Sería mejor pasar el último día convencido de algo que uno creyera verdad.

—El último día —musitó Norman—. Yo... —meneó la cabeza, agregando—: No puedo creerlo. Lo he leído en los periódicos. Veo ese... eso, allá arriba. Sé que va a suceder, pero... ¡Dios mío! ¿El fin?

Contempló a Richard por una fracción de segundo, y volvió a preguntar:

—¿Y después la nada?

—No lo sé —respondió Richard.

En la calle 14, Norman se dirigió hacia el este, para cruzar velozmente el puente de Manhattan. Nada los detuvo, ni cadáveres ni coches estrellados. En una oportunidad, el automóvil aplastó la pierna de un hombre muerto. Norman torció el gesto.

—Han tenido suerte —dijo Richard—. Más suerte que nosotros.

Al llegar al centro de Brooklyn, se detuvieron frente a la casa de Norman. Algunos niños jugaban a la pelota en la calle, inconscientes de cuanto ocurría. Sus gritos resonaban muy altos en la calle silenciosa. Richard se preguntó si los padres sabrían dónde estaban sus hijos, o si les importaba saberlo.

Norman lo miraba fijamente.

—¿Y...? —empezó.

Richard sintió que el estómago se le ponía duro. No pudo contestar.

—¿No quieres... entrar por un minuto? —invitó Norman.

—No —respondió Richard, meneando la cabeza—. Prefiero irme a casa. Tengo que verla. A mi madre.

—¡Oh!

Norman asintió, irguiéndose, y trató de mostrar una expresión calmada.

—No sé si vale algo, Dick —dijo—. Te considero mi mejor amigo y...

No pudo seguir. Alargó una mano para estrechar la de Richard y se bajó del coche, dejando la llave puesta.

—Adiós —dijo de prisa.

Richard se quedó mirando a su amigo, que daba la espalda al coche para dirigirse al edificio. Antes de que llegara a la puerta, gritó:

—¡Norman!

Lo vio detenerse y volver la cabeza. Ambos se miraron en silencio. Todos los años de amistad parecieron encenderse brevemente entre los dos. Richard logró sonreír y se tocó la frente en un saludo postrero.

—Adiós, Norman —dijo.

El otro no sonrió. Abrió la puerta y desapareció tras ella.

Richard permaneció inmóvil por largo rato, con la vista fija en la puerta. Puso en marcha el motor, pero volvió a apagarlo, pensando que quizá los padres de Norman no estuvieran en la casa.

Un rato después volvió a ponerlo en marcha y se dirigió hacia su casa. Mientras conducía, no dejaba de meditar. Cuanto más se acercaba el fin, menos ganas tenía de enfrentarlo. Prefería acabar ahora, antes de que comenzara la histeria.

Decidió tomar píldoras para dormir. Era lo mejor. En su casa tenía algunas, y era de esperar que alcanzaran. Probablemente no quedaría ni una en la farmacia de la esquina. En los últimos días se habían vendido a montones. Muchas familias optaban por reunirse para tomarlas.

Llegó a la casa sin inconvenientes. El cielo, en lo alto, tenía ya un tono carmesí incandescente. El calor le daba en la cara como el soplo de un horno distante. Antes de abrir la puerta, aspiró aquel aire caldeado. Después entró, lentamente.

Pensaba encontrar a su madre en el cuarto delantero, rodeada por sus libros, rezando, para que los poderes invisibles la socorrieran mientras el mundo se preparaba para hervir. Pero no estaba allí. La busco por toda la casa, con el corazón palpitándole aceleradamente; cuando comprendió que no estaba allí, sintió un inmenso vacío en el estómago. Toda su cháchara acerca de que no quería verla era sólo eso, cháchara. La amaba. Ella era todo lo que tenía.

Busco alguna nota suya, en los dos dormitorios, en la sala.

—Mamá —exclamó—. Mamá, ¿dónde estás?

La nota estaba en la cocina, sobre la mesa.

Querido Richard:

Estaré en casa de tu hermana. Por favor, ve allá. No quiero pasar sin ti este último día. No hagas que abandone este mundo sin volver a verte, querido. Por favor.

El último día. Allí estaba, escrito en blanco y negro. Había sido precisamente su madre quien escribiera esas palabras. Ella, siempre tan escéptica ante las preferencias del hijo por la ciencia materialista, admitía finalmente la última predicción de la ciencia.

Porque ya no se podía dudar. El cielo estaba cubierto de flamígeras evidencias. Ya nadie podía dudar.

El mundo entero acababa. La asombrosa sucesión de evoluciones y revoluciones, de contiendas y discordias, la interminable continuidad de los siglos..., todo se volvía hacia atrás, hacia el nebuloso pasado de rocas, árboles, animales y hombres. Todo debía desaparecer. En un momento, en un relámpago. El orgullo, la vanidad del hombre y de su mundo, todo ardería por un caprichoso desorden astronómico.

¿Qué sentido tenía, entonces, todo eso? Ninguno, ninguno en absoluto. El mundo entero llegaba a su fin.

Sacó del botiquín las pastillas para dormir y se marchó, rumbo a casa de su hermana. Mientras conducía el automóvil por entre las mil cosas que atestaban las calles, desde cadáveres hasta botellas vacías, no dejaba de pensar en su madre. En ese último día. En las discusiones con respecto a su Dios y a la religión. Resolvió no discutir; trataría de que ese último día transcurriera en paz. Aceptaría su sencilla devoción, sin volver a atacar esa fe.

La casa de Grace estaba cerrada. Tocó el timbre; tras algunos instantes se oyeron pasos apresurados. Dentro, Ray gritó:

—¡No abra, mamá! ¡Puede ser otra vez esa patota!

—Es Richard, estoy segura —respondió su madre.

La puerta se abrió; ella lo abrazó, llorando de alegría. Cuando Richard pudo hablar, dijo suavemente:

—¡Hola, mamá!

Durante toda la tarde, su sobrinita Doris jugó en el living mientras Grace y Ray la contemplaban, inmóviles en el sofá.

Si estuviera con Mary, pensaba Richard constantemente. *Si al menos estuviéramos juntos hoy...* Tal vez habrían tenido hijos, y ambos los mirarían como Grace a Doris, pensando que esos pocos años vividos serían únicos.

A medida que se aproximaba la noche, el cielo se tornaba más brillante, cruzado por violentas corrientes carmesíes. Doris lo contemplaba tranquilamente desde la ventana. Durante todo el día no se la había oído llorar ni reír; Richard, para sus adentros, se dijo: *Lo sabe todo*. También pensó que en cualquier momento su madre les pediría a todos que rezaran juntos, que se sentaran a leer la Biblia y a implorar la caridad divina.

Pero ella no decía nada. Se limitaba a sonreír. Preparó la cena; Richard fue a la cocina a hacerle compañía.

—No sé si voy a esperar —le dijo él—; tal vez tome píldoras para dormir.

—¿Tienes miedo, hijo? —preguntó la madre.

—Todo el mundo tiene miedo.

Ella meneó la cabeza.

—Todo el mundo no.

Ahora viene, se dijo Richard. La mirada de suficiencia, la frase inicial. Pero ella le alcanzó una fuente con verduras, y todos se sentaron a comer.

Nadie habló durante la cena, como no fuera para pedir los platos. Doris no abrió la boca. Richard la miraba desde el otro lado de la mesa.

Pensaba en la noche anterior. Aquella descabellada forma de beber, las peleas, los abusos carnales. Pensó en Charlie, muerto, metido en la bañera. En el apartamento de Manhattan. En Spencer, lanzado en un frenesí de lujuria en el que debía culminar su vida. En el muchacho que matara en las calles de Nueva York, con un balazo en la cabeza.

Todo aquello parecía muy lejano. Casi le era posible creer que nunca había ocurrido nada de eso. Casi podía creer que aquélla era una cena normal, en compañía de su familia. La única diferencia era ese color encendido en el cielo, que entraba por las ventanas como el resplandor de alguna hoguera fantástica.

Al concluir la comida, Grace fue a buscar una caja y la trajo a la mesa. La abrió y sacó unas píldoras blancas. Doris la miraba con grandes ojos inquisitivos.

—Es el postre —le dijo Grace—. Todos vamos a comer caramelos blancos como postre.

—¿Es menta? —preguntó Doris.

—Sí, es menta.

Richard sintió un escalofrío en la espalda al ver que Grace ponía varias píldoras frente a Doris, y otras frente a Ray.

—No tengo para todos —dijo la hermana.

—Yo tengo las mías —replicó él.

—¿Tienes para mamá?

—No me hacen falta —replicó la madre.

El estuvo a punto de gritarle: “¡Oh, deja ya de ser tan noble!”... Pero se contuvo. Fascinado, lleno de horror, observó a Doris, que sostenía las píldoras en la manita.

—Esto no es menta —dijo—. Mamá, esto no es...

—Sí, lo es —respondió Grace, con un profundo suspiro—. Cómelas, querida.

Doris se llevó una a la boca e hizo un gesto de desagrado. La escupió sobre la palma e insistió, molesta:

—No es menta.

Grace levantó una mano y se mordió los nudillos, lanzando sobre Ray una mirada de desesperación.

—Cómelos, Doris —dijo Ray—. Cómelos, son buenos.

—No, no me gustan —protestó Doris, echándose a llorar.

—¡Cómelos!

Ray se volvió, súbitamente estremecido. Mientras Richard intentaba vanamente encontrar una forma de hacerle tomar las píldoras, su madre dijo:

—Te propongo un juego, Doris. Veamos si puedes tragar todos los caramelos antes de que yo cuente hasta diez. Si ganas, te daré un dólar.

—¿Un dólar? —preguntó Doris, sorbiendo las lágrimas.

—Uno... —comenzó la abuela.

Doris no se movió.

—Dos... Un dólar, recuerda.

Doris se secó las mejillas.

—¿Un dólar entero?

—Sí, querida. Tres... cuatro... Apresúrate.

Doris extendió la mano hacia las píldoras.

—Cinco... seis... siete...

Grace tenía los ojos fuertemente cerrados. Estaba muy pálida.

—Nueve... y diez.

La madre de Richard sonreía, pero le temblaban los labios, y en sus ojos había cierto brillo.

—Muy bien —dijo, alegremente—. Has ganado.

En un gesto súbito, Grace se llevó las píldoras a la boca y las tragó en rápida sucesión. Después dirigió los ojos hacia Ray. Éste adelantó una mano temblorosa y tragó

las píldoras. Richard, a su vez, buscó las suyas en el bolsillo, pero no las sacó. No quería tomarlas frente a su madre.

Doris se adormeció casi de inmediato. Bostezó; los ojos se le cerraban. Cuando Ray la alzó, ella le echó los bracitos al cuello y se recostó contra su hombro. Grace se levantó también, y los tres volvieron al dormitorio.

Mientras su madre iba a despedirse de ellos, Richard permaneció sentado, con los ojos perdidos en el mantel blanco y en los restos de comida.

Ella volvió, sonriéndole.

—Ayúdame a retirar los platos —le dijo.

—¿Los platos? Pero...

Se interrumpió. No importaba mucho en qué se ocuparan.

Fue con ella a la cocina iluminada de luz rojiza. Había algo agudamente irreal en el acto de secar platos que no volverían a usarse, para guardarlos en un armario que en pocas horas dejaría de existir.

No podía dejar de pensar en Ray y en Grace. Finalmente salió de la cocina sin decir una palabra y se dirigió al dormitorio. Abrió la puerta y los contempló por largo rato. Después volvió a cerrar, y se dirigió lentamente a la cocina.

—Los tres están... —dijo.

—Está bien.

—¿Por qué no les dijiste nada? —preguntó él—. ¿Cómo les dejaste hacer eso sin decirles nada?

—Richard —respondió ella—, en días como éstos cada uno debe escoger su propio camino. Nadie puede indicar a los demás qué se debe hacer. Y Doris era hija de ellos.

—Y yo soy tu hijo, ¿no?

—Ya no eres un niño.

Él terminó de secar los platos. Sentía los dedos entumecidos y temblorosos.

—Mamá, anoche...

—No me importa.

—Pero...

—No importa —insistió ella—. Esta parte está acabando.

Ahora, pensó Richard, casi con dolor. *Esta parte, dijo*. Ahora hablará de la vida después de la muerte, del Paraíso, de la recompensa para los justos y la penitencia eterna para los pecadores. Pero ella sólo dijo:

—Salgamos a sentarnos en el porche.

La acompañó sin comprender. Cruzaron la casa silenciosa y se sentaron en los escalones del porche. *No volveré a ver a Grace*, se decía Richard. Ni a Doris, ni a Norman, ni a Spencer, ni a Mary. A nadie.

No lograba asimilarlo. Era demasiado. Sólo le quedaba permanecer allí sentado, como si fuera de piedra, contemplando el cielo rojo y el enorme sol que estaba a punto de

tragarlos. Ni siquiera se sentía nervioso. Los temores se habían apagado en la repetición interminable.

—Mamá —inquirió, después de un rato—. ¿Por qué... por qué no me has hablado de religión? Sé que tienes ganas de hacerlo.

Ella lo miró; su rostro era muy suave bajo el resplandor rojizo.

—No necesito hacerlo, querido —dijo—. Sé que estaremos juntos cuando esto acabe. No necesitas creer tú. Yo creo por los dos.

Y eso fue todo. Él le dirigió una mirada de asombro, maravillado por tanta fuerza, tanta confianza.

—Si quieres tomar esas píldoras —dijo la madre—, hazlo. Puedes dormirte sobre mi regazo.

—¿No te importaría? —preguntó él, estremecido.

—Quiero que hagas lo que te parezca mejor.

Richard no supo qué hacer, hasta que la imagen de su madre, sola en el porche cuando todo acabara, le decidió.

—Me quedaré contigo —dijo, impulsivamente.

—Si cambias de idea —dijo ella, sonriendo—, dímelo.

Por un rato permanecieron en silencio. Al cabo, ella dijo:

—Es bonito.

—¿Es bonito?

—Sí. Dios cierra con un telón luminoso nuestra obra.

Él no comprendió, pero le pasó un brazo por los hombros, y ella se recostó contra su pecho.

Una cosa estaba clara. Era la noche del último día. Y aunque no sirviera de nada, se amaban de verdad.

LA NIÑA EXTRAVIADA

El llanto de Tina me despertó en un segundo. La noche era negra como la tinta. Oí que Ruth se movía en la cama, a mi lado. Tina, en el living, tomó aliento y volvió a empezar, esta vez con más bríos.

—¡Oh Dios! —murmuré, soñoliento.

Ruth, con un gruñido, hizo ademán de apartar las cobijas.

—Voy yo —dije, cansado.

Ella volvió a hundir la cabeza en la almohada. Cuando Tina llora por las noches, ya sea por un dolor de estómago o porque se cae de la cama, Ruth y yo nos turnamos para atenderla.

Levanté las piernas y las dejé caer por encima de las frazadas. Después me arrastré hasta el borde de la cama y bajé los pies al suelo; al tocarlo hice una mueca. La casa estaba helada; siempre era así en las noches de invierno, a pesar de estar en California.

Arrastré los pies por el suelo helado, esquivando la cómoda, el escritorio, la biblioteca del vestíbulo y la esquina del televisor. Tina duerme en el living, porque sólo pudimos conseguir un apartamento de dos ambientes. Tenemos un sofá que se convierte en cama. En ese momento lloraba a todo pulmón, llamando a su mamá.

—Bueno, bueno, Tina. Papá se encargará de todo.

Seguía llorando. En el balcón, Mack —nuestro perro *collie*— saltó de su cama, armada en una silla de campamento.

En medio de la oscuridad me incliné sobre el sofá, pero las cobijas estaban planas. Retrocedí para mirar al suelo; no estaba por allí.

—¡Oh, Dios mío! —musité, riendo entre dientes a pesar de la irritación—. La pobrecita está bajo el sofá...

Me arrodillé para mirar allí, riendo aún al pensar que Tina se había arrastrado bajo el sofá al caer de la cama. Tratando de no soltar la carcajada, la llamé:

—Tina, ¿dónde estás?

El llanto se hizo más potente, pero no la veía. Estaba demasiado oscuro.

—Oye, ¿dónde estás, tesoro? Ven con papá.

Palpé el suelo, como uno hace cuando pierde un botón de la camisa bajo el escritorio; la criatura seguía llorando y clamaba: "Mamita, mamita".

Ese fue el primer impacto de sorpresa. Por mucho que alargué la mano, no la alcancé.

—Vamos, Tina —dije, nada divertido ya—, deja de jugar conmigo.

Lloro con más bríos. Toqué la pared helada y retiré la mano bruscamente.

—¡Papá! —lloraba Tina.

—Oh, por todos los...

Me levanté a duras penas y crucé el living para encender la lámpara de junto al tocadiscos. Al volver hacia el sofá me detuve en seco, como un idiota medio dormido; un escalofrío me recorrió la espalda.

Alcancé el sofá de un salto y me arrodillé para mirar por debajo, ya frenético, con la garganta más y más oprimida. La oía llorar bajo la cama, pero no podía encontrarla.

Al captar la verdad, los músculos del estómago se me hicieron un nudo. Deslicé la mano una y otra vez bajo la cama, pero no encontré nada. La oía llorar, pero... ¡por Dios, no estaba allí!

—¡Ruth! —grité—. ¡Ruth, ven!

Oí que Ruth aspiraba con fuerza en el dormitorio. Después, un susurro de sábanas y el rumor de sus pies cruzando velozmente el cuarto. Por el rabillo del ojo distinguí el movimiento azul pálido de su camión.

—¿Qué pasa? —jadeó.

Me levanté; apenas podía respirar, mucho menos explicarme. Traté de decir algo, pero las palabras se me atravesaron en la garganta. Con la boca abierta, señalé el sofá con un dedo tembloroso.

—¿Dónde está? —gritó Ruth.

—No lo sé —logré decir al fin —Se...

—¡Qué!

Cayó de rodillas junto al sofá para mirar por debajo.

—¡Tina! —llamó.

—Mamá...

Ruth retrocedió, empalideciendo. Me miró, horrorizada. De pronto me llegó el ruido que hacía Mack en la puerta.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Ruth, con voz hueca.

—No lo sé —repetí, aturdido—. Encendí la luz, pero...

—Pero... está llorando —exclamó Ruth, como si no pudiera creer tampoco en lo que veía... en lo que *no* veía—. Yo... Cris, escúchala...

Era el llanto, los sollozos asustados de nuestra hija.

—¡Tina! —grité a toda voz, aunque no servía de nada—. ¿Dónde estás, ángel?

No hizo más que seguir llorando:

—¡Mamá! —rogó—. ¡Mamita, levántame!

—No, no, esto es cosa de locos... —dijo Ruth, tensa la voz, mientras se levantaba—. ¡Está en la cocina!

—Pero...

Guardé silencio mientras Ruth encendía la luz de la cocina y entraba a ver. El tono desesperado con que habló me hizo estremecer:

—Cris... ¡No esta aquí!

Volvió a la carrera, con los ojos dilatados por el terror, mordiéndose los labios.

—Pero... ¿dónde...?

Se interrumpió, porque los dos oíamos claramente el llanto de Tina debajo del sofá. Y debajo del sofá... no había nada.

De cualquier modo, Ruth se negó a aceptar esa absurda realidad. Miró dentro del armario del vestíbulo, detrás del televisor y hasta en los cinco centímetros que quedaban libres tras el tocadiscos.

—Querido, ayúdame —rogó—. No podemos dejarla así.

—Está debajo del sofá, querida —dije, sin moverme.

—Pero... ¡no está!

Una vez más, en medio de aquel sueño absurdo e imposible, me arrodillé en el suelo frío para palpar bajo el canapé. Me metí en ese espacio y revisé cada centímetro. Pero no pude tocarla, aunque su llanto me sonaba directamente en el oído.

Me levanté, estremecido por el frío y por algo más. Ruth estaba de pie en medio de la alfombra, mirándome.

—Cris —dijo, en voz baja, casi inaudible—. Cris, ¿qué está pasando?

—No lo sé, querida —dije, meneando la cabeza—. No lo entiendo.

Mack comenzó a gemir en el balcón, sin dejar de rascar la puerta. Ruth echó una mirada hacia allí, con el rostro blanco y aterrorizado. Al volver los ojos hacia el sofá, temblaba bajo el camisón de seda. Por mi parte, me sentía incapaz de nada: mi cerebro tomaba diez direcciones distintas, pero ninguna de ellas llevaba a la solución..., ni siquiera a un pensamiento concreto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella, conteniendo un grito.

—No sé, tesoro, pero...

Me interrumpí; ambos avanzamos hacia el sofá. El llanto de Tina se había tornado más débil.

—¡Oh, no! —gimió Ruth—. ¡No! Tina...

—Mamá —dijo Tina, desde lejos.

Se me erizó la piel. Como quien regaña a una criatura desobediente que está fuera de la vista, grité:

—¡Tina, ven aquí!

—¡TINA! —gritó Ruth.

El departamento quedó en silencio. Ruth y yo nos echamos de rodillas junto al sofá, para contemplar ese espacio vacío. Escuchamos.

Nuestra hija roncaba pacíficamente.

—Bill, ¿puedes venir ahora mismo? —dije por teléfono, desesperado.

—¿Qué? —preguntó Bill, con voz espesa y torpe.

—Bill, te habla Cris. ¡Tina ha desaparecido!

Él pareció despertarse del todo.

—¿La han secuestrado? —preguntó.

—No, está aquí, pero... no está aquí —le oí emitir un gruñido confuso, y tomé aliento

—. ¡Bill, por el amor de Dios, ven!

Hubo una pausa. Después respondió:

—En seguida voy.

Por la forma en que lo dijo, comprendí que no entendí por qué debía venir. Dejé caer el receptor y me volví hacia Ruth, que estaba sentada en el diván, temblando y retorciéndose las manos sobre el regazo.

—Ponte la bata, querida —le dije—. Vas a coger frío.

—Cris, yo... —empezó, con las mejillas surcadas de lágrimas—. Cris, ¿dónde está?

—Oh, querida...

Fue cuanto pude decir, débil y desesperadamente. Fui al dormitorio y le traje la bata. Por el camino me detuve ante la calefacción, retorciéndome.

—Toma —le dije, echándole la bata sobre los hombros—. Póntela.

Pasó los brazos por las mangas, mientras me rogaba con la mirada que hiciera algo. Sabía perfectamente que nada podía yo hacer, pero me estaba implorando que trajera de vuelta a su criatura.

Volví a arrodillarme..., sólo por hacer algo, sabiendo que no serviría de nada. Así permanecí largo rato, con la mirada perdida en el suelo, bajo el sofá, en total oscuridad.

—Cris, está dur... durmiendo en el suelo —dijo Ruth, tartamudeando, pálidos los labios—. ¿No... cogerá frío?

—Yo...

No pude seguir hablando. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no estaba en el suelo? ¿Cómo saberlo? Oía la respiración de Tina, sus suaves ronquidos en ese rincón..., pero no estaba allí, no podía tocarla. No se había ido, pero no estaba allí. La mente me daba mil vueltas tratando de entender aquello. Si alguien intenta adaptarse a una situación como ésa, descubrirá que se llega al borde del colapso.

—Querida, no... no está aquí —dije—. Quiero decir, no está en el suelo.

—Pero...

—Ya sé, ya sé —la interrumpí, alzando las manos y encogiéndome de hombros en total derrota—. No creo que tenga frío, querida.

Lo dije en el tono más suave y persuasivo que pude encontrar. Ella iba a responderme, pero no lo hizo. No había nada que decir. Aquello estaba más allá de todas las palabras.

Nos quedamos en silencio, a la espera de que Bill llegara. Lo había llamado porque es ingeniero, recibido en la Tecnológica de California, y uno de los cerebros de la Lockheed, allá en el valle. No sé por qué se me ocurrió que podría ayudarnos. Habría llamado a cualquiera, con tal de tener a alguien que nos ayudara. Los padres somos completamente inútiles cuando estamos asustados por nuestros hijos.

En cierto momento, antes de que Bill llegara, Ruth se arrodilló junto al sofá y volvió a palpar el suelo. Invasa por un nuevo terror, exclamó:

—¡Tina, despierta! ¡Despierta!

—Querida, ¿qué vas a conseguir con eso? —le pregunté.

Me miró, aturdida, comprendiendo que no serviría de nada.

Percibí los pasos de Bill, y llegué a la puerta antes que él. Entró serenamente, miró a su alrededor y saludó a Ruth con una leve sonrisa. Cuando se quitó el abrigo vi que aún tenía puesto el pijama.

—¿Qué pasa? —preguntó en seguida.

Se lo dije en pocas palabras, con toda la claridad que pude. Él se arrodilló para verificarlo; mientras palpaba los alrededores del sofá, vi que su frente se arrugaba profundamente: acababa de oír la calma respiración de Tina. Al fin se enderezó.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Mi Dios... —murmuró, meneando la cabeza.

Ambos lo miramos fijamente. Mack seguía gimiendo y rascando la puerta.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Ruth.

—Tranquilízate —dijo él.

Yo me acerqué para abrazarla. Estaba temblando.

—Por la respiración, puedes ver que está bien.

—Pero ¿dónde está? —pregunté—. No se la ve, y ni siquiera se la puede tocar.

—No sé —dijo Bill, otra vez arrodillado junto a la cama.

—Cris —dijo Ruth, preocupada—, será mejor que hagas entrar a Mack; va a despertar a todos los vecinos.

—Bueno, ya voy —dije, pero seguí observando a Bill—. ¿Y si llamáramos a la policía? —pregunté—. ¿Crees que...?

—No, no, no serviría de nada —dijo Bill—. Esto... —meneó la cabeza, como si estuviera descartando todo lo que hasta entonces había dado por seguro, y completó—: Esto no es asunto para la policía.

—Cris, ese perro va a despertar a todos los...

Me volví hacia la puerta del balcón para dejar entrar a Mack, pero Bill me detuvo:

—Espera un momento —dijo.

Me volví, con el corazón otra vez agitado. Bill estaba medio escondido bajo el sofá, escuchando atentamente.

—Bill, ¿qué pa...?

—¡Shhhh!

Ambos guardamos silencio. Bill permaneció un momento más en esa posición. Después se irguió. Estaba pasmado.

—No la oigo —dijo.

—¡Oh, no!

Ruth cayó junto al sofá.

—¡Tina! Oh, Dios mío, ¿dónde está?

Bill se levantó y recorrió el cuarto a paso rápido, mientras Ruth seguía encorvada junto al sofá, con el rostro descompuesto por el miedo.

—Escuchen —dijo Bill—, ¿oyen algo?

—¿Oír algo? —preguntó Ruth, levantando la vista.

—Caminen, caminen —dijo Bill—. Traten de oír.

Ruth y yo recorrimos el cuarto como dos robots, sin tener idea de lo que hacíamos. Todo estaba en silencio, con excepción del gemir incesante de Mack, que seguía rascando la puerta. Al pasar junto al balcón, apreté los dientes y murmuré secamente: “Cállate”. Por un momento, se me ocurrió la vaga idea de que Mack sabía lo que ocurría con Tina. La adoraba.

De pronto, Bill se detuvo en el rincón del armario, escuchando. Notó que lo observábamos, y nos indicó por señas que nos acercáramos. Ambos cruzamos de prisa la alfombra para detenernos a su lado.

—Escuchen —susurró.

Lo hicimos. Al principio no logramos oír nada. En seguida, Ruth ahogó una exclamación. Los tres contuvimos el aliento.

En el rincón superior, allí donde las paredes se encontraban con el cielorraso, se oía nuevamente la respiración de Tina.

Ruth clavó la vista en ese punto, pálida, completamente extraviada.

—Bill, qué diablos...

Ni siquiera terminé la frase. Bill se limitó a menear lentamente la cabeza. De pronto levantó la mano, y nos quedamos petrificados ante el nuevo sobresalto.

El ruido había desaparecido.

—Tina... —sollozó Ruth, desolada, avanzando en otra dirección—. Tenemos que encontrarla. Por favor...

Corrimos por el cuarto al azar, tratando de oír a Tina. El rostro de Ruth, surcado por las lágrimas, era la imagen viva del terror.

En esa oportunidad fui yo quien la encontró: estaba bajo el televisor. Todos nos arrodillamos a escuchar. Tina murmuró algo, como para sí misma, y pareció moverse en sueños.

—Quiero mi muñequita —murmuró.

—¡Tina! —gritó Ruth.

La tomé entre mis brazos y traté de calmarla. Fue inútil. Yo mismo no podía evitar que la garganta se me anudara, ni que el corazón golpeará lentamente, con mucha fuerza, dentro de mi pecho. Apoyé las manos húmedas y temblorosas en la espalda de mi mujer.

—Por el amor de Dios —dijo, dirigiéndose al aire—, ¿qué es lo que pasa?

Con ayuda de Bill la senté en una silla, junto al tocadiscos. Él se detuvo sobre la alfombra, mordiéndose furiosamente los nudillos, como solía hacer cuando se hallaba ante un problema.

Levantó la vista como para decir algo, pero anunció:

—Voy a hacer entrar al perro —y se dirigió hacia la puerta—. Está armando un escándalo terrible.

—¿Tienes alguna idea de lo que ha pasado con Tina? —pregunté.

—¿Bill...? —rogó Ruth.

—Creo que está en otra dimensión —dijo Bill, abriendo la puerta.

Aquello ocurrió tan de repente, que nada pudimos hacer por impedirlo. Mack entró de un salto, gimiendo, y se lanzó directamente hacia el sofá.

—¡El perro sabe! —gritó Bill, y se lanzó tras de Mack.

Aquí viene lo incomprensible: Mack se deslizó bajo el sofá, en un remolino de orejas, patas y cola. Un segundo después había desaparecido; nada más. Los tres dimos un gran salto.

—¡Sí, sí! —dijo Bill.

—¿Sí qué? —exclamé yo, sin saber, en verdad, dónde estaba parado.

—¡La niña está en otra dimensión!

—¿De qué estás hablando? —pregunté, entre preocupado y furioso por esas extrañas palabras.

—Siéntate —dijo.

—¿Qué me siente? ¿No se puede hacer nada más?

Bill miró a Ruth. Ella pareció adivinar lo que iba a decir.

—No sé dónde está —dijo mi amigo.

Me dejé caer en el sofá.

—Oh, Bill...

—Muchacho —respondió él, con un gesto de impotencia —, esto me coge tan de sorpresa como a ti. Ni siquiera sé si estoy o no en lo cierto, pero no se me ocurre otra cosa. Creo que Tina, de algún modo, ha entrado en otra dimensión, probablemente la cuarta. Mack, al presentirlo, ha logrado seguirla. Pero, ¿cómo llegaron allí? Eso es lo que no sé. Me metí bajo el sofá, y tú también. ¿Viste algo?

No hice más que mirarlo; él conocía la respuesta.

—¿Otra... dimensión? —preguntó Ruth, con voz tensa; la voz de una madre a quien se le dice que su hijo se ha perdido para siempre.

Bill echó a andar por el cuarto, golpeando un puño contra la palma de la otra mano.

—Maldición, maldición —murmuraba—. ¿Cómo pudo pasar algo así?

Ruth y yo lo escuchábamos a medias, aturdidos, sin dejar de prestar atención a la respiración de nuestra hija. No hablaba con nosotros, en realidad, sino para sí mismo, en un intento por situar el problema en una perspectiva adecuada.

—El espacio unidimensional es una línea —dijo, rápidamente—. El bidimensional, un infinito número de líneas. El tridimensional, un infinito número de planos, o un número infinito de espacios bidimensionales. Ahora, el factor básico... el factor básico...

Dio otra palmada, levantando la vista al cielorrasso. Por último volvió a empezar, con más lentitud.

—Cada punto de cada dimensión es una sección de una línea de la dimensión siguiente. Todos son puntos de las secciones lineales de las líneas perpendiculares que hacen de la línea un plano. Todos los puntos de un plano son secciones de líneas perpendiculares que hacen del plano un cuerpo. Eso significa que en la tercera dimensión...

—¡Bill, por el amor de Dios! —estalló Ruth—. ¿No podemos hacer algo? Mi niña está... allí.

Bill perdió el hilo de su pensamiento y meneó la cabeza.

—Ruth, no sé...

Me levanté y volví a echarme al suelo, bajo el sofá. ¡Tenía que encontrarla! Tanteé, busqué, presté atención, hasta que el silencio fue como una campana. Nada.

De pronto, Mack ladró a todo pulmón en mi oído. Salté hacia atrás y me golpeé la cabeza. Bill corrió a deslizarse a mi lado, con la respiración agitada.

—Bendito sea Dios —murmuró, casi furioso—. De todos los sitios del mundo, justo aquí...

—Si la... entrada está aquí —musité—, ¿por qué escuchamos la voz y la respiración por todo el cuarto?

—Bueno, si ella se mueve más allá del efecto de la tercera dimensión, en la cuarta, su movimiento, para nosotros, parecerá esparcirse por todo el espacio. En realidad, ella está en un solo punto de la cuarta dimensión, pero a nuestro modo de ver...

Se interrumpió. Mack gemía. Pero, lo que resultaba más importante, Tina había vuelto a llorar. Exactamente en nuestros oídos.

—¡La trajo de vuelta! —exclamó Bill, excitado—. ¡Dios mío, qué perro! —y agregó, mientras se volvía en todas direcciones, buscando, palpando el aire—: Tenemos que encontrar la entrada... ¡Hay que entrar y sacarlos de allí! Sabe Dios cuánto puede durar este hoyo dimensional.

—¿Qué? —exclamó Ruth, y en seguida volvió a llorar—: Tina, Tina, ¿dónde estás? Aquí está mamá...

Iba a decirle, una vez más, que no serviría de nada, pero en ese momento Tina contestó:

—¡Mamá, mamá! ¿Dónde estás?

Nos llegó el gruñido de Mack; Tina gritó, enojada.

—Trata de correr para encontrar a Ruth —dijo Bill—, pero Mack no la deja. No sé cómo lo supo, pero el perro ha localizado la unión.

—¿Dónde están, por el amor de Dios? —dije, en un arrebató nervioso.

Y al retroceder, caí precisamente en ese maldito hoyo. Hasta el día de mi muerte seré incapaz de describir cómo era. Pero aquí va.

Era negro, al menos para mí. Sin embargo, parecía haber allí millones de luces. No obstante, en cuanto trataba de mirar directamente hacia una de ellas, desaparecía. Sólo las veía por el rabillo del ojo.

—¡Tina! —grité—. ¿Dónde estás? ¡Contéstame, por favor!

Mi voz se multiplicó en un millón de ecos. Las palabras se repitieron interminablemente, sin cesar, alejándose, como si tuvieran vida propia. Cuando moví la mano, el movimiento provocó un sonido sibilante, que se alejó repetido, como una bandada de insectos volando en medio de la noche.

—¡Tina!

El eco me lastimó los oídos.

—Cris, ¿la oyes? —dijo una voz, o tal vez un pensamiento.

En ese momento, algo húmedo me rozó la mano. Di un salto.

Era Mack.

Extendí las manos, moviéndolas furiosamente, en busca del perro y de la niña; cada movimiento despertaba ecos sibilantes en aquella vibrante negrura, hasta que me pareció estar rodeado por miles de pájaros que aleteaban locamente en torno a mi cabeza. La presión me latía con pesadez en el cerebro.

En ese momento encontré a Tina. En realidad, si yo no hubiese sabido que era ella, lo mismo habría dado tocar cualquier otra cosa. No era una forma, según la entendemos en la tercera dimensión. Dejemos eso, no quiero entrar en esa clase de detalles.

—Tina —susurré—, Tina querida...

—Papá, tengo miedo de la oscuridad —dijo, con una voz muy finita.

Mack gimió.

También yo tenía miedo de la oscuridad. Un pensamiento me perturbaba: ¿cómo saldríamos de allí?

En ese momento me llegó el otro pensamiento:

—Cris, ¿los encontraste?

—¡Sí, los tengo! —grité.

Entonces, Bill me tomó por las piernas —más tarde supe que las había dejado fuera, en la tercera dimensión— y tiró de mí hacia la realidad, trayéndome de regreso con la niña, el perro y una brazada de recuerdos que prefiero olvidar.

Aparecimos todos amontonados bajo el sofá. Me golpeé la cabeza contra él, y estuve a punto de perder el sentido. Después recibí alternativamente los estrujones de Ruth, los lenguetazos del perro y una mano de Bill, que me ayudó a levantarme. Mack, babeando, nos saltaba a todos.

Cuando estuve en condiciones de hablar, noté que Bill había bloqueado la parte inferior del sofá con dos mesitas para jugar a las cartas.

—Para mayor seguridad —dijo.

Asentí débilmente. Ruth volvió al dormitorio.

—¿Dónde está Tina? —pregunté automáticamente, mientras ciertos incómodos restos de recuerdos se agitaban en mi cerebro.

—En nuestra cama —dijo—. Por una noche no molestará.

—Claro que no —asentí, meneando la cabeza, y me volví hacia Bill, preguntando—: Oye, ¿qué diablos pasó?

—Bueno, ya te lo dije —respondió, con una sonrisa torcida—. La tercera dimensión es sólo un escalón previo a la cuarta. Cada punto de nuestro espacio, en particular, es parte de una línea perpendicular de la cuarta dimensión.

—¿Luego?

—Luego, aunque las líneas que forman la cuarta dimensión son perpendiculares a cada punto de la tercera, no son paralelas entre sí para nuestro modo de ver. Pero si diera la casualidad de que en una zona hubiese varias líneas paralelas en ambas dimensiones, podrían formar un pasaje de conexión.

—¿Quieres decir que...?

—Eso es lo incomprensible —dijo—. Precisamente bajo este sofá hay una zona de puntos que representan secciones de líneas paralelas, paralelas en *ambas* dimensiones, y forman un corredor hacia el espacio siguiente.

—O un agujero —dije.

Bill parecía disgustado.

—Para qué diablos sirvió mi razonamiento —dijo—, si la sacamos gracias a un perro.

—Puedes quedarte con los méritos —le dije.

—¿Para qué los quiero?

—¿Y los ruidos? —pregunté.

—¿A mí me lo preguntas?

Y eso fue todo. Naturalmente, Bill informó a sus amigos de la Tecnológica. Durante todo un mes el departamento fue examinado de punta a punta por físicos investigadores, pero no encontraron nada. Dijeron que aquello había desaparecido, y algunos dijeron cosas peores.

De cualquier modo, cuando volvimos de casa de mi madre —donde vivimos mientras duró la investigación científica—, corrimos el sofá a la otra punta del living y pusimos en su lugar la mesita con el televisor.

Una noche de éstas, tal vez, las risitas de Arthur Godfrey nos llegarán desde otra dimensión. Quizá incluso pertenezca a ella.

EL COMPAÑERO DE JUEGOS

—¡Engendro del demonio! —gritó el poeta—. ¡Lagartija revoltosa! ¡Canguro maniático!

Su escuálida silueta cruzó de un salto la puerta, para quedar paralizada.

—¡Satanás! —balbuceó.

El destinatario de tal diatriba permaneció sentado, en total indiferencia, en medio de una montaña de papel picado. Era un manuscrito de lenta y penosa gestación, mecanografiado en estremecida agonía.

—¡Pulpo lunático espumajoso! ¡Simio excavador!

Los ojos de Ruthlen Beauson, inyectados en sangre, se dilataron bajo el armazón de carey de sus anteojos. Los dedos, a los lados del cuerpo, se agitaban como leprosas habichuelas en el vendaval. Úlcera sobre úlcera, todo latía en su interior.

—¡Huno! —bramó, renovada su furia—. ¡Godo! ¡Apache! ¡Nihilista demente!

El pequeño Gardner Beauson dedicó a su arrebatado padre una amplia sonrisa, luciendo su único diente entre hilos de baba. Aquella poesía hecha jirones asomó por entre sus puños diminutos, en tanto la semiesfera de su trasero se balanceaba húmeda por sobre cada lacerado anfíbraco con variaciones yámbicas.

Ruthlen Beauson soltó un gruñido desde el fondo de su destrozada alma.

—Confusión —se lamentó, con voz temblorosa—, fárrago irrestricto...

De pronto, con los ojos convertidos en globos metálicos y los dedos petrificados en el ademán de un estrangulador, balbuceó:

—Lo mataré. Le quebraré el hioides con un golpe de pulgares.

En ese punto apareció Atenea Beauson, con el delantal salpicado y las manos chorreantes de arcilla mojada; entró a toda velocidad, como un fantasma vengativo surgido del lodo.

—¿Y ahora qué? —preguntó con voz ácida, entre los dientes apretados.

—¡Mira! ¡Mira! —exclamó Ruthlen Beauson, señalando con un índice espasmódico al niño burlón—. ¡Ha destruido mis *Cantos del Candelabro*!

Sus ojos saltones tomaron un brillo de locura.

—Lo coseré a puñaladas... —pronosticó, en un susurro—. Coseré a puñaladas a esa víbora pergamínada...

—¡Oh, oh! ¡Ten cuidado! —advirtió Atenea.

Empujó a su esposo hacia atrás y levantó al niño por la camiseta empapada de baba. Suspendido en el aire, por sobre cúmulos de deshecha inspiración, Gardner miró a su madre con expresión de descaro.

—¡Cachorro! —le espetó ella.

Y le asestó una sonora palmada en el trasero pulposo. Gardner Beauson chilló en inflamada protesta..., pero lo pusieron en la puerta, y debió retirarse; su pequeño cerebro buscaba ya más acción. Con un residuo de arcilla sobre los pañales, avanzó bamboleándose, enormes los ojos, hacia la plenitud de objetos rompibles representada por el living. Mientras tanto, Atenea se volvía hacia su esposo, quien contemplaba horrorizado las ruinas de diez años de labor, arrodillado entre los fragmentos.

—Me voy a eliminar —balbuceó el poeta, con los hombros abatidos—. Inyectaré zumos letales en mis venas.

—Levántate, levántate —dijo Atenea en tono nervioso, amargo el rostro.

Ruthlen se irguió.

—Lo mataré. Sí, mataré a esa bestia enloquecida —repitió, con el corazón vacío.

—Eso no es ninguna solución —replicó su mujer—. Aún así...

Por un momento, sus ojos tomaron una expresión más dulce, mientras soñaba con la posibilidad de empujar a Gardner hacia una tina llena de cocodrilos. Los labios carnosos dibujaron la sombra de una sonrisa trémula... Pero sus ojos verdes volvieron a endurecerse:

—Esa no es solución —repitió—, y ya es hora de que solucionemos este maldito asunto.

Ruthlen contemplaba con ojos atónitos los deshechos de su composición.

—Lo mataré —comunicó a los fragmentos esparcidos.

—Ruthlen, ¿quieres escucharme? —clamó su esposa, mientras apretaba los puños llenos de arcilla.

La mirada muerta del poeta se alzó por un momento.

—Gardner necesita un compañero para jugar —declaró Atenea—. Lo leí en un libro. Necesita un compañero de juegos.

—Lo mataré —murmuró Ruthlen.

—¿Me escuchas o no?

—Lo mataré...

—¡Te digo que Gardner necesita un compañero de juegos! No me importa que el presupuesto lo permita o no. ¡Necesita un compañero de juegos!

—Matar... —siseó el poeta—. Matar...

—¡No me interesa que no tengamos un centavo! Tú necesitas tiempo para la poesía, y yo necesito tiempo para esculpir...

—Mis *Cantos del Candelabro*...

—¡Ruthlen Beauson! —gritó Atenea.

Precisamente entonces se oyó el ensordecedor estruendo de un vaso al hacerse añicos.

—¡Buen Dios! ¿Qué hizo ahora? —exclamó la madre.

Lo encontraron colgado de la repisa, pidiendo a gritos socorro y un cambio de pañales.

EL MUÑECO MARAVILLOSO

Atenea se detuvo frente a la vidriera, con los labios ahuecados en una profunda meditación. Un vívido equilibrio zigzagueaba en su mente: por un lado, la aguda necesidad; por el otro, los ingresos estériles. Una indócil contemplación le partía en dos la frente. No tenían dinero, eso era evidente. Una guardería infantil quedaba fuera de su alcance, y era imposible tomar una niñera. Sin embargo, tenía que haber una solución.

Atenea, cruzándose de brazos, entró al negocio.

El vendedor levantó la vista, y una amable sonrisa puso hoyuelos en sus mejillas de manzana.

—Ese muñeco —inquirió Atenea—, ¿es tan maravilloso como declara el anuncio?

—Ese muñeco —clamó el vendedor— está más allá de toda comparación; no tiene igual entre los productos de juguetería. Camina, habla, come y bebe, depone los residuos de la digestión, ronca mientras duerme, baila una giga y canta los estribillos de siete canciones infantiles... —tomó aliento y prosiguió—: Para citar unas pocas, canta “Arroz con leche”

—¿Cuál es el precio de...?

—Nada en estilo *crawl*, cubriendo ciento cincuenta metros, lee un libro, toca trece estudios simples en el piano, corta el césped, se cambia solo los pañales, trepa a los árboles y eructa.

—¿Qué precio...?

—Además, *crece* —especificó el vendedor.

—¿Cómo?

—Crece —reiteró el hombre, entornando los ojos—. En el plástico de su cuerpo están todas las células y los protoplasmas necesarios para un ciclo de maduración de veinte años.

Atenea dio un respingo.

—A diez mil setecientos cincuenta, una verdadera ganga —concluyó el hombre—. ¿Se lo envuelvo o lo lleva caminando?

Un estallido de ansiosos trompetazos, cada cual un pensamiento, zumbó en el cerebro de Atenea Beauson. Aquél era el perfecto compañero de juegos para el pequeño Gardner..., pero ¡diez mil setecientos cincuenta! Cuando Ruthlen viera la factura, sus gritos romperían las ventanas.

—No se va a arrepentir —dijo el vendedor.

Necesita mucho un compañero de juegos.

—No hay problemas en convenir el pago a plazos —agregó el vendedor, adivinando la situación.

Ante aquel golpe de gracia, toda vacilación desapareció como las fichas barridas de una mesa de apuestas. Los ojos de Atenea se encendieron, y una súbita sonrisa alzó sus comisuras.

—Un muñeco varón —pidió, ansiosa—, de un año de edad.

El vendedor corrió a la estantería.

No hubo ventanas rotas, pero los oídos de Atenea resonaron durante media hora.

—¿Estás loca? —gritó el marido, y fue como una espada estridente clavada en su cerebro—. ¡Diez mil setecientos cincuenta!

—Podemos pagarlo a plazos...

—¿Con qué? —chilló él—. ¿Con notas de rechazo? ¿Con arcilla?

Atenea atacó a su vez:

—¿Prefieres que tu hijo esté solo todo el día? ¿Dando vueltas por la casa, dedicado a romper, estrellar, rasgar y quebrar?

Ruthlen hizo una mueca ante cada una de aquellas palabras, como si fueran cachiporras lanzadas contra su cráneo. Cerró los ojos detrás de las gruesas lentes, y se estremeció.

—Basta —murmuró, levantando una pálida mano en gesto de derrota—. Basta, basta.

—Llevemos a Gardner el muñeco —replicó Atenea, excitada.

Ambos corrieron al pequeño dormitorio del hijo; allí estaba, desgarrando las cortinas. Ruthlen, sibilante, tensas las mejillas, lo arrancó del antepecho de la ventana y le asestó varios coscorrónes. Gardner parpadeó una sola vez; sus ojos siguieron siendo cuentas brillantes.

—Baja.

—Bájalo para que vea —dijo Atenea.

Gardner abrió la boca, mostrando su único diente, y contempló a aquel muñequito silencioso. Era más o menos de su tamaño, moreno, de ojos azules y piel fresca; estaba en pañales, y parecía un niño real.

Gardner parpadeó furiosamente.

—Activa el mecanismo —susurró Ruthlen a Atenea.

Ella, inclinándose, oprimió el diminuto botón. El muñequito dedicó a Gardner una amplia sonrisa; éste retrocedió, lleno de babeante consternación, con un grito histérico:

—¡Ba-bi-ba-bá...!

—Ba-bi-ba-bá —respondió el muñeco.

Gardner gateó hacia atrás, dilatados los ojos, y se encogió cautelosamente para observar al muñequito que avanzaba hacia él con pasos bamboleantes. Al ver impedido por la pared todo retroceso, se recogió sobre sí mismo, atónito y tenso, hasta que el muñeco se detuvo ante él con un chasquido.

—Ba-bi-ba-bá —volvió a decir, sonriendo.

Después soltó un eructo y echó a bailar una giga sobre el linóleo. Los labios gordinflones de Gardner se ensancharon bruscamente en una sonrisa idiotizada. Gorjeó, lleno de felicidad, y sus padres cerraron los ojos con un gesto beatífico en la cara agradecida, superada ya toda cavilación con respecto a las dificultades financieras.

—¡Oh! —susurró Atenea, maravillada.

—No puedo creer que esto sea verdad —agregó su esposo, en tono que el asombro volvía gutural.

Durante varias semanas, niño y muñeco fueron inseparables. Se sentaban juntos en el suelo, intercambiando miradas de asombro para reír de íntimos gozos, y gozaban plenamente de sus babeantes *tête-à-têtes*. Lo que Gardner hacía, el muñeco lo hacía también.

En cuanto a Ruthlen y a Atenea, disfrutaban el advenimiento de una paz casi olvidada. Ya no había gritos histerizantes que martillearan en los delicados huesos del oído, ni se oía el estruendo de los objetos rotos. Ruthlen escribía y Atenea modelaba, todo en una bendición de privacidad sabática.

—¿Ves? —dijo ella un día, por sobre la mesa de la cena—. Eso era todo lo que necesitaba: un compañero.

Y Ruthlen inclinó la cabeza, en homenaje a su esposa.

—Verdad. Es verdad —murmuró, feliz.

Así pasó una semana, tal vez varias. Después, gradualmente, se produjo la metamorfosis. Una mañana, Ruthlen, empantanado de un difícil pentámetro, levantó la vista, petrificado:

—Escucha —murmuró.

Era un ruido de juguetes rotos.

Corrió a la habitación del niño, y allí encontró a su único vástago en el acto de arrancar las entrañas de algodón a la muñeca, hasta entonces respetada. El poeta permaneció fuera del cuarto; el latir de su corazón menguó hasta tomar el ritmo enfermizo de los ancianos. Mientras tanto, Gardner seguía desentrañando el juguete, mientras el muñeco lo observaba, sentado en el suelo.

—No —murmuró el poeta, presintiendo que era “sí”.

Y se alejó penosamente, tratando de convencerse de que era un accidente.

Sin embargo, durante el almuerzo del día siguiente, los dedos de Ruthlen y de su esposa apretaron tan bruscamente los emparedados que las rodajas de tomate saltaron de ellos para caer en el café.

—¿Qué es eso? —preguntó Atenea, horrorizada.

Gardner y su muñeco aparecieron cómodamente instalados entre los escombros de lo que, en tiempos más felices, había sido una maceta con su planta. El muñeco observaba con transparente interés, mientras Gardner arrojaba hacia lo alto puñados de tierra negruzca, que llovían sobre la alfombra en sucios terrones.

—No —exclamó el poeta, revividas sus úlceras.

Y los labios empalidecidos de Atenea dejaron caer el eco:

—No...

El niño recibió unas palmadas y se le puso a dormir; el muñeco quedó encerrado en el armario. Con un chillido lastimoso en los oídos, marido y mujer siguieron almorzando sin hablar, mientras los ácidos cultivaban ácidos peores en sus contraídos estómagos.

Sólo un comentario se pronunció, mientras ambos se separaban para volver a sus respectivos trabajos; fue Atenea quien lo dijo:

—Ha sido un accidente.

Pero durante la semana siguiente se vieron forzados a abandonar la tarea exactamente ochenta y siete veces.

En una oportunidad, Gardner estaba desgarrando las cortinas arrancadas del living. Otra vez era Gardner, que tocaba el piano con un martillo, en respuesta a la gavota de Bach tocada por el muñeco. Y hubo otra vez, y otra, y otra, en una sucesión de objetos tumbados, desde tarros de mermelada hasta sillas. En total, se rompieron treinta objetos rompibles, desapareció el gato, y el suelo quedó a la vista bajo la alfombra, donde Gardner había estado usando las tijeras.

Hacia el final del segundo día, los Beauson escribían o modelaban con los ojos desorbitados y los labios blancos y rígidos sobre los dientes apretados. Al cuarto, sus cuerpos sufrían ya un proceso de petrificación, y el cerebro comenzaba a osificarse. Al cumplirse la semana, tras muchas sacudidas y espasmos de vísceras, permanecían en paralizado silencio, a la espera de nuevas atrocidades, soñando con un violento infanticidio.

Llegó el final.

Una noche, mientras tomaban como cena un vaso de sales digestivas calmantes, Atenea y su esposo se miraron. Parecían espantapájaros atacados por el *rigor mortis*, los ojos convertidos en cuatro pelotas de estupor, surcados por hilos de sangre.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Ruthlen, quebrado ya su espíritu.

Atenea sacudió negativamente la cabeza.

—Creí que con el muñeco... —comenzó, pero su voz murió en un murmullo.

—El muñeco no ha servido de nada —se lamentó Ruthlen—. Estamos otra vez como antes. Mejor dicho, diez mil setecientos cincuenta dólares peor, pues el muñeco no se puede devolver, según dijiste.

—No se puede —confirmó Atenea—. Es...

El ruido la interrumpió en medio de la frase. Era un sonido húmedo y fofo, como si alguien arrojara barro contra una pared. Barro o...

—No —exclamó Atenea, alzando sus ojos amoratados—. ¡Oh, no!

El súbito chancleteo de sus sandalias sobre el suelo tomó el ritmo de su enloquecido corazón. Ruthlen la siguió, rígidas las piernas, con los labios apretados en un trémulo círculo de espanto.

—¡Mi figura! —gritó Atenea desde la puerta del estudio, como si se hubiese convertido en mármol.

Paralizada por el impacto, contempló la horrenda escena con el rostro ceniciento.

Gardner y su muñeco jugaban al blanco con las rosas del empapelado, utilizando como proyectiles grandes tortas de arcilla arrancadas de la estatua inconclusa de Atenea.

Marido y mujer fijaron los ojos aturridos en el muñeco; éste, bajo la cobertura metálica de su cráneo, había creado nuevas conexiones sinápticas; al baile, a la habilidad de trepar y nadar, a los eructos, agregaba ahora el lanzamiento de arcilla.

Y de pronto, algo quedó en claro: la planta caída, los floreros y los frascos arrojados desde los estantes más altos... ¡Gardner necesitaba ayuda para esas cosas!

Ruthlen Beauson entrevió un horripilante futuro: el horripilante pasado multiplicado por dos. Todos los tormentos guiñolescos de la vida con Gardner, pero duplicados por la presencia del muñeco.

—Saca a ese monstruo metálico de esta casa —balbuceó Ruthlen a su esposa, modulando las palabras con labios de cemento.

—Pero... ¡no puedo devolverlo! —gritó ella, histérica.

—En ese caso... me encargaré de él, ¡con un abrelatas! —rugió el poeta, retrocediendo.

—¡No es culpa del muñeco! —exclamó Atenea—. ¿Que ganaríamos con romperlo? Es culpa de Gardner, ese monstruo horrible que hemos creado entre los dos.

Los ojos del poeta chasquearon violentamente en sus órbitas al pasear la mirada del muñeco a su hijo y viceversa, comprendiendo la odiosa verdad de aquel comentario. Era el niño. El muñeco se limitaba a imitar, el muñeco haría cuanto se le indicara hacer.

Fue precisamente entonces cuando surgió la idea. Con ella entró la paz en la familia Beauson.

A partir del día siguiente, Gardner fue un modelo de buen comportamiento, y la casa se convirtió en un santuario para la inspirada creación artística. Todo era perfecto.

Tan sólo veinte años después, cuando Gardner —ya universitario— conoció a una curvilínea estudiante y fundió trece juntas y el generador..., sólo entonces se conoció la desagradable verdad.

FIN